

Septiembre 2011 9

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- Un comienzo de curso pastoral, excepcional. Los frutos de la JMJ 2011 en la vida de la Iglesia Diocesana 655

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 659
- Defunciones 662
- Actividades Sr. Cardenal. Septiembre 2011 664
- Fe de erratas 665

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Carta Pastoral. Para que tengan vida eterna. La Nueva Evangelización como "Misión". 667

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Nombramientos 709
- Ceses 710
- Orientaciones Pastorales 711
- Actividades del Sr. Obispo. Septiembre 2011 713

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Decreto Hermandad "Santísimo Cristo de la Esperanza" 717

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 719

653

Conferencia Episcopal Española

- Nota del Comité Ejecutivo sobre la JMJ 721

Iglesia Universal

VIAJE APOSTÓLICO A ALEMANIA. 22-25 DE SEPTIEMBRE DE 2011

- Encuentro con periodistas durante el vuelo hacia Alemania 723
- Ceremonia de bienvenida en el Castillo de Bellevue de Berlín 727
- Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín 730
- Encuentro con los representantes de la comunidad judía en una sala del Reichstag de Berlín 737
- Santa Misa en el Estadio Olímpico de Berlín 741
- Encuentro con los representantes de la comunidad musulmana en el salón de recepciones de la Nunciatura apostólica 746
- Encuentro con los representantes del Consejo de la "Iglesia Evangélica en Alemania" en la sala capitular del antiguo convento de los agustinos 750
- Celebración ecuménica en la iglesia del antiguo convento de los agustinos 754
- Vísperas marianas en la Wallfahrtskapelle 758
- Santa Misa en la Domplatz 762
- Saludo a la población en la Münsterplatz de Friburgo de Brisgovia 767
- Encuentro con representantes de las Iglesias ortodoxas en la Hörsaal del Seminario de Friburgo de Brisgovia 769
- Encuentro con el Consejo del Comité Central de los católicos alemanes (ZDK) en la Hörsaal del Seminario de Friburgo de Brisgovia 772
- Vigilia de oración con los jóvenes en la Feria de Friburgo de Brisgovia 775
- Santa Misa en el aeropuerto turístico de Friburgo de Brisgovia 779
- Rezo del Angelus Domini en el aeropuerto turístico de Friburgo de Brisgovia 784
- Ceremonia de despedida en el aeropuerto de Lahr 786

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.com - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXIV - Núm. 2836 - D. Legal: M-5697-1958



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

UN COMIENZO DE CURSO PASTORAL,
EXCEPCIONAL.

Los frutos de la JMJ 2011 en la vida de la
Iglesia Diocesana

Madrid, 21 de septiembre de 2011

Mis queridos hermanos y amigos:

Comienza un nuevo curso pastoral, viva y cálidamente cercana la JMJ 2011 que culminaba el domingo día 21 de agosto pasado con la solemnísimas y, a la vez, honda y emotiva celebración de la Eucaristía presidida por el Papa en “el Altar” de Cuatro Vientos, convertido en lugar de encuentro de una Asamblea Litúrgica absolutamente singular: la de los jóvenes de la Iglesia, extendida por todos los países de la tierra. Se trataba de proclamar y testimoniar ante el mundo que en Jesucristo se encuentra la raíz y el fundamento para que el hombre pueda vencer el mal -el pecado y la muerte- y alcanzar la felicidad -¡la Gloria!- eternamente.

Hace poco, apenas un mes, que nuestra Iglesia diocesana de Madrid, junto con sus dos diócesis hermanas de Getafe y Alcalá de Henares, recibían y acogían el



gozo de un don inmenso de Dios: un río de gracia que discurría por todo el tejido vivo de sus comunidades e instituciones, renovando interiormente el ser de los creyentes, tocando la fibra más sensible del alma de muchos no creyentes y abriendo los corazones de sus jóvenes a un nuevo y colmado encuentro con Jesucristo, el Hermano, el Amigo y el Señor, que los buscaba y encontró. El encuentro, en sí mismo, no ha sido ni fugaz, ni pasajero, sino penetrante y transformador de conciencias y de vidas.

Nuestra responsabilidad pastoral, en primer lugar, de nosotros los Obispos y Presbíteros, y, luego, de los consagrados y laicos comprometidos con la misión y la acción de la Iglesia en Madrid, encierra una urgencia primaria y fundamental: que ese efecto extraordinario de la gracia ni se diluya en “el gris” de una rutina personal y comunitaria, y, mucho menos, que se pierda totalmente. La palabra del Papa Benedicto XVI, ofrecida copiosa y luminosamente en sus doce intervenciones que culminaron en la Homilía de la Misa dominical, concreta y actualiza la Palabra de Dios y lo que el Espíritu ha querido decirnos a la Iglesia, dispuesta a la nueva evangelización de las jóvenes generaciones. El Papa nos ha dejado todo “un Mensaje” doctrinal, espiritual, apostólico y pastoral, que debe ser leído, releído y meditado por toda la Comunidad Diocesana en el curso que acaba de comenzar. Sus palabras, en las que “la Palabra”, que es Cristo, que ha llegado a los jóvenes viva, apasionante y contagiosa, por concreta y transformadora de sus vidas, debe seguir llegándoles en las circunstancias tan difíciles y, no pocas veces, tan dramáticas en las que lo envuelve la sociedad y la cultura actuales. Son las palabras que deben iluminar nuestro camino pastoral del curso que comienza: inspirar actitudes, iniciativas, programas que lo vayan vertebrando y conformando como una generosa respuesta de toda la Iglesia diocesana a una excepcional llamada del Buen Pastor, Jesucristo, que le reclama e invita a ser un instrumento fiel de la Evangelización que el mundo de nuestro tiempo y, muy singularmente, sus jóvenes necesitan. Destaquemos algunos de sus aspectos más evidentes:

1. Es necesario suscitar y cultivar “la vida espiritual” en el sentido más teologal de la expresión: la vida de la fe, de la esperanza y de la caridad. Es la nueva vida que Cristo ofrece al hombre para salvarse. Es la vida que sana, renueva y plenifica su humanidad, incluso en una medida superior a sus capacidades y virtudes naturales. Es la vida del nuevo y definitivo tiempo que se ha iniciado con Jesucristo, el Redentor del hombre. Hace al hombre, “nuevo”, por el don de la gracia y los

dones de su Espíritu. Implica el que el alma se ejercite en la oración y en la plegaria humilde, suplicante, perseverante.

2. Es necesario animar y fomentar la vida de la Iglesia: que “la Iglesia despierte de nuevo en las almas” (Romano Guardini). Recordemos el texto del Papa en la Homilía de Cuatro Vientos: “... permitidme también que os recuerde que seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario. Quien ceda a la tentación de ir “por su cuenta” o de vivir la fe según la mentalidad individualista, que predomina en la sociedad, corre el peligro de no encontrar nunca a Jesucristo o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él”. La importancia pastoral de la Eucaristía dominical es decisiva para vivir en “la Comunión de la Iglesia”. Frecuentar el Sacramento de la penitencia es vital para vivir la Comunión eucarística con un mínimo de verdad y de coherencia cristiana. Para muchos jóvenes de nuestras comunidades parroquiales y de otras realidades de la vida de la Iglesia, el descubrimiento gozoso del Sacramento de la Confesión y del Perdón de los pecados ha sido uno de los grandes frutos de la JMJ 2011 de Madrid, como había comenzado a serlo en las anteriores Jornadas Mundiales de la Juventud.

3. Es necesario alentar y promover el espíritu y el compromiso apostólico y misionero. Los jóvenes de la JMJ 2011 reunidos junto al Papa, con sus Obispos y sacerdotes, con sus educadores y guías espirituales, han ofrecido al mundo, a través de todo lo que se anunció, predicó, acogió, celebró y vivió en la JMJ 2011, un inmenso y bello testimonio de la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios, hecho hombre, muerto y resucitado por el hombre. El Papa les decía a los jóvenes en el final de su homilía en “Cuatro Vientos”: “no os guardéis a Cristo para vosotros mismos. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe”.

Sí, en el curso pastoral que comenzamos, solidarios con el dolor, los sufrimientos y los problemas de nuestros jóvenes y de nuestra sociedad, debemos de ser difusores y testigos de la alegría de la Fe en Jesucristo, que vence al mal en su raíz, al pecado, que despeja el camino a la esperanza de la victoria y asegura la apertura a la práctica del amor sincero y verdadero.

A la Virgen María, nuestra Madre y Señora de “La Almudena”, en cuyo Inmaculado Corazón depositamos nuestra oración, sostenida y alentada tan fervorosa y heroicamente por las Comunidades femeninas de vida contemplativa y por tantas almas cuyos nombres sólo el Señor conoce, confiamos este co-



mienzo de curso pastoral que se abre a la esperanza con una nueva y renovada luz de Cristo. ¡Que en nuestra Comunidad Diocesana “alumbre la esperanza” de nuevo con un resplandor excepcional: el que brilla desde los días inolvidables de la JMJ 2011!

Con todo afecto y con mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid



CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Arcipreste

De San Ramón: D. Óscar García Aguado (20-09-2011)

De Santa Cristina y San Leopoldo: D. Juan Ignacio Jiménez Frisuelos (21-09-2011)

De Nuestra Señora de los Dolores: D. Francisco Bueno Pimenta (21-09-2011).

Párrocos

De la Hiruela: D. Teodoro Raúl Rodríguez Avilés, S.C. (20-09-2011)

De Santa María Josefa del Corazón de Jesús: P. Javier O'Connor Bidagor, D.C.J.M. (20-09-2011).

De Santa María de la Merced, de Las Rozas: P. Agustín Devsa del Prado, O.M.D. (20-09-2011).

De Reina de los Ángeles, de Pozuelo de Alarcón: P. Pablo Salvatierra Aguerri, F.D.P. (20-09-2011).

De Nuestra Señora de Altagracia: P. Manuel Freire Quintero, C.M.

Vicarios Parroquiales

De San Joaquín: P. Mauricio Alfaro González, S. de C. (20-09-2011).

De Nuestra Señora del Pilar: D. Antonio Casado Garcinuño (20-09-2011).

De San Emilio: D. Javier Criado Martínez, de la Archidiócesis de Sevilla, ad nutum Episcopi (20-09-2011).

De San Ramón Nonato: D. José Manuel Lozano Zazo, por dos años (20-09-2011).

De San Juan Crisóstomo: D. José Antonio Zazu Lafuente (20-09-2011).

De San Agustín, de San Agustín de Guadalix: D. Wooby Oreste Jacques (21-09-2011).

De San Alejandro: P. Raimundo Molinet Carretero, S.C.I. (21-09-2011).

De Sagrado Corazón de Jesús de Usera: P. Manuel Muñoz Fernández, O.F.M. Cap (21-09-2011).

De San Vicente de Paul: P. Marcelino Mayor Rodríguez, C.M. (21-09-2011).

De Nuestra Señora de Altagracia: P. José Manuel Sánchez Mallo, C.M. (21-09-2011).

Adscritos

A Nuestra Señora de la Moraleja, de Alcobendas: D. David Amado Fernández (20-09-2011).

A San Dámaso: P. Jaymon Varghese, M.C.B.S. (20-09-2011).

A Santa Irene: D. Carlos Jiménez de Parga (20-09-2011).

A Santa Bárbara y Santa Elena y Capellán de Cachito de Cielo: D. Jesús Chavarría Ibáñez (20-09-2011).

A San Pedro Regalado y San José de Calasanz: D. Paulo Changolola, de la diócesis de San Lolo-Luango y D. Benito López Limache, de la diócesis de Abancay (Perú). (21-09-2011).

A Santa Marta y Santa María del Pozo: D. Elmer Marengo, de la diócesis de Santiago de María (El Salvador) (21-09-2011).

A San Camilo de Lelis: D. James Gómez Murillo, de la diócesis de Manizales (Colombia) (21-09-2011).

A Santa Cristina: D. Douglas Alberto Bohorquez Sandoya, de la diócesis de Guayaquil (Ecuador) (21-09-2011).

A San Alfonso María de Liborio: D. Miguel Cortés Gutiérrez, de la diócesis de Tuxtla (México) (21-09-2011).

A Santa Casilda: D. Kenzi Domingos, de la diócesis de Ufje (Angola) y D. Alexandre Banato Kapenguela, de la diócesis de Lubango (Angola) (21-09-2011).

Otros oficios

Secretario de la Vicaría IV: D. José Luengo Coloma (20-09-2011).

Capellán del CEU: D. Roger Xavier Mendoza Ospino (20-09-2011).

Rector del Santuario de Nuestra Señora de Lourdes: D. Jesús Conde Herranz (21-09-2011).

Capellán del Tanatorio de la M-30: D. Enrique Sánchez Martín (21-09-2011).

Capellán del Real Monasterio de la Encarnación: P. Francisco Javier Calvo Avilés, C.M. (21-09-2011).

Queda sin efecto el nombramiento del D. Luis Melchor como Vicario Parroquial de San Gregorio Magno, continúa en San Valentín y San Casimiro.

DEFUNCIONES

El día 26 de julio de 2011 falleció D. JUANGUIRAO, padre de los sacerdotes diocesanos de Madrid, D. Juan Guirao Gomáriz, capellán de la Universidad Rey Juan Carlos y de D. Alberto Lucas Guirao Gomáriz, sacerdote itinerante en la diócesis de Aveiro (Portugal).

El pasado 17 de agosto falleció DÑA. ÁNGELES GONZÁLEZ BORRALLO, madre del Rvdo. Sr. D. Francisco Pérez González, vicario parroquial de la Parroquia Visitación de Nuestra Señora.

El día 13 de septiembre de 2011 falleció el Rvdo. Sr. D. EMILIO REGULEZ DUARTE, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Madrid el 18-9-1933. Ordenado en Madrid el 11-6-1960. Ecónomo de Canencia (25-6-1960 a 22-12-1964); ecónomo de Bustarviejo /22-12-1964 a 10-1-1968); encargado de Valdemanco (6-10-1966 a 10-1-1968); ecónomo de Valdemoro (11-1-1968 a 21-5-1990); arcipreste de Valdemoro (11-1-1968 a 15-9-1989); capellán de las Franciscanas Clarisas; miembro de Consejo Presbiteral (1983); párroco de San Lorenzo (21-3-1994).

El día 14 de septiembre de 2011 falleció D. RICARDO BALTASAR HERNÁNDEZ MENA, hermano del Rvdo. Sr. D. Luis Alberto Hernández Mena, sacerdote diocesano de Madrid, capellán del Hospital Clínico San Carlos.



El día 18 de septiembre de 2011, Monseñor FELIPE DUQUE SÁNCHEZ, sacerdote diocesano de Plasencia. Nació en Cabezuela del Valle (Cáceres) el 1 de mayo de 1926. Ordenado en Roma el 19 de marzo de 1952. Profesor del Instituto de Ciencias Religiosas a distancia ‘San Agustín’ para impartir la asignatura de Psicología General (curso 1995-1996). Profesor invitado en la Facultad de San Dámaso. Era Prelado de Honor de Su Santidad.

El día 29 de septiembre de 2011 falleció a la edad de 96 años, DÑA ANTONIA DELGADO, madre de D. Antonio Mazario Delgado, adscrito a la Parroquia de Nuestra Señora de Luján, en Madrid.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.



ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. SEPTIEMBRE 2011



Día 17: Misa en Torreciudad (Huesca) en la 22ª Jornada Mariana de las Familias

Día 20: Consejo Episcopal

Día 21: Apertura de curso con la Curia, en la Catedral

Días 22, 23, 24 y 25: Viaje con Benedicto XVI a Alemania

Día 27: Consejo Episcopal

Visita Pastoral a la Vicaría I

Día 28: Consejo de Economía CEE

Misa de Acción de Gracias por la JMJ en la Catedral.

Día 29: Comité Ejecutivo

Día 30: Reunión de la Provincia Eclesiástica.

FE DE ERRATAS

En el boletín del mes de julio, en la página 499, en los nombramientos del 12 de julio de 2011, aparecen como Adscritos y son Vicarios Parroquiales:

De San Jorge: D. Fernando Velasco Arribas (12-7-2011).

De Santísimo Redentor: P. Damián Cubillo Ávila, C.SS.R. (12-7-2011).

De Nuestra Señora del Pilar: D. Óscar Gutiérrez González (12-7-2011).

De Virgen de la Paloma y San Pedro el Real: D. Moisés León Lezcano (12-7-2011).

De San Mateo: D. Ricardo Gómez de Ortega Fuente (12-7-2011).

De Nuestra Señora de Europa: D. José Antonio Sánchez Rueda (12-7-2011).

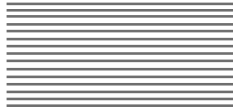
De San Jaime: D. Ramón Ángel Juárez Navarro (12-7-2011).

De San Pedro Apóstol de Carabanchel: D. Lorenzo Saavedra González (12-7-2011).

De Ascensión del Señor: P. Alessandro Zuri, O.F.M. Conv. (12-7-2011).

De San Sebastián de Carabanchel: D. Félix Menéndez Díaz (12-7-2011).

De Santa María de Caná, de Pozuelo de Alarcón: D. Fernando del Moral Acha, por dos años (12-7-2011).





Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

Para que tengan vida eterna

LA NUEVA EVANGELIZACIÓN COMO «MISIÓN»



CARTA PASTORAL
DEL OBISPO DE ALCALÁ DE HENARES
JUAN ANTONIO REIG PLA

Septiembre 2011

Introducción

“En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: Yo he vencido al mundo” (Jn 16,33). “La victoria sobre el mundo es nuestra fe” (1 Jn 5,4).

He querido comenzar esta Carta Pastoral con estas palabras del Evangelio para poner de manifiesto mi convicción más íntima: en Cristo está depositada toda nuestra esperanza y esta esperanza no defrauda porque *“el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”*

(Rm 5,4). Apoyados en esta esperanza, los creyentes en Cristo estamos capacitados para afrontar cualquier cambio o desafío con serenidad.

1. UNA NUEVA SITUACIÓN

La situación actual en España, y en nuestra diócesis, está caracterizada por un nuevo escenario cultural que ha nacido de la secularización; por la pérdida de los puntos de referencia esenciales de la vida, por un clima de globalización y de mezcla de culturas provocado por el fenómeno migratorio. Del mismo modo, los medios de comunicación social, y en particular la cultura digital, están creando un nuevo contexto con muchas posibilidades y, a la vez, con muchos riesgos para la vida de fe. Además está creciendo una mentalidad acrítica respecto de los resultados de la ciencia y de las posibilidades de la tecnología que, si bien proporcionan muchos medios, pueden convertirse en un modo de idolatría y de nueva religión. A este cuadro hay que añadir la incertidumbre y el desánimo creciente que se observa en la sociedad española frente a la situación económica y política.

Este nuevo escenario es preocupante porque está desorientando a muchas personas y, de una manera particular, a los adolescentes y a los jóvenes. Es ésta una situación que, tras el olvido de Dios, está provocando un gran vacío existencial que puede acabar destruyendo al sujeto humano. Las manifestaciones de esta llamada “crisis antropológica” son fácilmente constatables: destrucción de matrimonios y rupturas familiares, oscurecimiento del sentido de la vida en tanto jóvenes atrapados por la falta de trabajo, por el alcohol, la droga, el consumismo, la búsqueda exclusiva de sensaciones y emociones; la persistente crisis económica, política y moral; la difusión, en fin, de una cultura relativista que ha conducido hacia el nihilismo con la “cultura de la muerte” y la “ideología de género”.

Una crisis espiritual

No se trata simplemente de que ahora seamos más pecadores que las generaciones anteriores. Se trata, en cambio, de una crisis más profunda. Es una crisis “espiritual”, en el sentido de vacío de la “vida interior”, pérdida de la consistencia ontológica del alma (*Caritas in veritate*, 76), en la que al mal se le llama bien y la injusticia se transforma en derecho. Se trata nada menos que del riesgo de la “abolición de lo humano” por una crisis de la verdad y por una perversión de la libertad. La libertad, desvinculada del ser y de la verdad del hombre, se transforma simple-

mente en un haz de instintos y emociones. Ambos responden ciegamente a los estímulos provocados por el consumo y el mercado, en una sociedad guiada por el pensamiento único. El final de este panorama es el oscurecimiento de la conciencia moral del sujeto que no sabe distinguir entre el bien y el mal, entre lo que lleva a la persona a su perfección o la destruye. En este sentido, conviene recordar que ciertas acciones malas, aunque se realicen con ignorancia inculpable, no por eso dejan de destruir al hombre, ya que el mal y el pecado siempre destruyen al sujeto que lo lleva a cabo aunque no sea consciente de ello.

Crisis de humanidad

Muchas personas esperan simplemente un cambio político en España para salir de esta situación de malestar. Sin embargo, no conviene engañarnos. Sin negar los posibles beneficios de los cambios políticos, nuestro diagnóstico es que se trata de una “crisis de humanidad”. Es el mismo hombre el que está desorientado y atrapado por el olvido de la propia gramática humana, por la pérdida de su verdad, por el olvido de Dios. A pesar de esto, es indudable que en toda persona está latente el deseo de felicidad y permanece viva la nostalgia de belleza y de comunión, la exigencia de significado. Es lo que expresaba el cardenal Ratzinger cuando escribía que *“en el hombre vive inextinguiblemente el anhelo de lo infinito. Ninguna de las respuestas que ha intentado darse resulta suficiente. Tan sólo el Dios que se hizo –Él mismo– finito, a fin de romper nuestra finitud y conducirnos a la amplitud de su propia infinitud, responde a la pregunta de nuestro ser. Por eso, también hoy día la fe volverá a encontrar al hombre”* (Fe, verdad y tolerancia, Sígueme, Salamanca 2005, p. 121).

Nueva evangelización

La respuesta a esta situación, sin menospreciar la necesidad de cambios económicos y políticos, requiere, pues, un giro copernicano que no puede venir más que de lo que Juan Pablo II llamó “*nueva evangelización*”. La urgencia y la necesidad de evangelización en el momento presente ha llevado a Benedicto XVI a instituir con el “*motu proprio*” *Ubique et semper* (21-9-2010) el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. En este documento, retomando las palabras del Papa Juan Pablo II, afirma: “Ciertamente urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas comunidades eclesiales que viven en estos países o naciones” (Ch L 34).



Del mismo modo, tras las pertinentes consultas, Benedicto XVI ha convocado para el año 2012 un nuevo Sínodo de Obispos con el siguiente tema: *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. El tema está intrínsecamente relacionado con los Sínodos anteriores sobre la Palabra de Dios (*Verbum Domini*) y sobre la Eucaristía (*Sacramentum charitatis*), y responde a un plan unitario que pretende de nuevo presentar a Cristo y a la Iglesia al mundo contemporáneo.

Así pues, nuestra propuesta ante la crisis actual del hombre es la persona de Cristo, como un acontecimiento de gracia, y la Iglesia como la comunidad de hermanos donde se puede vivir. Cristo es la esperanza para todos aquellos que la vida deja malheridos en la cuneta. Es la respuesta para todos los que sufren en el desierto de este mundo, para los pobres de esta tierra que no saben adónde mirar. Él es, en efecto, la Buena Noticia que corresponde a la espera del corazón de todo hombre y que ofrece gratuitamente la salvación. Él es el Evangelio; “*fuera de Dios para la salvación de todo el que cree en Él*” (Rm 1,16). La misión de la Iglesia no es otra que anunciar con palabras y obras a Jesucristo muerto y resucitado. Sólo Él, siendo Dios, nos puede ofrecer la salvación. Sólo Él nos conduce a la casa donde se puede vivir.

2. CRISTO ES LA RESPUESTA

Cuando decimos que la respuesta a la situación actual de “crisis” es la “nueva evangelización” —Cristo como Evangelio—, no nos estamos refiriendo a un personaje del pasado o a una doctrina como la de otros maestros o filósofos de la antigüedad. Cuando nombramos a Cristo estamos hablando de Alguien que irrumpe en nuestra vida. Es Jesús resucitado, es el Señor, vencedor de la muerte, y que ofrece a cuantos creen en Él la “vida eterna”. Es el que, después de anunciar a Marta “*Yo soy la resurrección y la vida*” (Jn 11, 25), ha roto los lazos de la muerte y vive para siempre.

La luz de la resurrección

La propuesta cristiana tiene su centro en la resurrección que certifica la condición divina de Jesús. Él es el enviado del Padre, el Hijo de Dios hecho carne, el Dios humanado que trae el rescate para todos los que habitan en sombras de muerte. Tanto para los Apóstoles como para nosotros, el proceso de salvación

tiene su punto de apoyo en la resurrección. Centrados en ella podemos recuperar la esperanza y, como ocurrió con los discípulos de Emaús, podemos también ser alcanzados por Él en el camino de la vida, escuchar sus palabras y reconocer su presencia en la “fracción del pan” (Lc 24,30-31).

Concentración cristológica

El evangelio de San Juan, en una clara concentración cristológica, proclama el Evangelio diciendo: *“Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su unigénito, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna”* (Jn 3,16).

La imagen que ofrece este texto de Dios, evoca la revelación de Yahvé a Moisés en la que se muestra como un Dios atento a los sufrimientos de sus hijos: *“He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra sus opresores: conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra, para llevarlo a una tierra espaciosa y fértil, tierra que mana leche y miel”* (Ex 3,7-8).

Del mismo modo que Yahvé mandó a Moisés a liberar a su pueblo, Dios Padre envía a su Hijo Jesucristo, nuevo Moisés, a librarnos de la esclavitud del pecado y de la muerte. La razón es la misma: Dios ve los sufrimientos de su pueblo y, llevado de su amor, nos envía a su Hijo –Dios y hombre verdadero– para ofrecernos la liberación de los opresores, la salvación.

Sin embargo, esta liberación no consiste simplemente en alcanzar cualquier tierra donde vivir en libertad. Lo asombroso es que Él mismo se ofrece como esa tierra donde vivir, su Amor hecho gracia y ofrecido en Jesucristo para que, alcanzados por Él, tengamos vida eterna.

La fe en Cristo

Ante esta propuesta –el Amor de Dios–, la única respuesta adecuada es la fe: *“para que todo el que crea en Él tenga vida eterna”*. La fe es la respuesta que promueve la gracia del Padre en nosotros (Jn 6,44), es la puerta que nos da acceso al Amor de Dios, en cuyo conocimiento consiste la vida eterna (Jn 17,3). La fe es la victoria sobre el mundo (1 Jn 5,4), el acceso a la vida eterna, a esta tierra que mana leche y miel (Dt 8,7-9) imagen de la ciudad de Dios: la Jerusalén del cielo (Hb 9,24).

La justicia de Dios

La autentica justicia de Dios para el hombre, en cualquier momento de la historia, es el “cielo” o la “gloria”, contemplar la belleza de Dios y gozar eternamente de su Amor. Este amor se nos ofrece en Jesucristo y es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rm 5,4). Jesús, cuando decía a sus discípulos “*Os conviene que yo me vaya*” (Jn 16,7), les estaba anunciando la venida del Espíritu Santo que nos guiará hasta la verdad plena (v .13), tomará de lo suyo y nos lo anunciará (v.14).

Hijos de Dios

Este anuncio supone la participación de la vida eterna por la condición de hijos de Dios alcanzada en el bautismo: “*Y si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús también dará vida a vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros*” (Rm 8, 11). Esta participación del Espíritu del resucitado nos concede la adopción filial por parte de Dios: “*Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos ‘Abba, Padre’.* Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios y coherederos con Cristo, de modo que si sufrimos con Él, seremos también glorificados con él” (Rm 8,15-17).

Esta es la respuesta cristiana: participar de la victoria de Cristo, disfrutar de la vida eterna ya incoada en este mundo: “*pues hemos sido salvados en esperanza*” (Rm 8,24). La esperanza cristiana supone, en efecto, que la salvación –la vida eterna– ya ha irrumpido en nuestra vida presente. Esta es la victoria de la fe que nos hace participar ya de lo que se manifestará en plenitud en la gloria del cielo. O lo que es lo mismo: el cielo se ha aproximado a nuestra vida porque la fe, como explica la carta a los Hebreos, es *sustancia* –anticipación– de las cosas que esperamos (Hb 11,1).

Vivir en Cristo

Así pues, recapitulando lo que hemos dicho, la propuesta cristiana ante la situación presente de nuestra sociedad es Cristo, de quien somos contemporáneos

por la acción del Espíritu Santo, quien, tras la resurrección de Jesús, nos incorpora a su vida. El bautismo, en efecto, supone una transferencia de nuestro yo para ser identificado con Cristo. Así lo afirma rotundamente San Pablo: “vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20); “para mí la vida es Cristo” (Fil 1,21).

Vivir en Cristo supone quedar identificados por gracia con Él, de tal manera que estamos invitados a recorrer el mismo camino que él ha trazado en su humanidad. La humanidad de Cristo, que deriva de su Encarnación, es el método, las huellas que nosotros, animados por el Espíritu, hemos de seguir. De aquí deriva la importancia de conocer los evangelios que dan testimonio de los hechos y de las palabras de Jesús (Hch 1,1).

Los nombres de Cristo

Los evangelios presentan a Jesús con distintos títulos que dan razón a la vez de su condición divina y humana: el Cristo, Hijo de Dios (Mt 16,16; Jn 11,27); el Hijo en forma absoluta (Jn 3,16.17.35); el Hijo del hombre (Mc 8,31; Jn 12,34; 12,23), el Logos (Jn 1,1). En el evangelio de San Juan es muy significativa la expresión “Yo soy” con una clara referencia a la revelación del nombre de Dios en el Antiguo Testamento (Ex 3,14; Is 43,10): “Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy” (Jn 8,28).

Este uso absoluto de la formula “Yo soy” expresa la condición divina de Cristo que viene complementada por otros títulos, con uso predicativo: “yo soy el pan de vida” (Jn 6,35); “yo soy la luz del mundo” (Jn 8,12); “yo soy la puerta” (Jn 10,7.9); “yo soy el buen pastor” (Jn 10,11.14); “yo soy la resurrección y la vida” (Jn 11,25); “yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6); “yo soy la vid” (Jn 15,1.5).

A través de todos estos títulos se muestra con evidencia que la propuesta cristiana no es independiente de la persona de Cristo. Él es la respuesta de Dios al sufrimiento humano. Él es el verdadero rostro de Dios: “La gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer” (Jn 1,17-18). Así se lo manifestó Jesús al apóstol Felipe cuando le dijo: “Quien me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn 14,9).

3. LA IGLESIA ES LA CASA DONDE SE PUEDE VIVIR

Si en Cristo se muestra el verdadero rostro de Dios, es necesario formularnos la pregunta: ¿Y dónde podemos encontrar hoy a Cristo? La pregunta no surge en nosotros por mera curiosidad. Es la pregunta en la que se juega el sentido de nuestra vida y nuestro futuro. Es la pregunta que nace del deseo de salvación y que sigue a las promesas de Jesús: *“Esta es la voluntad de mí Padre que todo el que ve al Hijo y crea en Él tenga vida eterna”* (Jn 6,40). Y así lo ratifica: *“El que cree en el Hijo posee la vida eterna”* (Jn 3,36).

Ver a Cristo equivale a creer en Él aceptando el testimonio de aquellos que lo vieron resucitado. Este es el origen de la Iglesia asentada sobre la roca de los Apóstoles, testigos de su resurrección, quienes cumplieron el encargo del Señor: *“Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará”* (Mc 16,15-16). El mismo Señor que antes de ascender a los cielos los envía a hacer discípulos a todos los pueblos, les asiste y acompaña en su misión: *“Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos”* (Mt 28,20). Es más, esta presencia del resucitado va dirigida a todos los creyentes: *“Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre allí estaré yo en medio de ellos”* (Mt 18,20).

El nuevo discipulado de Jesús

La Iglesia es, pues, el nuevo discipulado de Jesús que nace de la predicación apostólica (Kerygma) como queda narrado en los Hechos de los Apóstoles: *“Por lo tanto, con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor (Kyrios) y Mesías. Al oír esto se les traspasó el corazón y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿qué tenemos que hacer, hermanos? Pedro les contestó: Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas”* (Hch 2,36-38.41).

La verdadera tierra de promisión

Revisando las promesas hechas a Moisés en el Sinaí y habiendo recibido de Cristo toda la revelación del designio de Dios, podemos comprender que la Iglesia,



comunidad de los creyentes en el Resucitado, es la tierra que mana *leche y miel*. Es la tierra prometida donde el Espíritu Santo nos capacita para vivir en la libertad de los hijos de Dios. Es la nueva tierra donde se puede vivir del amor de Dios y del amor entre los hermanos. Así lo testifican los Hechos de los Apóstoles: “*Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común...y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones*” (Hch 2,42.44).

Lugar de comunión

Frente a una cultura dominante que disgrega a las personas y las aboca al individualismo, la comunidad cristiana se presenta como la auténtica respuesta a las necesidades de *comunión* y de *verdad* que siente toda persona. Es el modo para remediar la pobreza y salir del anonimato y de la marginación que provoca la sociedad actual: “*Vendían posesiones y las repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo*” (Hch 2,45-47).

La comunidad

Es posible que alguien piense que los Hechos de los Apóstoles describen una comunidad cristiana ideal, que resulta imposible en nuestra sociedad urbana e industrializada. Sin embargo hay que reconocer que ésta es la inspiración auténtica de la Iglesia apostólica y que está en el origen de todos los movimientos de renovación eclesial a lo largo de la historia: vida monástica impulsada por laicos (San Benito), propuestas de vida común (San Francisco de Asís), parroquias como ámbitos de familias unidas en un mismo territorio, hermandades, cofradías, congregaciones, etc. En cada momento de la historia han surgido nuevos impulsos para recuperar los elementos esenciales de la comunidad cristiana y poder responder a las circunstancias cambiantes de la sociedad. Este mismo aliento es el que ha suscitado el Espíritu Santo en el Concilio Vaticano II que, recogiendo lo mejor de la tradición cristiana, ha ido inspirando nuevos movimientos y comunidades que favorecen la vida cristiana en la sociedad actual. El foco de luz principal es el que surge de las Constituciones conciliares *Lumen gentium* (Iglesia) y *Sacrosanctum concilium* (Liturgia) en las que la Iglesia es vista como un “misterio” de comunión que tiene su fuente en la comunión de la Trinidad. Este “misterio”



se ve reflejado en cada comunidad cristiana que se edifica desde la Eucaristía. El seguimiento de Cristo y la vida cristiana reclaman el surgir de la comunidad de los discípulos que, como el discipulado de Jesús, viven de su palabra, de los sacramentos y de la comunión fraterna.

La lógica sacramental

El Espíritu Santo hace presente al Resucitado en el misterio de la Iglesia de un modo “sacramental”. Por eso la lógica que preside a la Iglesia no es una lógica funcional. No nos agrupamos en función de unos intereses, para realizar ciertas funciones o para seguir unas estrategias. La Iglesia es la irrupción de Cristo que acontece como un misterio de comunión. Las imágenes paulinas de la Iglesia nos lo ponen de manifiesto. La Iglesia es el “cuerpo de Cristo” (1 Cor 12,12) del cual Él es la cabeza. Es también como un templo edificado sobre la piedra angular que es Cristo. Los bautizados son como miembros del cuerpo, animado por el Espíritu, o como piedras vivas que contribuyen a la edificación de un templo consagrado al Señor para ser morada de Dios, por el Espíritu (Ef 2,20-22).



En definitiva se trata de estar incorporados a Cristo, como los sarmientos a la vid (Jn 15), para vivir de Él. Este vivir de Él se realiza “sacramentalmente”, reproduciendo desde la fe los rasgos fundamentales del discípulo de Jesús o de la comunidad primitiva: escucha de la Palabra, fracción del pan, comunión y oración (Hch 2,42).

La Palabra de Dios

La escucha de la Palabra de Dios, la enseñanza apostólica, es el primer modo de presencia del Resucitado. Como han resaltado los Santos Padres, toda la Escritura (Antiguo y Nuevo Testamento) contiene a Cristo. La Palabra de Dios proclamada en la Iglesia es una Palabra inspirada por el Espíritu Santo a los autores sagrados (hagiógrafos) y que tiene a Dios por autor.

Inspirada por el Espíritu Santo, y acogida en el mismo Espíritu, nos transmite al mismo Cristo a quien vemos y escuchamos desde la fe. El Antiguo Testamento contiene las promesas hechas a nuestros padres que se han cumplido en Jesús, el Cristo salvador. Esas mismas promesas cumplidas en Cristo nos son entregadas a nosotros como una siembra (Mc 4,2 ss.) que espera dar buen fruto. Es, en efecto,

una palabra viva y eficaz que, como la lluvia (Is 55,10-11), fecunda la tierra y cumple en nosotros lo mismo que anuncia cuando es recibida desde la fe. Esta Palabra tiene un carácter transformador, es “*performativa*”. No deja nuestra persona igual que antes de acogerla, sino que promueve la conversión y el cambio de vida.

Este tema de la Palabra de Dios ha sido objeto del último Sínodo de los obispos y ha dado origen a la Exhortación de Benedicto XVI “*Verbum Domini*”. Este acontecimiento eclesial es de suma importancia. Después de la Constitución conciliar sobre la Palabra de Dios (*Dei verbum*), en la que el Concilio Vaticano II explicó cómo la Palabra de Dios construye a la Iglesia y cómo hemos de interpretarla, el Papa Benedicto XVI nos anima a recuperar para la vida personal, familiar y eclesial la escucha asidua de esta Palabra. A través de la Liturgia, de la *Lectio divina* personal y comunitaria, de la oración personal y familiar, hemos de conseguir un trato asiduo con Jesucristo, escuchando su Palabra y guardándola en el corazón.

Un nuevo paradigma

El modelo o paradigma de escucha de la Palabra es María, la Virgen que dijo: “*Hágase en mí según tu Palabra*” (Lc 1,38). Este paradigma sirve tanto para la comunidad cristiana como para todo fiel cristiano (VD 28). Ello supone en la Iglesia católica un giro considerable que hemos de promover pastoralmente con mucha esperanza. Esto significa que hemos de formar a nuestros cristianos para poder acoger la Palabra de Dios en la lectura y meditación personal.

Escuelas de la Palabra

Del mismo modo, nuestras parroquias tienen que transformarse en verdaderas escuelas de oración y escuelas de la Palabra, promoviendo la *Lectio divina* comunitaria. Si los primeros cristianos “*perseveraban en la enseñanza de los apóstoles*” (Hch 2,42), nuestras comunidades cristianas tienen que encontrar la forma, adaptada a las circunstancias actuales, de recuperar el trato asiduo y familiar con la Palabra de Dios. Más allá de las lecturas que se proclaman en la Liturgia dominical, nuestras parroquias deben introducir otros modos para que la Palabra llegue a los bautizados, resuene en las familias y alimente con vigor a la comunidad cristiana. En este sentido conviene destacar la importancia de las Celebraciones de la Palabra, la *Lectio divina* comunitaria, los cursos de introducción a la lectura orante

de la Palabra de Dios, los talleres de oración, los retiros mensuales y los ejercicios espirituales.

Nuevas realidades

Todos estos elementos, ya conocidos en nuestra diócesis de Alcalá de Henares, además de ser difundidos y ampliados, deben ser acompañados por una renovación de la predicación, de la catequesis, y del primer anuncio cristiano. Hoy, gracias a Dios, están surgiendo en la Iglesia, al calor del Espíritu Santo, multitud de iniciativas para llevar adelante la nueva evangelización. Una buena muestra de ello ha sido la eclosión de grupos, movimientos, comunidades, modos comunitarios de acogida y vida en común, predicación en las calles, en las redes, etc., que se han puesto de manifiesto en la Jornada mundial de la Juventud. La belleza de lo que hemos visto y oído debe de animarnos a poner en nuestros labios y en nuestro corazón la Palabra de Dios, dispuestos siempre a dar razón de nuestra esperanza (1 Pe 3,15), prontos y dispuestos a anunciar el Evangelio. En nuestra Iglesia de Alcalá necesitamos recuperar el impulso de la Iglesia apostólica y el vigor de los primeros cristianos. Si entonces fue posible, hoy, con la asistencia del Espíritu Santo, también podemos recuperar el celo apostólico por el Evangelio.

b) La Iglesia vive de la Eucaristía

Al responder a la llamada del Señor (Mc 1,16-20), los primeros discípulos siguieron a Jesús, escuchaban su palabra, participaban de su vida y colaboraban en su misión. Esto mismo es lo que sucede entre nosotros, que queremos, de igual modo, seguir a Cristo. Como ellos escuchamos su Palabra y participamos de su vida en la Eucaristía, formando la comunidad de los discípulos de Jesús.

En algunas ocasiones he podido escuchar de algunos jóvenes la dificultad que tienen para tratar con el Señor. ¡Si lo pudiera tener delante de mí! ¡Si pudiera saber que me escucha y pudiera verle y hablarle! Es verdad que los primeros discípulos podían escuchar su voz, podían preguntarle como a alguien de carne y hueso, como se habla con un amigo. Sin embargo ellos tenían la dificultad de tener que ver en un hombre a Dios. La cruz fue para ellos la gran prueba. Nosotros, en cambio, caminamos a la luz de la resurrección y, recibido el testimonio de los creyentes, podemos desde la fe escuchar su Palabra como hemos dicho. Lo verdaderamente asombroso es además que podemos vivir de Él partici-

pando de la Eucaristía. No simplemente podemos estar con él como los primeros discípulos. Él viene ahora a vivir en nosotros haciéndose comida, entregándonos su cuerpo y su sangre. Después de la resurrección y el envío del Espíritu Santo podemos entender mejor las palabras de Jesús: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos” (Jn 15,59).

No se trata simplemente de una comparación. Referido a la Eucaristía, presencia real de Cristo, significa el modo de unión más íntimo que podamos imaginar. El que nos ha llamado amigos (Jn 15,15) lleva la amistad a su punto culminante: vivir en nosotros, vivir en mí, vivir en Él. No se trata simplemente de vivir unidos en el pensamiento sino de recibirle a Él, formar un solo cuerpo, vivir el misterio de la Iglesia.

Viendo las cosas así, podemos comprender que la Eucaristía edifica a la Iglesia, vinculándonos a todos los que participamos del mismo pan en la unidad de un solo cuerpo, del cual Él es la cabeza. Así se comprende cómo el apóstol San Pedro en su primera carta anime a los creyentes diciéndoles que la autenticidad de su fe es más preciosa que el oro que aquilatan a fuego (1 Pe 1,7), ya que “sin haberlo visto (a Cristo) lo amáis... creéis en Él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la salvación de vuestras almas” (v.9).

Un pueblo sacerdotal

La vinculación con Cristo en la Eucaristía nos hace tomar conciencia de que formamos parte de una comunidad, de su pueblo sacerdotal: “Vosotros sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa. Los que antes erais no-pueblo, ahora sois pueblo de Dios” (1 Pe 2,9-10).

Si hemos dicho anteriormente que Cristo es la respuesta a la situación de desarraigo que estamos viviendo en España, ahora entendemos que esta respuesta nos introduce en un pueblo, en una morada donde se puede vivir, donde se regenera nuestra esperanza. Esta esperanza se hace visible en la comunión fraterna y apunta hacia las aspiraciones últimas del corazón: el cielo y la gloria. De nuevo San Pedro bendice a Dios por esta esperanza hecha posible por Cristo: “Bendito sea Dios... que mediante la resurrección de Jesucristo nos ha regenerado para una espe-

ranza viva, para una herencia incorruptible... reservada en el cielo a vosotros que, mediante la fe, estáis protegidos con la fuerza de Dios para una salvación dispuesta a revelarse en el momento final" (1 Pe 1,3-5).

Ciudadanos del cielo

La Eucaristía nos hace vivir de Cristo, nos une formando un solo cuerpo con Él, estrecha los lazos entre nosotros, creando una auténtica comunidad de hermanos. La comunión del cuerpo y de la sangre de Cristo nos introduce en la pregustación del cielo. *Prenda de la gloria* se llama a la Eucaristía en el sentido de que nos anticipa lo que es nuestro destino final, la belleza del cielo, y nos introduce en la *civitas Dei* (ciudad de Dios, Sal 86), figura de la Jerusalén celeste (Hb 12, 22-24). La Eucaristía nos hace ciudadanos del cielo y dilata nuestro corazón para poder albergar la esperanza de lo que Dios tiene preparado para sus hijos: *"queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a Él"* (1 Jn 3,2).

"Todo el que tiene esta esperanza se purifica a sí mismo", continúa afirmando San Juan (1 Jn 3,4), en el sentido de que se hace semejante a Dios por el amor a los hermanos: *"En esto hemos conocido el amor: en que Él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos"* (1 Jn 3,16). La sangre de Cristo nos purifica y nos hace participar del dinamismo de su amor. Comulgar es recibir *el cuerpo que se entrega por nosotros, la sangre que se derrama por nuestros pecados*. Esta autoentrega de Cristo, que se hace don en la Eucaristía, provoca en nosotros la misma entrega a los hermanos, capacitando nuestro corazón con la misma fuerza de quien se inmoló por nosotros.

Con estas reflexiones se pone de manifiesto que la Eucaristía construye a la Iglesia como esa tierra de promisión anunciada a Moisés, o como esos pastos a los que conduce el propio Dios como Pastor de su pueblo: *"sacaré a mis ovejas de en medio de los pueblos, las reuniré entre las naciones, las llevaré a su tierra, las apacentaré en los montes de Israel"* (Ez 34,13). La Iglesia es, en efecto, esa tierra donde podemos vivir amándonos con el amor de Dios participado y hecho comunión fraterna. Es la tierra que da leche y miel, es decir, donde recibimos el pan de la vida eterna, en cuyas fuentes podemos beber del manantial del Espíritu, el agua viva que sacia nuestra sed.



Las aspiraciones del corazón

Si lo pensamos bien, el horizonte que se nos abre con la vinculación a Cristo y a la Iglesia, su cuerpo, es un horizonte que promete todo lo que nuestra sociedad y nuestra cultura están haciendo imposible. La Iglesia se presenta así como el Arca de Noé que posibilita, después del diluvio, una regeneración (Gn 7-8). Del mismo modo, los bautizados, incorporados a la barca de Pedro nos dirigimos a buen puerto, dispuestos a incorporar en la redes del Evangelio a una multitud de hermanos (Jn 21,6). Lo que se nos ofrece en la Iglesia es al mismo Cristo resucitado hecho alimento de vida eterna, a la vez que se nos ofrece un espacio de fraternidad donde sabernos amados y donde, con la fuerza del Espíritu, podemos amar. Estas son las aspiraciones profundas del corazón, lo que sólo podemos encontrar en Cristo: “*Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tan sólo Tú tienes palabras de vida eterna*” (Jn 6,68).

La comunión fraterna

Como hemos recordado anteriormente, los primeros cristianos perseveraban en escuchar la enseñanza apostólica, en la fracción del pan (Eucaristía) y en la comunión (Hch 2,42). La comunión fraterna no era algo que naciera de sus fuerzas, o de sus afinidades o simpatías. Su comunión es el fruto de Pentecostés, es un don del Espíritu Santo. Contrariamente a lo que sucedió en Babel (Gn 11,1 ss), con la venida del Espíritu se hace posible la comunión y el entendimiento. El fuego del Espíritu promueve el lenguaje del amor que se alimenta y se renueva en la Eucaristía.

Nuestras parroquias y comunidades cristianas son el espacio de comunión que prolonga lo que sucedía en la Iglesia primitiva: “*Todos se reunían con un mismo espíritu en el pórtico de Salomón*” (Hch 5,12), De nuevo acudimos hoy a la Iglesia donde nos cobija la Sabiduría del que es más que Salomón (Mt 12,42). La casa de la alegría y de la alabanza como canta el salmista: “*Qué deseables son tus moradas... Dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre... vale mas un día en tus atrios que mil en mí casa y prefiero el umbral de la casa de Dios a vivir con los malvados*” (Sal 83).

Comunión de bienes

Esta comunión fraterna, que arranca de la Eucaristía y que se hace posible como don del Espíritu, tiene su expresión concreta en la comunión de bienes que



practicó la comunidad primitiva: *“El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común”* (Hch 4,32). Esta comunión voluntaria de bienes es un signo de identidad de la comunidad cristiana. La seriedad de esta comunión se pone de manifiesto en lo acontecido a Ananías y Safira que ocultaron engañosamente parte de lo que habían adquirido al vender su propiedad. Ananías tuvo que escuchar el reproche de Pedro: *“¿Por qué has puesto en tu corazón esta decisión? No has engañado a hombres, sino a Dios”* (Hch 5,4).

San Pablo, después de reunirse en Jerusalén con Pedro y Santiago, fue llevando a cabo por todas partes la colecta a favor de los pobres como un signo permanente del nuevo modo de vivir cristianamente: *“Recordad esto: el que siembra tacañamente, tacañamente cosechará; el que siembra generosamente, generosamente cosechará. Cada uno dé como haya decidido su conciencia: no a disgusto ni por compromiso; porque al que da de buena gana lo ama Dios”* (2 Cor 9,6-7).

Cambiando las circunstancias y con las características propias de la sociedad actual, nuestra parroquias, movimientos y comunidades, tienen que hacer posible el modo comunitario de celebrar la fe, vivir la comunión eclesial y atender a las necesidades de los más pobres. Del mismo modo que la Iglesia primitiva encontró su modo de vivir, creando incluso la institución diaconal para atender a las viudas y a los pobres (Hch 6,1 ss), en estos momentos hemos de encontrar modos de vida familiar, parroquial y comunitaria que den los signos de una auténtica vida fraterna que responda tanto a la crisis actual como a las exigencias del seguimiento de Cristo.

Espíritu de comunión

En este sentido quiero alabar la comunión que en nuestra diócesis de Alcalá se da entre sacerdotes, religiosos y los fieles laicos que colaboran en las parroquias o siguen itinerarios de fe en los distintos movimientos, comunidades eclesiales y movimientos apostólicos de la Acción Católica. La reunión de todos ellos en el pasado Pentecostés fue como rocío del Espíritu que regala a nuestra Iglesia una nueva primavera. Por este camino hemos de seguir para ser un signo auténtico del designio de Dios que presenta un modo alternativo de vivir: *“Alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo, y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando”* (Hch 2,47).



Esta comunión necesita también expresarse en la atención a los pobres y necesitados. Pensándolo bien la verdadera respuesta a la pobreza es vivir profundamente el espíritu de la comunidad cristiana. Este es el sentido de la colecta entre nosotros y la misión eclesial de Cáritas que manifiesta la comunión de bienes que brota de la Eucaristía. El individualismo no puede responder a las necesidades reales de la persona; el colectivismo priva a las personas de su libertad y de la auténtica comunión. Sólo la comunidad, que nace de la Eucaristía, es respuesta a las necesidades personales y comunitarias de cada uno de nosotros. Como muestra de este espíritu de comunión surgió la iniciativa de una casa diocesana de atención a los más pobres. San Diego de Alcalá, icono de la caridad que nos ha legado la tradición, será quien inspire los trabajos de esta nueva casa de acogida que ha preparado Cáritas diocesana para nuestros hermanos necesitados.

Adoración eucarística



La Eucaristía celebrada engendra la unidad del Pueblo santo de Dios y la Eucaristía adorada es la provocación continua para repetir el gesto de autoentrega de Jesús. Por eso, del mismo modo que os animo, queridos sacerdotes, religiosos, y fieles laicos, a renovar nuestras comunidades cristianas celebrando con autenticidad la Eucaristía, os exhorto a que no falten en nuestras parroquias tiempos de adoración eucarística en los que, a los pies del Santísimo, le adoremos y le arranquemos su voluntad sobre nosotros.

Conversión

La crisis epocal que estamos viviendo, está reclamando auténticos adoradores en “espíritu y en verdad” (Jn 4,26). Esta adoración exige de nosotros un corazón limpio que dé los signos de una auténtica conversión. Para ello necesitamos recuperar el sacramento de la penitencia y practicar la confesión frecuente tan recomendada por la Iglesia. Esta fue una constante en el magisterio de Juan Pablo II, convencido de que la raíz profunda de nuestros males está en el pecado.

Confesión y dirección espiritual

La Santa Sede, a través de la Congregación del Clero, nos acaba de regalar un documento precioso sobre la confesión titulado: “*El sacerdote confesor y director espiritual, ministro de la misericordia divina*”. Recomendando vivamente a todos los sacerdotes de la diócesis el estudio personal, y en las reuniones de



arciprestazgo, de este documento. Estoy convencido de que nos puede ayudar en nuestro ministerio y nos dará pistas para revitalizar la práctica de la confesión y la guía espiritual de los fieles. Son muchos los años que venimos arrastrando la crisis del sacramento de la reconciliación y, en esta crisis, se esconde el olvido de Dios y la ausencia de un acompañamiento pastoral personalizado. La vida espiritual sólo crece, en cambio, cuando se vive en *gracia de Dios* y cuando un maestro nos ayuda a discernir la voluntad divina sobre nuestra vida.

El pecado



No hay peor obstáculo para el seguimiento de Cristo y la perfección espiritual que el pecado. La falta de conciencia de pecado pone de manifiesto un déficit y una falta de formación de la conciencia moral. El pecado apaga la vida del espíritu, nos sumerge en la oscuridad y destruye nuestra capacidad de hacer el bien. A mayor luz de la fe, mayor conciencia de pecado, ya que mirándonos desde Dios y su amor en la cruz, tomamos conciencia de nuestra ingratitud y nuestra infidelidad. La limpieza de corazón que sigue a la confesión de los pecados, y la guía de un maestro experimentado, nos ayudan a descubrir los engaños del mal y a fortalecer la práctica de la virtud.



Lo que dificulta la comunión en la Iglesia son nuestros pecados. Estos ponen freno a nuestra capacidad de amar, nos enclaustran en el egoísmo y nos impiden hacer de nuestra vida un don para los demás. Por eso os decía que necesitamos de la adoración eucarística, para que, a los pies de Jesús, aprendamos como María (Lc 10,39) del verdadero Maestro escuchando su palabra. Para ello os propongo iniciar en nuestra Diócesis de Alcalá la promoción de adoradores que posibiliten la adoración perpetua en la Capilla de las Santas Formas recientemente restaurada. Esta capilla, que hemos recibido de la tradición eucarística de nuestra diócesis, está llamada a ser un lugar de peregrinación constante para encontrarse con Jesús sacramentado y facilitar, mediante la confesión, la reconciliación con Dios.

Primacía de la gracia

De la Eucaristía conscientemente celebrada y adorada, y de la práctica de la confesión, podemos esperar una renovación de la pastoral diocesana que manifieste la primacía de la gracia. Todo nuestro trabajo sería en vano si no es precedido y acompañado por la gracia de Dios. Así nos lo recuerda el salmista: “*Si el Señor no construye la casa en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la*



ciudad en vano vigilan los centinelas” (Sal 126). Allí donde se privilegia la presencia de Dios y la gracia, brota la alegría entre los hermanos y, en vez de la indiferencia o la discordia, renace el espíritu de fiesta. El déficit de alegría de nuestra sociedad es un signo de la ausencia de Dios y de la falta de esperanza. La Iglesia, que se construye en cada comunidad o parroquia, está llamada a cubrir este déficit anunciando la verdadera alegría, que es un don del Espíritu Santo. La alegría que descansa en los sentimientos y que proporciona el mundo a través simplemente del gusto de las cosas y de las emociones, es una alegría efímera que no puede construir nuestra vida. En cambio la alegría que descansa en el espíritu, y que procede del amor, es una alegría permanente y que puede construir una historia. Este es el secreto de María que nos invita a cantar el Magníficat, enraizando la alegría en el espíritu y haciéndola descansar en Dios: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador” (Lc 1,46).

La alegría del cristiano sigue a la conversión y va precedida de la misericordia de Dios. Es esta una experiencia que la Iglesia pone en nuestros labios a través de los salmos: “Señor, Dios mío, a ti grité y tú me sanaste. Señor sacaste mi vida del abismo... Cambiaste mi luto en danzas, me desataste el sayal y me has vestido de fiesta, te cantará mi alma sin callarse. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre” (Sal 29).

Como una familia

La alegría y la fiesta se hacen posibles cuando favorecemos un espíritu de familia. A la Iglesia la hemos de entender como la familia de los hijos de Dios. Fuera de la Iglesia está la competitividad y las traiciones. En la comunidad cristiana, si vivimos centrados en Dios, surgen entre nosotros unas relaciones familiares que tienen su réplica en la familia que nace del matrimonio cristiano. Ambas familias, la Iglesia doméstica y la Iglesia, Familia de familias, se necesitan mutuamente y están llamadas a complementarse. Ambas nacen del designio de Dios y ambas se presentan como el espacio donde se custodia el amor y se transmite la fe.

La pastoral familiar

La comunidad cristiana (parroquia) necesita recuperar la fisonomía de una familia. Para ello es necesario contar con las familias completas y organizar una pastoral familiar que responda a sus necesidades. La mejor pastoral familiar es la propia comunidad cristiana que presenta a Cristo a las familias. Escuchando su



Palabra, celebrando la Eucaristía juntos y viviendo en el amor, las familias encontrarán la fuente en la que puedan alimentar su amor matrimonial y familiar. Si esto es así, nuestras parroquias y movimientos no pueden desconocer el hecho familiar, sino favorecer el protagonismo de los matrimonios y de las familias para que toda la pastoral responda a las necesidades reales de las personas.

Si la acción pastoral de la diócesis está encaminada a favorecer y cultivar la vida de las familias cristianas se producirá un efecto multiplicador. Las familias cristianas, bien formadas y conscientes de la misión que han recibido del Señor, crearán en sus casas el ambiente necesario para la transmisión de la fe y la formación cristiana. Sin las familias, la acción pastoral de la Iglesia queda mermada y no acaba de enraizarse en las necesidades reales de las personas. Por eso, tanto la preparación próxima e inmediata del matrimonio como el acompañamiento de las familias cristianas debe ser una prioridad pastoral.

En el mes de noviembre, Dios mediante, celebraremos un Congreso para conmemorar el trigésimo aniversario de la *Familiaris Consortio*, la Carta magna de la Pastoral Familiar. Desde este momento os convoco a los sacerdotes, religiosos y fieles laicos a participar en este Congreso en el que vamos a procurar ofrecer caminos concretos para desarrollar la pastoral familiar. Este mismo Congreso nos ha de servir para iniciar un camino de preparación para el Encuentro Mundial de las Familias que, convocado por Benedicto XVI, tendrá lugar en Milán en mayo de 2012. Como subsidios para esta preparación el Pontificio Consejo para la Familia ha editado un material con diez temas titulado: “*La familia, el trabajo y la fiesta*”. Procuraremos vivir este itinerario acompañado con la Oración de Familias mensual.

Atención a los enfermos

Junto a la preocupación por los pobres, la comunidad cristiana y la familia prestan una atención particular a los enfermos. Los evangelios están plagados de encuentros de Jesús con enfermos. La solicitud de Jesús por ellos continúa en el encargo que hace a sus discípulos (Mc 16,18) y así se manifiesta en la acción de la comunidad primitiva (Hch 5,16). Las parroquias han de ser igualmente centros que irradian la solicitud por los enfermos con la visita de los sacerdotes, con el acompañamiento de los visitantes parroquiales y los ministros extraordinarios de la Eucaristía. Del mismo modo se ha de procurar orar continuamente por ellos proporcionándoles el auxilio de los sacramentos: la confesión, la Eucaristía y la unción de enfermos.



Para cuidar de nuestros enfermos y del personal sanitario hemos creado la *Delegación de Pastoral de la salud*. A ella confiamos despertar en las parroquias y familias la preocupación por la atención espiritual de cuantos pasan por el trance de la enfermedad. Para ello reclamo la colaboración de los sacerdotes, de los médicos y personal sanitario católicos. Con ellos la Delegación ha de ir promoviendo un Equipo Pastoral que pueda ayudar en la formación de los agentes de la salud y proponer caminos para desarrollar esta pastoral en las parroquias, hospitales y centros de salud. Del mismo modo confío a la Virgen María poder iniciar los pasos que nos conduzcan a fundar la Hospitalidad de enfermos que les ayuden en las peregrinaciones a Lourdes y en la atención a sus necesidades durante el año.

El paro y la inmigración

Todos estos aspectos concretos, que han sido indicados, son pistas por las que podemos desarrollar el cuidado de las personas que evidencie el espíritu de comunión propio de la comunidad cristiana. En este sentido conviene también destacar dos cuestiones que se presentan con urgencia: la falta de trabajo y el fenómeno de la inmigración. Nosotros como Iglesia no tenemos la solución técnica para estos temas de tanta envergadura (Cf. *Caritas in veritate*, 9 y 61). Sin embargo las respuestas que podemos dar como comunidad cristiana van en la siguiente dirección: nuestras parroquias, siguiendo las indicaciones de Cáritas, han de ser centros de acogida y de comunión de bienes, repartiendo entre los más pobres nuestra ayuda para las necesidades fundamentales, apelando a la generosidad de cuantos compartimos la Eucaristía. Al mismo tiempo hemos de facilitar, según nuestras posibilidades, el que se puedan preparar para nuevos empleos, favoreciendo así la inserción laboral.

La presencia abundante de inmigrantes pone a prueba la virtud cristiana de la hospitalidad. En estos momentos de crisis y confusión, los cristianos no podemos favorecer posturas egoístas y de exclusión. En el inmigrante nosotros hemos de ver a Cristo. También el pueblo de Israel y la Sagrada Familia fueron inmigrantes en Egipto. Es este un tema constantemente recordado en la Antigua Alianza y que se constituye como un signo de identidad del Israel de Dios: “*No vejes al emigrante; conocéis la suerte del emigrante, porque emigrantes fuisteis vosotros en la tierra de Egipto*” (Ex 23,9).

A los inmigrantes que comparten nuestra fe hemos de facilitarles la inserción en la parroquia o comunidad cristiana. Esta es la mejor respuesta, que ofrece inclu-

so la posibilidad de crecer en catolicidad y abre nuestros horizontes en la dirección de considerarnos todos como la familia de los hijos de Dios.

Los hermanos difuntos

La comunión que se vive en la comunidad cristiana no se reduce a los que vivimos actualmente en este mundo. Está abierta a los que ya murieron y forma parte de uno de los artículos del Credo: creo en la comunión de los santos. Nuestra unión con la Jerusalén del cielo, donde están las almas de los bienaventurados, y nuestra unión con las almas del purgatorio, abre el círculo de nuestra Iglesia que peregrina en Alcalá. Éstas son verdades que necesitamos tener presentes, hacerlas objeto de nuestra predicación y enseñarlas en la catequesis.

El tema de la muerte y de los novísimos, ante una cultura dominante tan presentista, ha quedado en cierto modo oscurecido. Ante la ausencia de la perspectiva consoladora del cielo y la purificación de purgatorio, se ha incrementado el miedo a la muerte y el pánico ante el sufrimiento. Estos son temas que hemos de aclarar profundamente analizándolos a la luz de Cristo y de su destino glorioso. La muerte para un cristiano es la posibilidad de entrar en el “descanso” de Dios. En vez de ser el punto final es el principio, la puerta de acceso a Dios para gozar de Él con plenitud. Os lo repito muchas veces: el cielo es la verdadera y definitiva justicia de Dios. Sin el cielo la vida sería un juego y, en ocasiones, una broma de mal gusto. De aquí arranca nuestra responsabilidad de hacer presente el sentido de la vida y su desenlace en lo que el catecismo llama “los novísimos”: muerte, juicio, infierno o gloria.

La Iglesia enseña además que para los que mueren imperfectamente purificados, existe el Purgatorio o etapa de purificación que, ya desde el Antiguo Testamento (2 Mc 12,16), ha dado origen a la oración por los difuntos. Como enseña el Catecismo: “La Iglesia ha honrado a los difuntos y ha ofrecido sufragios en su favor, en particular el sacrificio eucarístico, para que, una vez purificados, puedan llegar a la visión beatífica de Dios. La Iglesia también recomienda las limosnas, las indulgencias y las obras de penitencia a favor de los difuntos” (CIC 1032).

La misión de los sacerdotes adquiere relevancia cuando, a imagen del Buen Pastor, acompañamos a los fieles que tienen que pasar por las cañadas oscuras de la muerte. La atención a los moribundos, el consuelo de la visita, la confesión, el

Viático y la unción de los enfermos deberían ocupar un lugar preferencial en nuestra jornada sacerdotal.

Por su parte, los familiares de enfermos y moribundos deben facilitar el acceso a los sacerdotes, sin caer en la trampa de ocultar la verdad a los enfermos en los momentos decisivos de la enfermedad. Los enfermos tienen derecho a la verdad y al consuelo de Dios y nosotros tenemos el deber de ofrecerles el acceso a los medios de salvación. No sólo hemos de humanizar la muerte sino vivirla cristianamente y con los auxilios divinos: “*¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que recen por él y lo unjan con óleo en el nombre del Señor*” (St 5,14).

El sufrimiento y la muerte

Aceptando todos los beneficios que se pueden derivar de la medicina paliativa, no podemos olvidar el sentido del sufrimiento ni menos obviarlo a cualquier precio. Hay un sufrimiento consustancial a la fragilidad del nuestro ser creatural. Existe el sufrimiento físico y moral que supone hacer frente a las adversidades de la vida y a las dificultades que conlleva cualquier empresa humana. Existen los sufrimientos injustos provocados por la maldad humana, por la mentira y por la dominación de los unos sobre los otros. El cristiano tiene que ser siempre un paladín de la justicia y un anunciador con hechos de la verdad: “*¿Quién de vosotros es sabio y experto? Que muestre sus obras como fruto de la buena conducta. (...) No presumáis mintiendo contra la verdad. Esta no es sabiduría que baja de lo alto, sino la terrena, animal y diabólica*” (St 3,13.15). Existe finalmente el sufrimiento de los inocentes, del cual es un icono Cristo condenado injustamente, insultado, vejado y llevado a la cruz. El misterio del sufrimiento, cuya raíz última es el pecado, ha sido desvelado en la aceptación voluntaria del mismo dándole un carácter salvífico y redentor. Por eso en la propuesta cristiana están las dos caras de la moneda: por una parte hemos de luchar contra el sufrimiento y la injusticia y, por otra, hemos de recuperar su dimensión salvífica asociando nuestros sufrimientos a los de Cristo en la pasión: “*Me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo a favor de su cuerpo que es la Iglesia*” (Col 1,24).

En definitiva, el sufrimiento del cristiano, asociado al de Cristo, siempre se vive en clave pascual, es una muerte que desemboca en resurrección y vida. Jesús en el Evangelio propone el ejemplo del grano de trigo que muere para dar origen a

la espiga (Jn 12,24) y San Pablo coloca ante sus ojos la gloria para relativizar los sufrimientos presentes: *“Pues considero que los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará”* (Rm 8,18).

Para ganar en realismo, nuestra acción pastoral no puede marginar el tema del sufrimiento ni ocultar la muerte. Si fuera así, una pastoral reduccionista acabaría por ser innecesaria porque dejaría sin responder las preguntas profundas del corazón y dejaría sin consuelo a las personas en sus momentos decisivos. Si Cristo es la respuesta al sufrimiento y a la muerte, si la Iglesia es la casa donde se puede vivir y morir, la comunión entre los cristianos debe de evidenciarse ante las cuestiones últimas del hombre. En este sentido os animo a todos, sacerdotes, religiosos y fieles laicos, a redoblar nuestros esfuerzos catequéticos y pastorales para promover una celebración cristiana de la muerte y para acompañarnos mutuamente en los momentos de dolor.

La celebración cristiana de la muerte

La parroquia es el lugar propio para celebrar en su templo cristianamente la muerte. En circunstancias normales es donde hemos sido incorporados a Cristo por el Bautismo, donde vivimos los acontecimientos centrales de nuestra vida y, por tanto, después de peregrinar por este mundo, es adonde somos acompañados para participar de la muerte y resurrección de Jesucristo. Es así como se manifiesta que somos la familia de los hijos de Dios y que el Señor nos acompaña en todos los acontecimientos, incluida la muerte. El urbanismo creciente a veces dificulta poder celebrar la misa exequial en los templos parroquiales. Sin embargo, por nuestra parte, hemos de favorecer que sea así, desterrando otros criterios funcionales.

Del mismo modo hemos de favorecer el cuidado de las tumbas de nuestros familiares. El cementerio, lugar de dormición, forma parte de la tradición cristiana. Allí reposan los cuerpos de nuestros hermanos difuntos esperando la resurrección y son visitados para honrarles y orar por ellos. La cremación de los cadáveres es aceptada como excepción siempre que no signifique desprecio o ausencia de fe en la resurrección. Aceptar funcionalmente la cremación no es costumbre que responda a los criterios que hemos recibido de la tradición, que favorece el enterramiento de los cuerpos para mantener su memoria, honrarles y orar por ellos. Así fue sepultado Jesús esperando la resurrección (Jn 19,42). Orar por los difuntos e invocarlos como intercesores es una muestra de la “comunión de los santos”.

d) La oración

El último rasgo de identidad de la comunidad cristiana es la oración. “Y perseveraban en las oraciones” (Hch 2,42). Los cristianos somos el pueblo de la Nueva Alianza que hemos sido precedidos por la tradición orante del pueblo de Israel. Por eso los primeros cristianos sirviéndose de las oraciones del Antiguo Testamento, de los Salmos y del modo de orar de Jesús, el Padre nuestro, perseveraban unidos en la oración. Los Hechos de los Apóstoles dan prueba de ello (Hch 1,14.24; 2,42.47; 4,24; 12,5).

Siguiendo la tradición de la Sinagoga la oración de los primeros cristianos está arraigada en la Palabra de Dios. A los textos del Antiguo Testamento se suman los evangelios y las enseñanzas apostólicas (Hch 2,42). Sin embargo son los salmos, interpretados con la luz nueva de la fe en Cristo resucitado, el vehículo adecuado para la oración personal y comunitaria. Ambas dimensiones van unidas y centran la oración en los acontecimientos salvíficos que se han desarrollado en la historia de Israel, en Cristo y ahora en la Iglesia.

Jesús recibió de su tradición familiar la oración sálmica, cantó y rezó los salmos en la sinagoga y con ellos celebró todas las fiestas y peregrinaciones anuales. Los salmos, expresión de su alma orante, están continuamente en sus labios hasta el momento de su agonía (Mc 15,34). Los primeros cristianos recogieron esta tradición que continúa vigente entre nosotros.

La Liturgia de las Horas

Los salmos presentes en la Liturgia de las Horas (Oficio de lecturas, Laudes, Hora intermedia, Vísperas y Completas) y utilizados como cantos responsoriales en la Liturgia eucarística son, unidos a los himnos y cánticos evangélicos, nuestro modo de hablar con Dios. Todos ellos, inspirados por el Espíritu Santo, hacen que nos dirijamos a Dios con las mismas palabras que Él nos ha dado. Es más, surgidos de una historia de salvación que culmina en Cristo, nos hacen participar del espíritu del pueblo de Dios, el pueblo de la Nueva Alianza. De este modo comprendemos mejor que el modo de orar cristiano es siempre el de un miembro bautizado, incorporado a la Iglesia, pueblo de Dios que tiene a Cristo por cabeza.

Un cristiano nunca ora al margen de Cristo, ni separado de su cuerpo que es la Iglesia. Incluso el Padre nuestro, la oración del Señor, nos es entregada

con la clave de la filiación, en condición de hijos de Dios, para que oremos como miembros de la misma familia y nos dirijamos al Padre invocándolo como el Padre nuestro.

Oración personal y comunitaria

La oración en su dimensión personal y comunitaria es expresión de la fe en Dios, signo de la obediencia a Cristo que nos mandó orar (Mt 26,41; Mc 14,38; Lc 22,46) y docilidad al Espíritu Santo, maestro interior por el que clamamos “Abba, Padre” (Rm 8,15.26).

Si de algo estoy plenamente convencido por la propia experiencia como creyente es de que, sin la oración, nuestra vida cristiana languidece. Es la oración la que nos lleva al trato personal con Jesucristo para crecer en amistad con Dios, para reconocer su presencia en los acontecimientos de la vida y para crecer en la obediencia a su Palabra. Toda nuestra vida se desarrolla en relación con la voluntad de Dios, voluntad que aprendemos a descifrar en el trato con Él, en la oración que ha de seguir las huellas del mismo Jesús.

Los evangelios, y de manera particular el evangelio de San Lucas, nos presentan a Jesús continuamente orando al Padre (Lc 3,21; 6,12; 9,28; 22,32.41-44) y abriéndose a su voluntad. Él nos enseña a tener presente a Dios, nuestro Padre, en los acontecimientos decisivos de la vida (Lc 22,42; 23,46) y a desarrollar nuestra existencia en alianza permanente con Dios.

Dimensiones de la oración

Tanto el Catecismo de la Iglesia Católica (CIC 2558-2865) como las enseñanzas de los últimos pontífices, Juan Pablo II y Benedicto XVI, ponen el acento en la oración como don de Dios (CIC 2559) y respuesta creyente a la iniciativa del Espíritu que se expresa en la bendición y adoración (CIC 2626-28), en la petición e intercesión (CIC 2629-36), en la acción de gracias y la alabanza (CIC 2637-43). Juan Pablo II invita a las familias a ser una comunidad orante, que abre su existencia matrimonial y familiar al trato con Dios y que vive todos sus acontecimientos haciéndolos motivo de oración. La oración familiar hace de la comunión entre padres e hijos una comunidad orante que alimenta su fe en la comunidad cristiana siguiendo la pedagogía de las fiestas cristianas y del Año litúrgico (*Familiares consortio*, 59). La Liturgia de las Horas es también Liturgia de la familia que, a través de ella,

entronca en la vida de la Iglesia ejerciendo como *Iglesia doméstica* (FC, 61). Del mismo modo el Papa Benedicto XVI, además de haber destacado la oración como “lugar” de aprendizaje y del ejercicio de la esperanza (*Spe salvi*, 32-34) nos invita a centrar la oración en la Palabra de Dios (*Verbum Domini*, 72) recuperando la *Lectio divina* o lectura orante de la Palabra de Dios (VD, 86). Es más, en sus Catequesis de los miércoles ha abierto un gran itinerario formativo sobre la oración que os invito a conocer y a difundir.

Un pueblo orante

Los encuentros mensuales de oración de los jóvenes y de las familias, los retiros diocesanos y los ejercicios espirituales pretenden ser escuela permanente de oración y de renovación espiritual. No son simplemente actividades que se organizan para cubrir el calendario pastoral. Son un signo que muestra nuestra voluntad de crecer como pueblo orante, como familia que se confía a Dios, que se quiere postrar a los pies del Señor para escuchar palabras de vida eterna. A través de estos encuentros, centrados en la escucha de la Palabra de Dios, en la adoración del Santísimo y en la confesión de los pecados, queremos crecer como discípulos de Cristo.

El camino de la oración

La humanidad de Cristo es el camino que Dios nos ha ofrecido para entrar en su misterio y para conocer su designio sobre nosotros. Cuando Jesús dice de sí mismo “Yo soy el camino” (Jn 14,6) se ofrece en su humanidad como itinerario para alcanzar la Verdad y la Vida que nos concede por su divinidad. Pedagógicamente la Iglesia, y con ella todos los maestros de oración, nos enseñan a meditar y contemplar los *misterios* (hechos de salvación) de la vida de Cristo para introducirnos en el conocimiento de Dios y en su bondad y misericordia infinitas. Este es el camino seguro por donde no nos perderemos. Confundir la oración simplemente con la afectación de los sentimientos, o con producir estados de conciencia, es desconocer que la oración cristiana es un trato de amistad con Alguien que habla, con Jesucristo que se ha revelado con hechos y palabras (Hch 1,1). La oración siempre viene precedida por la gracia de Dios (acción del Espíritu) y es eco y respuesta a una palabra de quien se hace presente en su revelación y en los acontecimientos de la vida. De ahí la conveniencia de orar meditando la Palabra de Dios, contrastándola con la propia vida. De hecho, avanzamos en la oración en la medida en que cambiamos la vida, ya que tratar de amistad con Jesucristo es dejarnos guiar por Él

para que Él sea nuestra vida: “vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20; cf. Fil 3,8-11).

En ningún momento la oración cristiana tiene como meta vaciar la mente o producir una quietud que anule todo deseo. La serenidad que produce la oración es fruto de sabernos en manos de Aquel que nos ama. Él quiere que le dejemos entrar en nuestra vida y aceptemos el don de sí mismo y los bienes que quiere regalarnos. Por eso la oración cristiana, en vez de anular el deseo, lo acrecienta y lo dirige a su verdadera meta: Dios y la gloria del cielo. Así lo explica San Agustín cuando compara la oración como ensanchar el corazón (representación de nuestro deseo) para poder llenarlo hasta arriba de los dones de Dios: la vida eterna (S. Agustín, *Serm. Dom. 2; In 1 Iohannis 4,6*).

Comprendemos, pues, que en la oración individual, familiar y comunitaria, se decide la calidad de nuestra vida cristiana, el sentido de nuestra vida y el alcance de nuestra misión. La oración, en efecto, no es un adorno exterior de nuestra vida, no es una acción superficial, sino que es el alma de nuestro existir cristiano y de nuestro apostolado. Quien no ora está falto de luz, no deja respirar a su fe y es normal que esta acabe apagándose. Por el contrario quien ora con paciencia, aceptando los momentos de oscuridad, es transformado por la gracia de Dios, adquiere mayor discernimiento para conocer su vida y las necesidades de los otros, y se siente impulsado a hacer de su vida un don para los demás.

Se trata en definitiva de no apagar el fuego del Espíritu que nos encamina en la dirección de Jesucristo y nos capacita para conocer la verdad plena (Jn 16,13; 14,26). Esta presencia del Espíritu Santo hace posible que continuemos las obras de Jesús, llevando a cumplimiento el designio de Dios sobre el mundo: “En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre. Y lo que pidáis en mi nombre, Yo lo haré... y Yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad” (Jn 14,12-14.16).

La Virgen María

Como los apóstoles, reunidos con María en el cenáculo, nosotros necesitamos también perseverar en la oración suplicando para nuestra Iglesia de Alcalá un renovado Pentecostés: “Todos ellos perseveraban unánimes en la oración,

junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hch 1,14).

La Virgen María acompaña nuestro peregrinar como Iglesia local, nos enseña a orar y nos asiste en nuestra misión. Como Madre, ella nos ayuda a hacer de la Iglesia el hogar de la fe y, como oyente de la Palabra, nos enseña a vivir en plena sintonía con la Palabra divina.

La figura de la Virgen María no se agota en ser un referente o modelo externo para nuestro seguimiento individual de Cristo. Ella, como enseña Benedicto XVI, “es la figura de la Iglesia a la escucha de la Palabra de Dios, que en ella se hace carne. María es también símbolo de la apertura a Dios y a los demás; escucha activa que interioriza, asimila, y en la que la Palabra se convierte en forma de vida” (VD 27).

Como imagen de la Iglesia, la Virgen María es el foco de luz necesario para nuestra orientación, la llave que nos abre la puerta para tener acceso a Dios, el principio y la norma que posibilita nuestra renovación eclesial. Mirándola a Ella, el Papa Benedicto XVI confía en que se dé en el seno de la Iglesia, como hemos recordado anteriormente, un cambio de paradigma: “La atención devota y amorosa a la figura de María, como modelo y arquetipo de la fe de la Iglesia, es de importancia capital para realizar también hoy un cambio concreto de paradigma en la relación de la Iglesia con la Palabra, tanto en la actitud de escucha orante como en la generosidad del compromiso en la misión y el anuncio” (VD 28).

Orar con María

El pueblo cristiano tradicionalmente invoca a María como madre e intercesora, la festeja y honra a través de múltiples manifestaciones de la piedad popular. Diariamente la tiene presente, asociada a Cristo, en el rezo del *Ángelus* y el *Rosario*. Este momento mariano de todos los días es un modo privilegiado de hacer presente la Encarnación del Hijo de Dios y de contemplar, con la mirada de la Virgen, los misterios de nuestra salvación. También en estos momentos conviene recordar la importancia de estas prácticas para la oración personal y familiar. Ambas oraciones, el *Ángelus* y el *Rosario*, están construidas sobre la Palabra de Dios. En el *Ángelus* evocamos el Evangelio de la Anunciación (Lc 1,26-30); en el *Rosario* nos servimos de la misma oración de Jesús, el Padre nuestro (Mt 6,9-13), del Ave

María, construida sobre la Anunciación y la Visitación (Lc 1,39-46) y de los misterios de la vida de Jesús.

A la belleza y el ritmo del Padre nuestro y de las avemarías se suma la doxología con el “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”, que es el culmen de la revelación y la cima de la alabanza. Finalmente el modo litánico de desgranar las súplicas a la Trinidad y a la Virgen María remata la arquitectura de este monumento de oración que es el Rosario.

A la Santísima Virgen, como casa de la Palabra (VD 28), le pedimos, pues, que acreciente en nosotros el espíritu de oración y que, en la oscuridad de este momento, nos guíe como *estrella de la mañana* en el viaje de nuestra vida (*Spe salvi*, 49).

4. LA NUEVA EVANGELIZACIÓN COMO “MISIÓN”

Los materiales de subsidio (*Lineamenta*) para la preparación del Sínodo sobre “*La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*” ya han sido publicados. Yo os invito a todos –sacerdotes, religiosos y fieles laicos– a conocerlos y trabajarlos.

Siguiendo al Papa Juan Pablo II, y como se ha expuesto anteriormente, hemos de entender el término *nueva evangelización* en clave de “*misión*”. Hoy se nos pide a todos los cristianos de la diócesis de Alcalá de Henares “la misma valentía que movió a los misioneros del pasado y la misma disponibilidad para escuchar la voz del Espíritu”. La “nueva evangelización” es una acción sobre todo espiritual, es la capacidad de hacer nuestros, en el presente, el coraje y la fuerza de los primeros cristianos, de los primeros misioneros. Por lo tanto, es una acción que exige un proceso de discernimiento acerca del estado de salud del cristianismo, la evaluación de los pasos realizados y de las dificultades encontradas (Lin. 5).

El Papa Benedicto XVI, del mismo modo que invita a revitalizar el entramado cristiano de la Iglesia como “comunidad”, nos empuja a ensanchar el horizonte de la mirada hacia todos los hombres con el fin de que la Iglesia sea casa de oración para todos los pueblos (Cf. Is 56,7; Mc 11.17).

El atrio de los gentiles

La imagen del “*atrio de los gentiles*” –donde se podía rezar al Dios desconocido– vincula la “nueva evangelización” con la audacia de los cristianos de no renunciar jamás a buscar, positivamente, todos los caminos para delinear formas de diálogo que correspondan a las esperanzas más profundas y a la sed de Dios de todos los hombres. (Cf. Lin. 5). Nuestra Aula cultural “*Civitas Dei*” iniciará en este curso el programa propuesto por el Pontificio Consejo para la Cultura con el nombre *Atrio de los Gentiles*. Se trata con esta iniciativa de favorecer cauces de diálogo con personas que no creen y se declaran agnósticas o ateas. Con respeto, pero con audacia, nosotros queremos mantener viva la pregunta y la búsqueda de Dios, ofreciendo a todos el don que hemos recibido en Jesucristo. El mandato misionero con el cual se concluye el Evangelio (Cf. Mc 16,15; Mt 18,19; Lc 24,48) está lejos de haberse cumplido; ha entrado en una nueva fase. Así “nueva evangelización” es sinónimo de misión; exige la capacidad de partir nuevamente, de atravesar los confines, de ampliar los horizontes. La nueva evangelización es lo contrario a la autosuficiencia y al repliegue sobre sí mismo, a la mentalidad del *status quo* y a una concepción pastoral que considera suficiente seguir haciendo las cosas como siempre han sido hechas. Es necesario invitar a las parroquias y comunidades cristianas a una conversión pastoral, en sentido misionero, de sus acciones y de sus estructuras (Cf. Lin. 10).

Un nuevo estilo

Como cristianos, siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza (1 Pe 3,15), hemos de aprender un nuevo sentido comunitario y personal de responder a las necesidades e interrogantes que plantea la situación actual. Este estilo debe ser global, es decir, debe abrazar el pensamiento y la acción, los comportamientos personales y el testimonio público, la vida interna de nuestras comunidades y su espíritu misionero; la atención educativa y la entrega cuidadosa a los pobres, la capacidad de cada cristiano para tomar la palabra en los contextos en los cuales vive y trabaja con el fin de comunicar el don cristiano de la esperanza. Este estilo debe apropiarse del fervor, de la confianza y de la libertad de palabra que se manifestaba en la predicación de los apóstoles (Cf. Hch 4,33; 9,27-28).

Todos los miembros de nuestra Iglesia de Alcalá de Henares, comunitariamente y de persona a persona, con este estilo nuevo, hemos de pretender que la luz de Cristo ilumine todos los ámbitos de la sociedad: la familia, la

escuela, la cultura, el trabajo, el tiempo libre y los otros sectores de la vida social (Cf. Lin. 13 y 16).

Con el fin de concretar esta llamada a la conversión personal y pastoral de nuestras comunidades, os propongo la revisión de algunas cuestiones que se presentan como exigencias de la “misión” o contenidos de la “nueva evangelización”.

La transmisión de la fe

Como hemos explicado anteriormente (capítulos I y II), el objetivo de la transmisión de la fe es el encuentro con Jesucristo, en el Espíritu, para llegar a vivir la experiencia del Padre suyo y nuestro. Para ello hay que crear en cada lugar y en cada tiempo las *condiciones* para que este encuentro entre los hombres y Jesucristo se realice (Lin. 11).

La *finalidad* de todo el proceso de transmisión de la fe es la edificación de la Iglesia como comunidad de testigos del Evangelio. Por lo tanto, la transmisión de la fe es una dinámica muy compleja que compromete totalmente la fe de los cristianos y la vida de la Iglesia. No se puede transmitir aquello en lo que no se cree y no se vive. No se puede transmitir el Evangelio sin saber lo que significa “estar” con Jesús, vivir en el Espíritu de Jesús la experiencia del Padre y, paralelamente la experiencia de *estar* con Jesús impulsa al anuncio, a la proclamación, a compartir lo que se ha vivido, habiéndolo experimentado como bueno, positivo y bello (Lin. 12).

El *fruto* de la transmisión de la fe y de la experiencia del Evangelio es la inserción en la misma Iglesia, como comunidad cristiana (Hch 2,42-47): el Espíritu congrega a los creyentes en torno a las comunidades que viven fervorosamente la propia fe, nutriéndose como hemos dicho de la escucha de la Palabra de los Apóstoles y de la Eucaristía, y consumando la propia vida en el anuncio del Reino. El Concilio Vaticano II confirma esta descripción como fundamento de la identidad de cada comunidad cristiana (*Lumen Gentium*, 26).

El *sujeto* de transmisión de la fe es toda la Iglesia, que se manifiesta en la iglesia local de Alcalá de Henares. Presididos por el obispo, todos los bautizados, queridos sacerdotes, religiosos y fieles laicos, estamos llamados a evangelizar. Con el término *evangelización*, como ya aclaró Pablo VI en la exhortación apostólica

Evangelii nuntiandi (1975), se incluye la predicación, la catequesis, la liturgia, la vida sacramental, la piedad popular y el testimonio de vida de los cristianos (EN 17. 21. 48. 55).

Analizando con objetividad la situación de nuestra diócesis, en cuanto sujeto de transmisión de la fe, hemos de destacar como elemento positivo la comunión entre los sacerdotes, los religiosos, las parroquias, los movimientos y las comunidades eclesiales. Del mismo modo hay que destacar el trabajo de los sacerdotes, catequistas, familias y colaboradores en los distintos campos de la pastoral. Sin embargo, hemos de reconocer los desafíos que nos han creado el aumento de población, el nuevo contexto cultural y social en el que nos movemos y el impacto que ha producido entre nosotros el indiferentismo y el secularismo.

Este nuevo contexto está reclamando una transformación de nuestras parroquias y de los procesos de transmisión de la fe. Para ello es necesario que tanto los sacerdotes como los religiosos y fieles laicos nos dejemos convertir por el Espíritu Santo para adoptar una actitud más misionera y evangelizadora en nuestra vida. *Rehacer la trabazón cristiana de la comunidad eclesial o parroquia* (Benedicto XVI, *Ubique et semper*), supone una conversión pastoral que privilegie el anuncio de Jesucristo y la transmisión de la fe. Ello conlleva, como os he dicho muchas veces, trabajar a un doble ritmo o compaginar dos elementos necesarios: cuidar con cariño y respeto lo que hemos recibido a través de la pastoral ordinaria, y comenzar con pequeñas comunidades nuevos itinerarios de fe con procesos de catecumenado bautismal y postbautismal. En ambos procesos se ha de contar con la promoción de familias cristianas para la nueva evangelización y “reconocer, como don del Espíritu, la frescura y las energías que la presencia de grupos y movimientos eclesiales han logrado infundir en esta transmisión de la fe” (Lin. 15). Los *instrumentos* para la transmisión de la fe, junto al primer anuncio, son la catequesis y el catecumenado.

El *primer anuncio* se dirige a los no creyentes y a aquellos que, de hecho, viven en la indiferencia religiosa. Su finalidad es anunciar el Evangelio y la conversión en general a quienes todavía no conocen a Jesucristo (Lin. 19). En nuestra diócesis tradicionalmente este primer anuncio, que corresponde a todos los bautizados, se ha llevado a cabo de manera organizada, a través de retiros, convivencias y ejercicios espirituales. A ello contribuyen también los cursillos de Cristiandad y las propuestas de los distintos movimientos. Conviene sin embargo estar atentos a las nuevas iniciativas que el Espíritu está haciendo surgir: visitas domiciliarias, apostola-

do de primer anuncio en la calle, el proyecto Alfa, las convocatorias para iniciar itinerarios de búsqueda de Dios y de introducción a la fe.

En estos momentos de tanta ausencia y olvido de Dios, es muy importante ofrecer lugares y tiempos para comunicar la experiencia de la fe y ayudar, con el propio testimonio, a aquellos que necesitan caminos para encontrarse con Dios.

Para garantizar una transmisión de la fe sistemática, integral, orgánica y jerarquizada, el Sínodo sobre la Catequesis propuso dos instrumentos fundamentales: la catequesis y el catecumenado (*Catechesi tradendae*, 30-31; 55). La promoción de estos dos medios debe servir para dar cuerpo a lo que ha sido designado con la expresión “pedagogía de la fe”.

La *Catequesis* ha de ser entendida como el proceso de transmisión del Evangelio, tal como la comunidad cristiana lo ha recibido, lo comprende, lo celebra, lo vive y lo comunica (*Directorio General para la Catequesis*, 105).

La *Catequesis de iniciación*, por ser orgánica y sistemática, no se reduce a lo meramente circunstancial u ocasional; por ser formación para la vida cristiana desborda –incluyéndola– a la mera enseñanza; por ser esencial, se centra en lo *común* para el cristiano. En fin, por ser iniciación, incorpora a la comunidad que vive, celebra y testimonia la fe. Ejerce por tanto, al mismo tiempo, tareas de iniciación, de educación y de instrucción. Esta riqueza, inherente al catecumenado de adultos no bautizados, ha de inspirar a las demás formas de catequesis (DGC, 68).

El *Catecumenado* es el modelo que la Iglesia ha asumido recientemente para dar forma a los procesos de transmisión de la fe. El catecumenado, que ha sido restaurado por el Concilio Vaticano II (*Ad gentes*, 14), ha sido asumido en muchos proyectos de promoción de la catequesis como modelo paradigmático de estructuración de esta tarea evangelizadora. A ello anima el Directorio General de Catequesis, favoreciendo incluso un nuevo modelo de *catecumenado postbautismal* (DGC 91).

La *catequesis de iniciación cristiana* ha supuesto para nuestra diócesis de Alcalá un largo proceso de reflexión y de puesta en práctica tanto para niños como para adultos no bautizados. Gracias a Dios el camino está trazado. Para su profundización conviene reforzar algunas convicciones que siempre hay que tener en cuenta.



En primer lugar conviene resaltar la importancia de la iniciación cristiana. En ella descansa el futuro de nuestra Iglesia local. Cuando hablamos de iniciación cristiana nos referimos tanto a los niños y adolescentes como a los adultos; del mismo modo nos referimos tanto al catecumenado de los no bautizados como al catecumenado postbautismal para los que viven en la indiferencia religiosa.

En segundo lugar hemos aprendido a asumir como modelo del camino de iniciación a la fe, al adulto y no ya al niño. Inspirados en el catecumenado antiguo queremos valorar en su importancia el bautismo de niños y adultos y hemos recuperado el orden de los sacramentos de iniciación: Bautismo, Confirmación y Eucaristía.

Estos pasos importantes de nuestra Iglesia local necesitan ser consolidados y llenarlos de contenido. En ese sentido es muy importante revisar las prácticas bautismales, reconsiderando los modos de participación y compromisos de los padres en el caso del bautismo de los niños, haciendo más explícito el momento de evangelización, de anuncio claro de fe. Del mismo modo hemos de recurrir a la *catechesis mistagógica* para concebir procesos de iniciación que no se detengan en el umbral de la celebración sacramental, sino que continúen en la acción formadora también después, para recordar explícitamente que el objetivo es educar para una fe cristianamente adulta (DGC 88-91; Lin. 18).

En lo que se refiere a los adultos hemos de proponer en nuestras parroquias itinerarios de Catecumenado. Para ello hay que ponerse a la escucha del Espíritu y dejarse ayudar por los dones ya presentes en los distintos itinerarios catecumenales y neocatecumenales que presentan los nuevos movimientos y comunidades cristianas.

Como se indica en los *Lineamenta* para el Sínodo sobre la Nueva Evangelización, el campo de la *iniciación* es verdaderamente un componente esencial del mandato evangelizador. El futuro rostro de nuestras comunidades depende mucho de las energías invertidas en esta acción pastoral, y de las iniciativas concretas propuestas y emprendidas con vistas a una revisión y a un nuevo lanzamiento de dicha acción pastoral (Lin. 18).

Educación en la verdad

Junto a la transmisión de la fe, que nos abre el misterio de Dios, es necesario educar en la verdad para generar hombres libres. Como explicó el Concilio



Vaticano II “el misterio del hombre se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS 22). Por eso Cristo “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación [...] Cristo murió por todos y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina” (Ibid).

Por eso no existe contradicción entre la fe y la razón y lo cristiano se presenta como la plenitud de lo humano. Esta es la razón que une intrínsecamente la educación a la evangelización.

La pérdida de Dios, hemos dicho antes, ha llevado al hombre a olvidar la gramática humana y ha provocado una crisis profunda de la educación. El nuevo contexto cultural ha generado una situación crítica y difícil que el Papa Benedicto XVI califica de “emergencia educativa”. Con esta expresión el Papa nos está convocando a reavivar todas las energías educativas para que al hombre no le falte la luz de la verdad.

La cultura predominantemente relativista reduce la educación “a la transmisión de determinadas habilidades o capacidades para hacer, mientras se busca apagar el deseo de felicidad de las nuevas generaciones colmándolas con objetos de consumo y con gratificaciones efímeras. De este modo tanto los padres como los docentes están fácilmente tentados a abdicar de los propios deberes educativos y de no comprender ni siquiera cual es su propio rol, la misión a ellos confiada” (Lin. 20).

Nuestra Iglesia diocesana, y de manera particular las delegaciones de Enseñanza y de Pastoral Familiar, deben de contribuir a mantener vivo el objetivo esencial de la educación, que es la formación de la persona, para hacerla capaz de vivir en plenitud y dar su contribución al bien de la comunidad. La Iglesia, con la verdad revelada, purifica la razón y la ayuda a reconocer las verdades últimas como fundamento de la moralidad y de la ética humana. La Iglesia, por su misma índole, sostiene las categorías morales esenciales, manteniendo viva la esperanza de la humanidad (Ibid.).

Enriquecidos con esta luz, tanto los sacerdotes, como los padres, maestros y profesores creyentes, podemos ayudar a salir de esta crisis educativa proponiendo nuestra visión del hombre: la antropología cristiana que deriva de la fe.

Esta propuesta no sólo debe ocupar el ámbito de la comunidad cristiana sino que tiene que hacerse posible con proyectos educativos que alcancen el nivel público. La contribución de los colegios con el ideario católico y la presencia de profesores cristianos en las escuelas son decisivas para salir de esta situación de “emergencia educativa”. Es más, hoy es urgente y necesaria la colaboración entre las parroquias, los padres y la comunidad educativa de los colegios e institutos.

La larga tradición educativa de la Iglesia es un valor que hemos de poner en juego apostando por las escuelas de padres, la escuela católica y el cuidado de los maestros y profesores cristianos. “En estas circunstancias, el empeño de la Iglesia para educar en la fe, siguiendo las huellas y el testimonio del Señor, asume más que nunca el valor de una contribución para ayudar a la sociedad en que vivimos a superar la crisis educativa que la aflige, construyendo un muro de contención contra la desconfianza y contra un extraño odio de sí, contra aquellas formas de autodenigración, que parecen haberse transformado en una característica de alguna de nuestras culturas. Este compromiso puede dar a los cristianos la ocasión adecuada para habitar el espacio público de nuestras sociedades, proponiendo nuevamente dentro de este espacio la cuestión de Dios, y llevando como don la propia tradición educativa, fruto que las comunidades cristianas, guiadas por el Espíritu, han sabido crear en este campo” (Lin. 20).

La prolongada tradición universitaria de Alcalá de Henares, que tuvo su origen en la Universidad promovida por el Cardenal Cisneros, nos debe animar a concebir un proyecto cultural inspirado por la fe en Cristo y que responda a las necesidades actuales. La pastoral universitaria debe, en este sentido, promover la colaboración de los profesores y universitarios católicos con el fin de mantener viva la pregunta por Dios y contribuir al diálogo fe-razón. Con respeto, pero sin miedo, hemos de estar dispuestos a ofrecer el don que hemos recibido y a no desistir en la búsqueda de la verdad. Posiblemente esta sea la principal aportación que en este momento podemos hacer los católicos: ofrecer un proyecto cultural verificado por la experiencia y garantizado por la sabiduría acumulada en los dos milenios de cristianismo.

La auténtica ecología humana

El Papa Benedicto XVI tanto en su encíclica *Spe Salvi* como en *Caritas in veritate*, ha cuestionado con profundidad el presente y el futuro del hombre en esta



sociedad global. En ambas deja claro que sin Dios el hombre no tiene futuro, queda sin esperanza (*Spe Salvi* 23). Es más, “el humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano [...] Sin Dios, el hombre no sabe donde ir ni tampoco logra saber quién es” (*Caritas in veritate* 78).

La fe por tanto viene en ayuda de la inteligencia y comparte con la razón la sed de saber, orientándola hacia el bien del hombre y del cosmos. Con esta base hoy es necesario, como decíamos, concebir un proyecto cultural y educativo que promueva la auténtica ecología humana y contribuya a regenerar la capacidad moral global de la sociedad.



El diagnóstico que ofrece el Papa Benedicto XVI es a la vez lúcido y dramático: “Si no se acepta el derecho a la vida y a la muerte natural, si se hace artificial la concepción, la gestación y el nacimiento del hombre, si se sacrifican embriones humanos a la investigación, la conciencia común acaba perdiendo el concepto de ecología humana y con ello de la ecología ambiental. Es una contradicción pedir a las nuevas generaciones el respeto al ambiente natural, cuando la educación y las leyes no las ayudan a respetarse a sí mismas. El libro de la naturaleza es uno e indivisible, tanto en lo que concierne a la vida, la sexualidad, el matrimonio, la familia, las relaciones sociales, en una palabra, el desarrollo humano integral. Los deberes que tenemos con el ambiente están relacionados con los que tenemos para con la persona en sí misma y en su relación con los otros. No se pueden exigir unos y conculcar otros. Es una grave antinomia de la mentalidad y de la praxis actual, que envilece a la persona, trastorna el ambiente y daña la sociedad” (*Caritas in veritate*, 51).



Estos temas que afectan a las experiencias básicas del hombre y que son esenciales para el desarrollo integral humano no pueden ser omitidos en la catequesis y en la educación que ofrezcamos. De manera particular confío a la extensión del “*Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia*” y al *Centro de Orientación Familiar* el que puedan ofrecer propuestas educativas que salvaguarden la ecología humana.

A los sacerdotes, a los padres, catequistas, profesores, a todos nos concierne el promover la cultura de la vida, el educar la sexualidad para el amor y el favorecer el matrimonio y la familia para custodiar la dignidad de la persona. Esta debe ser una prioridad en todo proyecto educativo y, por tanto, es un tema nuclear de la nueva evangelización. Sin respeto a la vida humana y sin educación afectivo-

sexual se borran las huellas de lo específicamente humano: la dignidad humana y la vocación al amor. Nuestra Iglesia, experta en humanidad, tiene aquí un fuerte desafío que necesita afrontar desde la familia y desde todas nuestras instituciones educativas.

Los nuevos evangelizadores

La situación que hemos descrito está reclamando en todos nosotros – sacerdotes, religiosos y fieles laicos – una reconversión pastoral. Al mismo tiempo, como Iglesia local, hemos de promover nuevos evangelizadores que sean testigos cualificados de Jesucristo en sus ambientes, y con una formación lúcida para afrontar los desafíos y los retos del momento presente.

La formación de evangelizadores, como os he dicho en varias ocasiones, no se agota en una preparación técnica. “Formarse” es adquirir la forma de Cristo, tener su mente, su corazón, sus sentimientos (1 Cor 2-4; Ef 4,23-24; Fil 2,5). Esto que no está al alcance de nuestras fuerzas, lo recibimos como gracia del poder de Dios (1 Cor 2,5-4). Así comprendemos que la “nueva evangelización” es principalmente una tarea y un desafío espiritual. Es una tarea de cristianos que desean alcanzar la santidad (Lin. 22). Como lo indicó el Papa Pablo VI “el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan... será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo. Es decir, mediante el testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes de este mundo, en una palabra, de santidad” (*Evangelii nuntiandi*, 41).

Además de la formación básica que promueven las parroquias, los itinerarios de formación ofrecidos por los movimientos, y las Delegaciones, nuestra diócesis tiene que privilegiar la formación de futuros sacerdotes en los dos seminarios y la formación de laicos en el *Instituto de Teología Santo Tomás de Villanueva*, en el *Instituto Juan Pablo II* y en la *Escuela de Arte Cristiano*.

El Seminario Menor, de reciente creación, y el Seminario Mayor, no sólo deben ser cuidados por todos los sacerdotes promoviendo vocaciones sacerdotales, sino que deben de ofrecer las pistas para una renovación sacerdotal. En mi ánimo está el procurar que los seminarios de la diócesis fomenten un estilo sacerdotal acorde con la nueva evangelización. A los formadores y a los seminaristas les pido

que no ofrezcan resistencia al Espíritu, que escruten bien lo que el Espíritu Santo quiere promover en nuestra diócesis y que se abran a la santidad.

El estilo sacerdotal propio para la nueva evangelización está reclamando un espíritu sacerdotal misionero, capaz de crear comunidades evangelizadoras y abiertos a la comunión con el obispo, el presbiterio, los religiosos y los fieles laicos. No es suficiente mantener la ortodoxia doctrinal que, gracias a Dios, está garantizada por la formación que reciben nuestros seminaristas en la *Universidad Eclesiástica San Dámaso* y en el colegio *Alborada*. Necesitamos reavivar en nosotros el espíritu de los orígenes, pedirle al Señor el mismo ardor de los apóstoles en Pentecostés y el celo por el Evangelio que distinguía a San Pablo. Tanto los seminaristas como los sacerdotes necesitamos aprender de los apóstoles su estilo de vida, su disponibilidad para la misión, su confianza puesta en Jesucristo resucitado hasta llegar a dar la vida por Él (Lin. 24).

Hoy no podemos pensar el ejercicio del ministerio sacerdotal sin contar con los laicos, avivando en ellos el deseo de santidad y promoviendo con ellos auténticas comunidades evangelizadoras. En los seminarios se gesta una buena parte de nuestro futuro como Iglesia. Por eso, bajo el patrocinio del Sagrado Corazón, la Virgen Inmaculada y los Santos Niños Justo y Pastor, os invito a todos a orar por los seminaristas y formadores, apoyar económicamente los seminarios y a promover con entusiasmo nuevas vocaciones a la vida consagrada y sacerdotal.

No solo es necesario promover nuevos sacerdotes y religiosos dispuestos a abrazar las exigencias de la nueva evangelización. Los fieles cristianos laicos participan, por su bautismo, de la llamada a la evangelización. También vosotros, queridos fieles, debéis de estar dispuestos para recibir una formación adecuada que os capacite para la misión. Para vosotros ha sido erigido, como hemos recordado anteriormente, el *Instituto de Teología Santo Tomás de Villanueva* y el *Instituto Juan Pablo II* para estudios sobre matrimonio, familia y vida. Además del gran campo de evangelización que son vuestras familias y los ambientes donde desarrolláis vuestra profesión o trabajo, hoy se espera de vosotros que contribuyáis a construir las parroquias como auténticas comunidades de fe y oración. Para ello, como para desarrollar la vida de los movimientos y las nuevas realidades eclesiales, necesitáis una formación adecuada. Hoy, no es suficiente el testimonio de vida. Siendo éste imprescindible, la Iglesia necesita familias, hombres y mujeres dispuestos a entregar su vida por la causa del Evangelio. La formación que se ofrece en los centros mencionados va en esta dirección: preparar nuevos evangelizadores, fieles cristianos

laicos para la nueva evangelización. El estudio y la práctica de la Doctrina Social de la Iglesia es camino obligado para este servicio del Evangelio.

Conclusión

La *Jornada Mundial de la Juventud*, recientemente celebrada en Madrid, ha sido una ocasión de gracia y una bendición. Todavía resuenan en nuestros oídos las palabras de Benedicto XVI que, recién llegado a España, gritaba a todos los jóvenes del mundo: “Que nada ni nadie os quite la paz. No os avergoncéis del Señor. El no ha tenido reparo en hacerse uno como nosotros y experimentar nuestras angustias para llevarlas a Dios, y así nos ha salvado”.

Concluyo esta Carta Pastoral con la alegría de haber participado, unido a tantos peregrinos, en esta Jornada. La visita del sucesor de Pedro, Benedicto XVI, ha sido para nuestra diócesis de Alcalá y para toda España una bendición de Dios que ha puesto de manifiesto un modo alternativo de vivir y la belleza de una juventud dispuesta a seguir a Jesucristo. Agradezco de corazón a todos los voluntarios, a las familias, a las parroquias y a las autoridades la acogida extraordinaria que habéis dispensado a los peregrinos que han venido de los cinco continentes. Con ellos nos visitaba el Señor y se nos ofrecía una seria experiencia de catolicidad.

Para todos los fieles de la diócesis se ofrece ahora la oportunidad de profundizar en el mensaje que Benedicto XVI ha ofrecido en todas sus intervenciones. Sus palabras abren un horizonte de estudio y reflexión para todos nuestros jóvenes que han participado activa y gozosamente en esta Jornada. A la Delegación de Pastoral Juvenil le confío la tarea de ofrecer pistas de profundización para los movimientos y grupos juveniles de nuestras parroquias.

Una vez más el Papa nos ha recordado la necesidad de edificar nuestra casa sobre el cimiento firme que es Jesucristo. “Él es la roca que sostiene todo el edificio de nuestra existencia. La verdad no es una idea, una ideología o un eslogan, sino una Persona, Cristo, Dios mismo que ha venido entre los hombres. Al edificar sobre la roca firme que es Cristo, no solamente vuestra vida será sólida y estable, sino que contribuirá a proyectar la luz del Resucitado sobre todos vuestros coetáneos y sobre toda la Humanidad”. Con estas palabras el Papa nos invita a difundir por todos los rincones del mundo la profunda y gozosa experiencia que, como Iglesia, hemos vivido en España.



En definitiva, el Papa nos quiere misioneros, enviados a anunciar la Buena Noticia, a responder con amor a quien por amor se ha entregado por nosotros. Esta misión no se puede llevar a cabo en solitario. Seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia, ya que no se puede separar a Cristo de la Iglesia, como no se puede separar la cabeza del cuerpo (1 Cor 12,12).

Acompañados por estas palabras del Santo Padre, y asistidos por la intercesión de la Virgen María, comencemos este curso pastoral con ilusión renovada. De nuestra amistad con Jesús nacerá también el impulso que lleva a dar testimonio de la fe en los más diversos ambientes, incluso allí donde hay rechazo o indiferencia. No se puede encontrar a Cristo y no darlo a conocer a los demás. Por tanto, no os guardéis a Cristo para vosotros mismos. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe. El mundo necesita verdaderamente a Dios.

Con mi bendición,

† Juan Antonio Reig Pla
Obispo Complutense

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

José María SÁNCHEZ DE LAMADRID CAMPS. Canciller Secretario 2011/09/01.

Javier ORTEGA MARTÍN. Consiliario del Movimiento Diocesano de Cursillos de Cristiandad. 2011/09/12.

Ignacio RODRÍGUEZ IZQUIERDO, S.J. Adscrito de San Juan de Ávila, en Alcalá de Henares. 2011/09/19.

Pablo ORMAZABALALBISTUR. Consiliario Diocesano del Movimiento Renovación Carismática. 2011/09/23.



CESES

José Ignacio Figueroa Seco, Canciller Secretario.
Jesús García Hernando García, Consiliario del Movimiento Diocesano
de Cursillos de Cristiandad.

ORIENTACIONES PASTORALES

Curso 2011-2012

Palabra y profesión de fe

- Profundización en la *Lectio divina* en las comunidades cristianas, creando, a la luz de la Exhortación Apostólica "Verbum Domini", *Escuelas de la Palabra*.
- Continuación del itinerario diocesano para después de la iniciación cristiana de niños, de 9 a 14 años, preparando los materiales del segundo año y animando a su utilización en las parroquias.
- Seguir promoviendo la relación entre los colegios -maestros-, los padres de alumnos y la parroquia.
- Estudio y reflexión, especialmente con los jóvenes de las Parroquias, de los mensajes de SS. el Papa durante la JMJ.
- Catequesis de Adultos: introducción y promoción en cada parroquia de alguno de los itinerarios propuestos por la Iglesia; acogida de los movimientos y nuevas comunidades.



Instituciones de formación

- Promoción del Máster de Familia del Pontificio Instituto Juan Pablo II, del Instituto Diocesano de Teología y del Aula "Civitas Dei".
- Creación de una Escuela de Arte Cristiano, vinculada al Instituto Diocesano de Teología.

La celebración del misterio cristiano: liturgia y sacramentos

- Fortalecer el espíritu de conversión y promover la práctica del Sacramento de la Penitencia.
 - Promover entre los niños más pequeños la Oración y la Adoración al Santísimo Sacramento con experiencias como el "Oratorio de Niños Pequeños".
 - Fortalecer la espiritualidad y formación permanente de los equipos parroquiales de liturgia, mediante la participación en las Jornadas Diocesanas de Liturgia.
 - Renovar la celebración de las exequias cristianas en las parroquias.
- 

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO. SEPTIEMBRE 2011

5 Lunes

* A las 18:00 en Madrid (casa de los Jesuitas de la Calle Serrano) clausura de la exposición sobre las reducciones paraguayas.

6 Martes

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes y seglares en el Palacio Arzobispal.

7 Miércoles

* A las 11:00 h. Inauguración en la Catedral-Magistral del Curso Académico de las universidades públicas y privadas de la Comunidad Autónoma de Madrid, con palabras del Sr. Obispo; a continuación procesión académica y a las 12:00 h. acto en el Paraninfo de la Universidad Cisneriana.

* A las 19:00 h. en la Universidad de Alcalá de Henares asiste al pregón de las fiestas de la Virgen del Val.

8 Jueves

LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Ntra. Sra. de Covadonga, Madrina de España

* A las 12:00 h. Misa en la parroquia Ntra. Sra. de la Concepción de Morata de Tajuña, por la fiesta de la patrona, Ntra. Sra. de la Antigua.

9 Viernes

Santa María de la Cabeza, esposa.

* A las 10:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 21:00 h. en la Catedral-Magistral de Alcalá de Henares Santa Misa de acción de gracias por la Jornada Mundial de la Juventud con los voluntarios, familias de acogida y colaboradores.

10 Sábado

Beato José de San Jacinto y compañeros mártires.

* A las 12:00 h. Misa en Ntra. Sra. de Arbuel de Villamanrique de Tajo, por la fiesta de su patrón, Jesús Nazareno.

11 Domingo

XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO A

Ntra. Sra. de la Cueva Santa, Patrona de los Espeleólogos Españoles

* A las 12:00 h. Santa Misa en la Parroquia de San Juan Bautista de Arganda del Rey por la Virgen de la Soledad, patrona de la localidad.

* A las 19:30 h. en el Monasterio de las Clarisas de Ntra. Sra. de la Esperanza de Alcalá de Henares, Santa Misa de comienzo de curso del Seminario Menor Diocesano del Sagrado Corazón de Jesús.

12 Lunes

Santo Nombre de María

13 Martes

San Juan Crisóstomo, obispo y doctor

* Por la mañana reunión de Arciprestes y Delegados.

* A las 17:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

14 Miércoles

LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

* A las 12:00 h. Santa Misa en la Parroquia de Santa María del Castillo, de Campo Real, por la fiesta de su patrón, el Cristo de la Peña.

* A las 20:00 h. Procesión en Carabaña por las fiestas de su patrón.

15 Jueves

Ntra. Sra. la Virgen de los Dolores – Ntra. Sra. de la Soledad

* A las 11:00 h. preside el funeral por una religiosa de “las Claras” de San Diego.

* A las 12:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 18:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

16 Viernes

San Cornelio, papa y San Cipriano, obispo, mártires

* A las 12:30 h. ofrenda floral del Club de Fútbol Alcalá a la Virgen del Val.

17 Sábado

San Roberto Belarmino, obispo y doctor

* A las 12:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal presentación del libro “Historia de Nuestra Señora del Val”.

* A las 18:00 h. Santa Misa Clausura del Centenario de las Concepcionistas.

* A las 19:00 h. procesión con la Virgen del Val.

18 Domingo

XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO A

Ntra. Sra. del Val, patrona de la ciudad de Alcalá de Henares

* A las 12:00 h. Eucaristía en la ermita de la Virgen del Val, en su fiesta.

* A las 21:00 h. procesión Virgen de las Angustias de Mejorada del Campo.

19 Lunes

San Jenaro, obispo y mártir

Semana de la Pastoral Penitenciaria

* A las 13:00 h. Santa Misa de comienzo de curso en el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor” y luego comida fraterna.

* A las 19:00 h. en la fiesta de la Virgen del Val procesión desde su ermita hasta la Catedral-Magistral.

20 Martes

San Andrés Kim Taegon, presbítero, y San Pablo Chong Hasang y compañeros mártires

* Jornada sacerdotal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

21 Miércoles

San Mateo, apóstol y evangelista

* A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

22 Jueves

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

23 Viernes

San Pío de Pietralcina, presbítero

* A las 10:45 h. Santa Misa en la Cárcel Militar por la fiesta de Ntra. Sra. de la Merced.

24 Sábado

Ntra. Sra. de la Merced

* A las 11:30 h. en la Prisión de Mujeres de Alcalá-Meco Misa por la Patrona.

25 Domingo

XXVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO A

* Por la tarde en Milán (Italia) asiste a la entrada solemne del nuevo Arzobispo Cardenal Angelo Scola.

26 Lunes

San Cosme y San Damián, mártires.

Beata Teresa Rosat Balasch, H.D.C., mártir

* A las 19:00 h. visita el Palacio Arzobispal.

* A las 20:30 h. celebra la Santa Misa en su capilla privada.

27 Martes

San Vicente de Paúl, presbítero

* A las 10:30 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:00 h. en el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor” presentación de la carta pastoral del Sr. Obispo «Para que tengan vida eterna. La nueva evangelización como “misión”» y a continuación Eucaristía.

28 Miércoles

San Wenceslao, mártir y San Lorenzo Ruiz y compañeros mártires

* A las 10:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

* Por la tarde concelebra la Santa Misa de acción de gracias por la Jornada Mundial de la Juventud en la Catedral de Madrid.

29 Jueves

SANTOS ARCÁNGELES MIGUEL, GABRIEL Y RAFAEL

* A las 12:00 h. Santa Misa del Cristo de Rivas-Vaciamadrid.

30 Viernes

San Jerónimo, presbítero y doctor

* Reunión de la Provincia Eclesiástica de Madrid.

* A las 19:00 h. Confirmaciones en el Colegio de San Gabriel (PP. Pasionistas) de Alcalá de Henares.



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

DECRETO HERMANDAD "SANTÍSIMO CRISTO DE LA ESPERANZA"



Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe

DON GREGORIO BARRIGUETE GARCÍA, como Hermano Mayor de la **HERMANDAD «SANTÍSIMO CRISTO DE LA ESPERANZA»** en la Parroquia «**San Andrés Apóstol**», en Cubas de la Sagra (Madrid), en esta Diócesis de Getafe, me ha presentado, con fecha 10 de agosto de 2011, la solicitud para que sean aprobados los nuevos Estatutos y sea erigida la Hermandad como Asociación Pública de Fieles.

Viendo que la documentación presentada se encuentra conforme al espíritu del Concilio Vaticano II y ajustada en todo al Derecho Canónico vigente (cc. 301 y 312 al 320), por las presentes,

DECRETO

PRIMERO: la APROBACIÓN de los Estatutos de la **HERMANDAD «SANTÍSIMO CRISTO DE LA ESPERANZA»**, en Cubas de la Sagra (Madrid).

SEGUNDO: le CONCEDO personalidad jurídica pública para que pueda actuar en esta Diócesis, según lo establecido en las normas eclesíásticas y civiles.

TERCERO: la ERECCIÓN Canónica de la **Asociación Pública de Fieles HERMANDAD «SANTÍSIMO CRISTO DE LA ESPERANZA»**, en Cubas de la Sagra (Madrid), a efectos de inscripción en el Registro de Entidades Religiosas.

Espero que los Miembros de esta Hermandad, al honrar a Jesucristo crucificado en la advocación del Cristo de la Esperanza, y fomentar entre sus miembros la vida espiritual, se esfuercen en ser buenos discípulos del Señor, influyan con su ejemplo entre sus iguales, y ayuden a los más necesitados con una generosa acción caritativa y social.

Devuélvase a la Asociación un ejemplar de los Estatutos, con la debida legalización, y guárdese otro ejemplar en el Archivo Diocesano.

Dado en Getafe, a quince de agosto de dos mil once. Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora, Año Mariano Diocesano.

† Joaquín María López de Andújar y Canovas del Castillo
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller Secretario General



CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCO

Antonio M^a Soler Areta, de la P. Santa María Magdalena, en Ciempozuelos.

Carlos Dorado Aguado, de la P. Santa Teresa, en Getafe.

Santiago Rodrigo Ruiz, de la P. N^a S^a de la Asunción, en Griñón.

Julio Florentino González Pozo, de la P. San Bernardo, en Parla.

Jeremías Navarro López, de la P. San Nicolás de Bari, en Serranillos del Valle.

Juan Líbano Bravo, de la P. S. Juan de Mata, en Alcorcón.

Ángel Corella Malo, de la P. San Sebastián, en Getafe.

Orlando Mateos Buendía, de la P. Santa Catalina, en Villamanta.

Jesús M^a Parra Montes, de la P. San Millán, en Moraleja de Enmedio.

Jaime Pérez-Boccherini Stampa, de la P. N^a S^a de Butarque, en Leganés.

Pedro Castañón López, de la P. San Cristóbal, en Torrejón de la Calzada.

José Luis Rueda Rodríguez, de la P. Santiago Apóstol, en Valdemoro.

ADMINISTRADOR PARROQUIAL

Manuel de Jesús Alicea Colón, de la P. N^a S^a de Fátima, en Fuenlabrada.

Jeremías Navarro López, de la P. N^a S^a de la Asunción, en Batres.

ARCIPRESTE

Jesús Aparicio Gómez, de Parla.

VICARIO PARROQUIAL

José Florencio Córcega Trillo, de la P. Santa Teresa de Jesús, en Getafe.

Alfredo José Uzcátegui Martínez, de la P. N^a. S^a. de la Salud, en Leganés.

Miguel Ángel Olivares Ullán, de la P. Cristo Liberador, en Parla.

Javier Zapata García, de la P. Cristo Liberador, en Parla.

Luís Fernando Izquierdo Bravo, de la P. María Auxiliadora, en Fuenlabrada.

Fermín Peláez Dorado, de la P. Sagrado Corazón, en Alcorcón.

Héctor Ramírez Sanz Cerrada, de la P. Santa Beatriz de Silva, en Leganés.

Paul Schneider Esteban, de la P. S. Carlos Borromeo, en V. de la Cañada.

José Ángel Sánchez Sánchez, de la P. Sto. Domingo de la Calzada, en Alcorcón.

Luzvino Fernández García, de la P.S. Fortunato, en Leganés.

José Antonio Plou Rubio, de la P. N^a S^a del Carrascal, en Leganés.

Gary John Carvajal Huincho, de la P. Ntra. Sra. de Belén, en Fuenlabrada.

Mario Miguel Santillo, de la P. San José, en Fuenlabrada.

Luis Angel Albares Cobo, de la P. Santa Sofía, en Alcorcón.

Lorenzo Blasco Blasco, de la P. San Pio V, en Leganés.



Conferencia Episcopal Española

Nota del Comité Ejecutivo sobre la JMJ

Jueves, 29 de Septiembre de 2011

Comité Ejecutivo



En su primera reunión tras la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Madrid el pasado mes de agosto, el Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española ha tenido conocimiento de la carta autógrafa que, con fecha de 22 de agosto de 2011, Su Santidad el Papa Benedicto XVI ha remitido al Arzobispo de Madrid y Presidente de la CEE, Cardenal Antonio María Rouco Varela. Publicamos el texto íntegro de la carta al final de esta Nota.

Los miembros del Comité Ejecutivo se unen al agradecimiento que el Cardenal Rouco le expresó al Santo Padre, en carta también fechada el mismo 22 de agosto. La Jornada Mundial de la Juventud ha supuesto un acontecimiento de Gracia para la Iglesia y ha dado al mundo entero un testimonio público de fe, contribuyendo de esta manera a que el camino de la Historia se haga bajo el signo de la esperanza.



Además, el Comité Ejecutivo desea hacer público su agradecimiento al Cardenal Rouco y a todos sus colaboradores en la Archidiócesis de Madrid, así como a los obispos y colaboradores de las diócesis sufragáneas de Alcalá y Getafe, por el gran trabajo, desarrollado durante años, para que la JMJ se haya llevado a cabo con éxito. Del mismo modo, los obispos agradecen a todos los hermanos en el episcopado y a sus colaboradores la diligencia en el trabajo y la acogida que han prestado a las decenas de miles de peregrinos que llegaron en los días previos a las diócesis españolas, camino de Madrid.



Los miembros del Comité Ejecutivo piden al Señor que los frutos espirituales y apostólicos de la Jornada Mundial de la Juventud sean abundantes para la Iglesia.





Iglesia Universal

**Viaje Apostólico a Alemania
22-25 de Septiembre de 2011**

**ENTREVISTA CONCEDIDA
POR EL SANTO PADRE BENEDICTO XVI
A LOS PERIODISTAS DURANTE EL VUELO
HACIA ALEMANIA**

Vuelo papal

Jueves 22 de septiembre de 2011

P. Lombardi: Santidad, bienvenido entre nosotros. Somos el acostumbrado grupo de sus acompañantes periodistas que se preparan para hacerse eco de su viaje en la prensa mundial, y están muy agradecidos por el hecho de que usted, ya desde el principio, tenga tiempo para nosotros, para ayudarnos a comprender bien el significado de este viaje, que es un viaje particular pues se dirige a su patria y hablará en su idioma... En Alemania hay unos 4.000 periodistas acreditados en las diversas etapas del viaje. Aquí, en el avión, tenemos a 68, de quienes algo más de 20 son alemanes. Le propongo entonces algunas preguntas. La primera se la hago en alemán, de forma que pueda usted hablar para nuestros colegas alemanes en su lengua. A los italianos les explico que se trata de una pregunta sobre cuánto se siente todavía alemán el Papa.



P. Lombardi: Santidad, permítanos —para empezar— una pregunta muy personal. ¿En qué medida se siente todavía alemán el Papa Benedicto XVI? ¿Y cuáles son los aspectos en los que usted percibe cuánto influye —o menos— su origen alemán?

Santo Padre: Hölderlin dijo: «Lo que más importa es el nacimiento», y esto naturalmente también lo siento yo. Nací en Alemania y la raíz ni se puede ni debe cortar. Recibí mi formación cultural en Alemania, mi lengua es el alemán y la lengua es el modo con que el espíritu vive y actúa, y toda mi formación cultural tuvo lugar allí. Cuando me ocupo de teología lo hago partiendo de la forma interior que aprendí en las universidades alemanas y siento admitir que aún sigo leyendo más libros en alemán que en otras lenguas. Por eso, en la estructura cultural de mi vida, este ser alemán es muy fuerte. La pertenencia a su historia, con su grandeza y sus debilidades, no puede ni debe suprimirse. Para un cristiano, sin embargo, se añade algo más; con el bautismo nace de nuevo, nace en un nuevo pueblo que está formado por todos los pueblos; un pueblo que comprende todos los pueblos y todas las culturas y en el cual ahora se encuentra verdaderamente en casa, sin por ello perder su origen natural. Cuando luego se asume una responsabilidad grande, como en mi caso, que tengo la responsabilidad suprema de este nuevo pueblo, es evidente que uno se identifica cada vez más en él. La raíz se convierte en un árbol que se extiende en varias direcciones, y el hecho de estar en casa en esta gran comunidad de un pueblo formado por todos los pueblos, de la Iglesia católica, se vuelve cada vez más vivo y profundo, forja toda la existencia sin por ello renunciar al pasado. Diría, por lo tanto, que el origen permanece, subsiste la estructura cultural, persiste naturalmente también el amor particular y la especial responsabilidad, pero todo ello introducido y ampliado en la pertenencia mayor, en la civitas Dei, como diría Agustín, en el pueblo de todos los pueblos donde todos somos hermanos y hermanas.

P. Lombardi: Santo Padre, en los últimos años en Alemania se ha dado un aumento de abandonos de la Iglesia, en parte también a causa de los abusos cometidos contra menores por parte de miembros del clero. ¿Cuál es su sentimiento respecto a este fenómeno? ¿Y qué diría a quienes quieren dejar la Iglesia?

Santo Padre: Distingamos quizá ante todo la motivación específica de quienes se sienten escandalizados por estos crímenes que han sido puestos de manifiesto en estos últimos tiempos. Puedo entender que, a la luz de tales informaciones, sobre todo si se refieren a personas cercanas, uno diga: «Esta ya no es mi Iglesia. La Iglesia era para mí fuerza de humanización y de moralización. Si representantes



de la Iglesia hacen lo contrario, ya no puedo vivir con esta Iglesia». Esta es una situación específica. Generalmente las motivaciones son múltiples en el contexto de la secularización de nuestra sociedad. Habitualmente estas salidas constituyen el último paso de una larga cadena de distanciamiento de la Iglesia. En este contexto me parece importante preguntarse, reflexionar: «¿Por qué estoy en la Iglesia? ¿Estoy en la Iglesia como en una asociación deportiva, una asociación cultural, etcétera, donde encuentro mis intereses y si ya no me satisface me voy; o estar en la Iglesia es algo más profundo?». Yo diría que es importante reconocer que estar en la Iglesia no es estar en cualquier asociación, sino estar en la red del Señor, con la cual él saca peces buenos y malos de las aguas de la muerte a la tierra de la vida. Puede suceder que en esta red esté cerca de peces malos y lo perciba, pero sigue siendo cierto que no estoy por estos o por aquellos, sino sólo porque es la red del Señor, que es algo distinto de todas las asociaciones humanas; una realidad que toca el fundamento de mi ser. Hablando con estas personas pienso que debemos ir al fondo de la cuestión: ¿Qué es la Iglesia? ¿Qué es su diversidad? ¿Por qué estoy en la Iglesia, aunque haya escándalos y pobreza humanas terribles? Y así renovar la propia conciencia de la especificidad de este ser Iglesia, del pueblo de todos los pueblos, que es pueblo de Dios, y así aprender, soportar también los escándalos y trabajar contra tales escándalos precisamente estando dentro, en esta gran red del Señor.

P. Lombardi: Gracias, Santidad. No es la primera vez que grupos de personas se manifiestan en contra de su llegada a un país. La relación de Alemania con Roma era tradicionalmente crítica, en parte también en el propio ámbito católico. Los temas controvertidos se conocen desde hace tiempo: preservativo, Eucaristía, celibato. Antes de su viaje, asimismo los parlamentarios han adoptado posturas críticas. Pero incluso antes de su viaje a Gran Bretaña la atmósfera no parecía amistosa y después las cosas resultaron bien. ¿Con qué sentimientos se encamina ahora usted a su antigua patria y se dirigirá a los alemanes?

Santo Padre: Ante todo diría que es algo normal que en una sociedad libre y en un tiempo secularizado existan oposiciones a una visita del Papa. Es justo que se exprese —respeto a todos—, que expresen esta contrariedad suya: forma parte de nuestra libertad y debemos tomar nota de que el secularismo y también la oposición precisamente al catolicismo en nuestras sociedades es fuerte. Cuando estas oposiciones se manifiestan de modo civil, no hay nada que objetar. Por otro lado, es igualmente cierto que existe mucha expectativa y mucho amor por el Papa. Pero tal vez debo decir también que en Alemania hay diversas dimensiones de esta opo-



sición: la antigua oposición entre cultura germana y romana, los contrastes de la historia, además somos el país de la Reforma, que ha acentuado más estos contrastes. Pero existe también un gran asentimiento a la fe católica, un creciente convencimiento de que tenemos necesidad de convicciones, necesidad de una fuerza moral en nuestro tiempo. Tenemos necesidad de una presencia de Dios en este tiempo nuestro. Así, sé que junto a la oposición, que encuentro natural y que es de esperar, existe mucha gente que me aguarda con alegría, que espera una fiesta de la fe, un estar juntos, y quiere esperar la alegría de conocer a Dios y de vivir juntos en el futuro, que Dios nos toma de la mano y nos muestra el camino. Por esto voy con alegría a mi Alemania y estoy feliz de llevar el mensaje de Cristo a mi tierra.

P. Lombardi: Gracias. Y una última pregunta. Santo Padre, usted visitará en Erfurt el antiguo convento del reformador, Martín Lutero. Los cristianos evangélicos, y los católicos en diálogo con ellos, se están preparando para conmemorar el quinto centenario de la Reforma. ¿Con qué mensaje, con qué pensamientos, se prepara usted al encuentro? ¿Su viaje debe contemplarse también como un gesto fraterno hacia los hermanos y las hermanas separados de Roma?



Santo Padre: Cuando acepté la invitación a este viaje, era para mí evidente que el ecumenismo con nuestros amigos evangélicos debía ser un punto fuerte y un punto central de este viaje. Vivimos en un tiempo de secularismo, como he mencionado, en el que los cristianos juntos tienen la misión de hacer presente el mensaje de Dios, el mensaje de Cristo; de hacer posible creer, ir adelante con estas grandes ideas, verdades. Y por ello el hecho de estar juntos, católicos y evangélicos, es un elemento fundamental para nuestro tiempo, si bien institucionalmente no estemos perfectamente unidos y persistan problemas, incluso grandes problemas, en el fundamento de la fe en Cristo, en Dios trinitario y en el hombre como imagen de Dios. Estamos unidos y este mostrar al mundo y profundizar en esta unidad es esencial en este momento histórico. Por ello estoy muy agradecido a nuestros amigos, hermanos y hermanas protestantes, que han hecho posible un signo muy significativo: el encuentro en el monasterio donde Lutero inició su camino teológico; la oración en la iglesia donde fue ordenado sacerdote; y hablar juntos de nuestra responsabilidad como cristianos en este tiempo. Estoy muy contento de poder mostrar así esta unidad fundamental: que somos hermanos y hermanas y trabajamos juntos por el bien de la humanidad, anunciando el gozoso mensaje de Cristo, del Dios que tiene un rostro humano y habla con nosotros.





CEREMONIA DE BIENVENIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Castillo de Bellevue de Berlín

Jueves 22 de septiembre de 2011

Señor Presidente Federal,
Señoras y Señores
Queridos amigos:

Me siento muy honrado por la amable acogida que me habéis reservado aquí, en el Castillo Bellevue. Le estoy particularmente agradecido, Señor Presidente Wulff, por la invitación a esta visita oficial, que es mi tercera estancia como Papa en la República Federal Alemana. Agradezco de corazón las hondas y amables palabras de bienvenida que me ha dirigido. Mi gratitud se dirige también a los representantes del Gobierno Federal, del Bundestag y del Bundesrat, así como a los de la ciudad de Berlín, por su presencia, con la que expresan su respeto por el Papa como Sucesor del Apóstol Pedro. Y agradezco igualmente a los tres Obispos que me hospedan, el Arzobispo Woelki de Berlín, el Obispo Wanke de Erfurt y el Arzo-

bispo Zollitsch de Friburgo, así como a todos aquellos que, en los diversos ámbitos eclesiásticos y públicos, han colaborado en los preparativos de este viaje a mi patria, contribuyendo de ese modo a que todo salga bien.

Aunque este viaje es una visita oficial que reforzará las buenas relaciones entre la República Federal de Alemania y la Santa Sede, no he venido aquí en para obtener objetivos políticos o económicos, como hacen otros hombres de Estado, sino para encontrar la gente y hablar con ella de Dios.

Con relación a la religión – lo ha mencionado usted, Señor Presidente Federal – se observa en la sociedad una progresiva indiferencia que, en sus decisiones, considera la cuestión de la verdad más bien como un obstáculo, y da por el contrario la prioridad a consideraciones utilitaristas.

Pero se necesita una base vinculante para nuestra convivencia, de otra manera cada uno vive solo para su individualismo. La religión es una cuestión fundamental para una convivencia lograda. “Como la religión requiere la libertad, así la libertad tiene necesidad de la religión”. Estas palabras del gran obispo y reformador social Wilhelm von Ketteler, del que se celebra este año el bicentenario de su nacimiento, siguen siendo todavía actuales.[1]

La libertad necesita una referencia originaria a una instancia superior. El que haya valores que nada ni nadie pueda manipular, es la auténtica garantía de nuestra libertad. El hombre que se sabe obligado a lo verdadero y al bien, estará inmediatamente de acuerdo con esto: la libertad se desarrolla sólo en la responsabilidad ante un bien mayor. Este bien sólo existe si es para todos; por tanto debo interesarme siempre por mis prójimos. La libertad no se puede vivir sin relaciones.

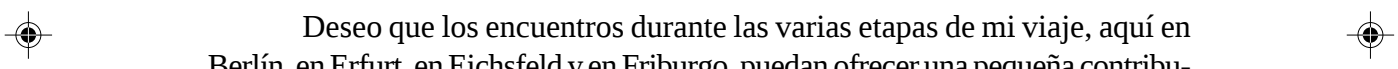
En la convivencia humana no es posible la libertad sin solidaridad. Aquello que hago en detrimento de otros, no es libertad, sino una acción culpable que les perjudica a ellos y, con ello, también a mí. Puedo realizarme verdaderamente como persona libre sólo cuando uso también mis fuerzas también para el bien de los demás. Y esto no sólo vale en el ámbito privado, sino también en el social. Según el principio de subsidiaridad, la sociedad debe dar espacio suficiente para que las

[1] Discurso a la primera asamblea de los católicos en Alemania, 1848. En: Erwin Iserloh (ed): Wilhelm Emmanuel von Ketteler: Sämtliche Werke und Briefe, Mainz 1977, vol. I, 1, p. 18.



estructuras más pequeñas se desarrollen y, al mismo tiempo, apoyarlas, de modo que un día puedan ser autónomas.

Aquí en el Castillo Bellevue, que debe su nombre a la espléndida vista sobre la rivera del Spree y que está situado no lejos de la Columna de la Victoria, del Bundestag y de la Puerta de Brandeburgo, estamos propiamente en el centro de Berlín, la capital de la República Federal de Alemania. El castillo, como tantos edificios de la ciudad, es con su agitado pasado un testimonio de la historia alemana. Conocemos sus páginas de grandeza y nobleza, y nos sentimos reconocidos por ello. Pero también es posible observar claramente las páginas oscuras de su historia, y sólo así nos permite aprender del pasado y recibir impulso para el presente. La República Federal de Alemania se ha convertido en lo que es hoy a través de la fuerza de la libertad plasmada de responsabilidad ante Dios y ante el prójimo. Necesita de esta dinámica que abarca todos los ámbitos humanos para poder seguir desarrollándose en las circunstancias actuales. Lo requiere en “un mundo necesita una profunda renovación cultural y el redescubrimiento de valores de fondo sobre los cuales construir un futuro mejor” (Encíclica Caritas in veritate, 21).



Deseo que los encuentros durante las varias etapas de mi viaje, aquí en Berlín, en Erfurt, en Eichsfeld y en Friburgo, puedan ofrecer una pequeña contribución sobre este tema. Que en estos días Dios nos conceda su bendición. Gracias.



VISITA AL PARLAMENTO FEDERAL

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Reichstagsgebäude, Berlín

Jueves 22 de septiembre de 2011

Ilustre Señor Presidente
Señor Presidente del Bundestag
Señora Canciller Federal
Señor Presidente del Bundesrat
Señoras y Señores

Es para mi un honor y una alegría hablar ante esta Cámara alta, ante el Parlamento de mi Patria alemana, que se reúne aquí como representación del pueblo, elegido democráticamente, para trabajar por el bien común de la República Federal de Alemania. Agradezco al Señor Presidente del Bundestag su invitación a tener este discurso, así como sus gentiles palabras de bienvenida y aprecio con las que me ha acogido. Me dirijo en este momento a ustedes, estimados señoras y señores, también como un connacional que por sus orígenes está vinculado de por

vida y sigue con particular atención los acontecimientos de la Patria alemana. Pero la invitación a tener este discurso se me ha hecho en cuanto Papa, en cuanto Obispo de Roma, que tiene la suprema responsabilidad sobre los cristianos católicos. De este modo, ustedes reconocen el papel que le corresponde a la Santa Sede como miembro dentro de la Comunidad de los Pueblos y de los Estados. Desde mi responsabilidad internacional, quisiera proponerles algunas consideraciones sobre los fundamentos del estado liberal de derecho.

Permítanme que comience mis reflexiones sobre los fundamentos del derecho con un breve relato tomado de la Sagrada Escritura. En el primer Libro de los Reyes, se dice que Dios concedió al joven rey Salomón, con ocasión de su entronización, formular una petición. ¿Qué pedirá el joven soberano en este momento tan importante? ¿Éxito, riqueza, una larga vida, la eliminación de los enemigos? No pide nada de todo eso. En cambio, suplica: “Concede a tu siervo un corazón dócil, para que sepa juzgar a tu pueblo y distinguir entre el bien y mal” (1 R 3,9). Con este relato, la Biblia quiere indicarnos lo que en definitiva debe ser importante para un político. Su criterio último, y la motivación para su trabajo como político, no debe ser el éxito y mucho menos el beneficio material. La política debe ser un compromiso por la justicia y crear así las condiciones básicas para la paz. Naturalmente, un político buscará el éxito, sin el cual nunca tendría la posibilidad de una acción política efectiva. Pero el éxito está subordinado al criterio de la justicia, a la voluntad de aplicar el derecho y a la comprensión del derecho. El éxito puede ser también una seducción y, de esta forma, abre la puerta a la desvirtuación del derecho, a la destrucción de la justicia. “Quita el derecho y, entonces, ¿qué distingue el Estado de una gran banda de bandidos?”, dijo en cierta ocasión San Agustín.[1] Nosotros, los alemanes, sabemos por experiencia que estas palabras no son una mera quimera. Hemos experimentado cómo el poder se separó del derecho, se enfrentó contra él; cómo se pisoteó el derecho, de manera que el Estado se convirtió en el instrumento para la destrucción del derecho; se transformó en una cuadrilla de bandidos muy bien organizada, que podía amenazar el mundo entero y llevarlo hasta el borde del abismo. Servir al derecho y combatir el dominio de la injusticia es y sigue siendo el deber fundamental del político. En un momento histórico, en el cual el hombre ha adquirido un poder hasta ahora inimaginable, este deber se convierte en algo particularmente urgente. El hombre tiene la capacidad de destruir el mundo. Se puede manipular a sí mismo. Puede, por decirlo así, hacer seres humanos y privar de su

[1] De civitate Dei, IV, 4, 1.

humanidad a otros seres humanos. ¿Cómo podemos reconocer lo que es justo? ¿Cómo podemos distinguir entre el bien y el mal, entre el derecho verdadero y el derecho sólo aparente? La petición salomónica sigue siendo la cuestión decisiva ante la que se encuentra también hoy el político y la política misma.

Para gran parte de la materia que se ha de regular jurídicamente, el criterio de la mayoría puede ser un criterio suficiente. Pero es evidente que en las cuestiones fundamentales del derecho, en las cuales está en juego la dignidad del hombre y de la humanidad, el principio de la mayoría no basta: en el proceso de formación del derecho, una persona responsable debe buscar los criterios de su orientación. En el siglo III, el gran teólogo Orígenes justificó así la resistencia de los cristianos a determinados ordenamientos jurídicos en vigor: “Si uno se encontrara entre los escitas, cuyas leyes van contra la ley divina, y se viera obligado a vivir entre ellos..., por amor a la verdad, que, para los escitas, es ilegalidad, con razón formaría alianza con quienes sintieran como él contra lo que aquellos tienen por ley...”[2]

Basados en esta convicción, los combatientes de la resistencia actuaron contra el régimen nazi y contra otros regímenes totalitarios, prestando así un servicio al derecho y a toda la humanidad. Para ellos era evidente, de modo irrefutable, que el derecho vigente era en realidad una injusticia. Pero en las decisiones de un político democrático no es tan evidente la cuestión sobre lo que ahora corresponde a la ley de la verdad, lo que es verdaderamente justo y puede transformarse en ley. Hoy no es de modo alguno evidente de por sí lo que es justo respecto a las cuestiones antropológicas fundamentales y pueda convertirse en derecho vigente. A la pregunta de cómo se puede reconocer lo que es verdaderamente justo, y servir así a la justicia en la legislación, nunca ha sido fácil encontrar la respuesta y hoy, con la abundancia de nuestros conocimientos y de nuestras capacidades, dicha cuestión se ha hecho todavía más difícil.

¿Cómo se reconoce lo que es justo? En la historia, los ordenamientos jurídicos han estado casi siempre motivados de modo religioso: sobre la base de una referencia a la voluntad divina, se decide aquello que es justo entre los hombres. Contrariamente a otras grandes religiones, el cristianismo nunca ha impuesto al Es-

[2] Contra Celsum GCS Orig. 428 (Koetschau); cf. A. Fürst, *Monotheismus und Monarchie. Zum Zusammenhang von Heil und Herrschaft in der Antike*. En: *Theol. Phil.* 81 (2006) 321 – 338; citación p. 336; cf. también J. Ratzinger, *Die Einheit der Nationen. Eine Vision der Kirchenväter* (Salzburg – München 1971) 60.

tado y a la sociedad un derecho revelado, un ordenamiento jurídico derivado de una revelación. En cambio, se ha remitido a la naturaleza y a la razón como verdaderas fuentes del derecho, se ha referido a la armonía entre razón objetiva y subjetiva, una armonía que, sin embargo, presupone que ambas esferas estén fundadas en la Razón creadora de Dios. Así, los teólogos cristianos se sumaron a un movimiento filosófico y jurídico que se había formado desde el siglo II a. C. En la primera mitad del siglo segundo precristiano, se produjo un encuentro entre el derecho natural social, desarrollado por los filósofos estoicos y notorios maestros del derecho romano.[3] De este contacto, nació la cultura jurídica occidental, que ha sido y sigue siendo de una importancia determinante para la cultura jurídica de la humanidad. A partir de esta vinculación precristiana entre derecho y filosofía inicia el camino que lleva, a través de la Edad Media cristiana, al desarrollo jurídico del Iluminismo, hasta la Declaración de los derechos humanos y hasta nuestra Ley Fundamental Alemana, con la que nuestro pueblo reconoció en 1949 “los inviolables e inalienables derechos del hombre como fundamento de toda comunidad humana, de la paz y de la justicia en el mundo”.

Para el desarrollo del derecho, y para el desarrollo de la humanidad, ha sido decisivo que los teólogos cristianos hayan tomado posición contra el derecho religioso, requerido por la fe en la divinidad, y se hayan puesto de parte de la filosofía, reconociendo a la razón y la naturaleza, en su mutua relación, como fuente jurídica válida para todos. Esta opción la había tomado ya san Pablo cuando, en su Carta a los Romanos, afirma: “Cuando los paganos, que no tienen ley [la Torá de Israel], cumplen naturalmente las exigencias de la ley, ellos... son ley para sí mismos. Esos tales muestran que tienen escrita en su corazón las exigencias de la ley; contando con el testimonio de su conciencia...” (Rm 2,14s). Aquí aparecen los dos conceptos fundamentales de naturaleza y conciencia, en los que conciencia no es otra cosa que el “corazón dócil” de Salomón, la razón abierta al lenguaje del ser. Si con esto, hasta la época del Iluminismo, de la Declaración de los Derechos humanos, después de la Segunda Guerra mundial, y hasta la formación de nuestra Ley Fundamental, la cuestión sobre los fundamentos de la legislación parecía clara, en el último medio siglo se produjo un cambio dramático de la situación. La idea del derecho natural se considera hoy una doctrina católica más bien singular, sobre la que no vale la pena discutir fuera del ámbito católico, de modo que casi nos avergüenza hasta la sola mención del término. Quisiera indicar brevemente cómo se

[3] Cf. W. Waldstein, *Ins Herz geschrieben. Das Naturrecht als Fundament einer menschlichen Gesellschaft* (Augsburg 2010) 11ss; 31 – 61.

llegó a esta situación. Es fundamental, sobre todo, la tesis según la cual entre ser y deber ser existe un abismo infranqueable. Del ser no se podría derivar un deber, porque se trataría de dos ámbitos absolutamente distintos. La base de dicha opinión es la concepción positivista de naturaleza adoptada hoy casi generalmente. Si se considera la naturaleza – con palabras de Hans Kelsen – “un conjunto de datos objetivos, unidos los unos a los otros como causas y efectos”, entonces no se puede derivar de ella realmente ninguna indicación que tenga de algún modo carácter ético.[4] Una concepción positivista de la naturaleza, que comprende la naturaleza de manera puramente funcional, como las ciencias naturales la entienden, no puede crear ningún puente hacia el Ethos y el derecho, sino dar nuevamente sólo respuestas funcionales. Pero lo mismo vale también para la razón en una visión positivista, que muchos consideran como la única visión científica. En ella, aquello que no es verificable o falsable no entra en el ámbito de la razón en sentido estricto. Por eso, el ethos y la religión han de ser relegadas al ámbito de lo subjetivo y caen fuera del ámbito de la razón en el sentido estricto de la palabra. Donde rige el dominio exclusivo de la razón positivista – y este es en gran parte el caso de nuestra conciencia pública – las fuentes clásicas de conocimiento del ethos y del derecho quedan fuera de juego. Ésta es una situación dramática que afecta a todos y sobre la cual es necesaria una discusión pública; una intención esencial de este discurso es invitar urgentemente a ella.

El concepto positivista de naturaleza y razón, la visión positivista del mundo es en su conjunto una parte grandiosa del conocimiento humano y de la capacidad humana, a la cual en modo alguno debemos renunciar en ningún caso. Pero ella misma no es una cultura que corresponda y sea suficiente en su totalidad al ser hombres en toda su amplitud. Donde la razón positivista es considerada como la única cultura suficiente, relegando todas las demás realidades culturales a la condición de subculturas, ésta reduce al hombre, más todavía, amenaza su humanidad. Lo digo especialmente mirando a Europa, donde en muchos ambientes se trata de reconocer solamente el positivismo como cultura común o como fundamento común para la formación del derecho, reduciendo todas las demás convicciones y valores de nuestra cultura al nivel de subcultura. Con esto, Europa se sitúa ante otras culturas del mundo en una condición de falta de cultura, y se suscitan al mismo tiempo corrientes extremistas y radicales. La razón positivista, que se presenta de modo exclusivo y que no es capaz de percibir nada más que aquello que es funcional, se parece a los edificios de cemento armado sin ventanas, en los que logramos

[4] Waldstein, op. cit. 15-21.



el clima y la luz por nosotros mismos, sin querer recibir ya ambas cosas del gran mundo de Dios. Y, sin embargo, no podemos negar que en este mundo autoconstruido recurrimos en secreto igualmente a los “recursos” de Dios, que transformamos en productos nuestros. Es necesario volver a abrir las ventanas, hemos de ver nuevamente la inmensidad del mundo, el cielo y la tierra, y aprender a usar todo esto de modo justo.

Pero ¿cómo se lleva a cabo esto? ¿Cómo encontramos la entrada en la inmensidad, o la globalidad? ¿Cómo puede la razón volver a encontrar su grandeza sin deslizarse en lo irracional? ¿Cómo puede la naturaleza aparecer nuevamente en su profundidad, con sus exigencias y con sus indicaciones? Recuerdo un fenómeno de la historia política reciente, esperando que no se malinterprete ni suscite excesivas polémicas unilaterales. Diría que la aparición del movimiento ecologista en la política alemana a partir de los años setenta, aunque quizás no haya abierto las ventanas, ha sido y es sin embargo un grito que anhela aire fresco, un grito que no se puede ignorar ni rechazar porque se perciba en él demasiada irracionalidad. Gente joven se dio cuenta que en nuestras relaciones con la naturaleza existía algo que no funcionaba; que la materia no es solamente un material para nuestro uso, sino que la tierra tiene en sí misma su dignidad y nosotros debemos seguir sus indicaciones. Es evidente que no hago propaganda de un determinado partido político, nada más lejos de mi intención. Cuando en nuestra relación con la realidad hay algo que no funciona, entonces debemos reflexionar todos seriamente sobre el conjunto, y todos estamos invitados a volver sobre la cuestión de los fundamentos de nuestra propia cultura. Permitidme detenerme todavía un momento sobre este punto. La importancia de la ecología es hoy indiscutible. Debemos escuchar el lenguaje de la naturaleza y responder a él coherentemente. Sin embargo, quisiera afrontar seriamente un punto que – me parece – se ha olvidado tanto hoy como ayer: hay también una ecología del hombre. También el hombre posee una naturaleza que él debe respetar y que no puede manipular a su antojo. El hombre no es solamente una libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza, y su voluntad es justa cuando él respeta la naturaleza, la escucha, y cuando se acepta como lo que es, y admite que no se ha creado a sí mismo. Así, y sólo de esta manera, se realiza la verdadera libertad humana.

Volvamos a los conceptos fundamentales de naturaleza y razón, de los cuales hemos partido. El gran teórico del positivismo jurídico, Kelsen, con 84 años – en 1965 – abandonó el dualismo de ser y de deber ser (me consuela comprobar

que a los 84 años se esté aún en condiciones de pensar algo razonable). Antes había dicho que las normas podían derivar solamente de la voluntad. En consecuencia – añade –, la naturaleza sólo podría contener en sí normas si una voluntad hubiese puesto estas normas en ella. Por otra parte – dice –, esto supondría un Dios creador, cuya voluntad se ha insertado en la naturaleza. “Discutir sobre la verdad de esta fe es algo absolutamente vano”, afirma a este respecto.[5] ¿Lo es verdaderamente?, quisiera preguntar. ¿Carece verdaderamente de sentido reflexionar sobre si la razón objetiva que se manifiesta en la naturaleza no presupone una razón creativa, un Creator Spiritus?

A este punto, debería venir en nuestra ayuda el patrimonio cultural de Europa. Sobre la base de la convicción de la existencia de un Dios creador, se ha desarrollado el concepto de los derechos humanos, la idea de la igualdad de todos los hombres ante la ley, la conciencia de la inviolabilidad de la dignidad humana de cada persona y el reconocimiento de la responsabilidad de los hombres por su conducta. Estos conocimientos de la razón constituyen nuestra memoria cultural. Ignorarla o considerarla como mero pasado sería una amputación de nuestra cultura en su conjunto y la privaría de su integridad. La cultura de Europa nació del encuentro entre Jerusalén, Atenas y Roma; del encuentro entre la fe en el Dios de Israel, la razón filosófica de los griegos y el pensamiento jurídico de Roma. Este triple encuentro configura la íntima identidad de Europa. Con la certeza de la responsabilidad del hombre ante Dios y reconociendo la dignidad inviolable del hombre, de cada hombre, este encuentro ha fijado los criterios del derecho; defenderlos es nuestro deber en este momento histórico.

Al joven rey Salomón, a la hora de asumir el poder, se le concedió lo que pedía. ¿Qué sucedería si nosotros, legisladores de hoy, se nos concediese formular una petición? ¿Qué pediríamos? Pienso que, en último término, también hoy, no podríamos desear otra cosa que un corazón dócil: la capacidad de distinguir el bien del mal, y así establecer un verdadero derecho, de servir a la justicia y la paz. Muchas gracias.

[5] Citado según Waldstein, op. cit. 19.



ENCUENTRO CON LOS REPRESENTANTES DE LA COMUNIDAD JUDÍA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI



Reichstagsgebäude, Berlín



Jueves 22 de septiembre de 2011

Distinguidos Señores y Señoras:

Estoy sinceramente contento de este encuentro con ustedes, aquí, en Berlín. Agradezco de corazón al Señor Presidente, Dr. Dieter Graumann, sus amables palabras, que también me han hecho reflexionar. Me manifiestan cuánto ha crecido la confianza entre el Pueblo judío y la Iglesia católica, que tienen en común una parte nada desdeñable de sus tradiciones fundamentales, como usted ha subrayado. Al mismo tiempo, todos somos muy conscientes de que una comunión amorosa y comprensiva entre Israel y la Iglesia, en el respeto recíproco de la identidad del otro, debe crecer más todavía y entrar de modo más profundo en el anuncio de la fe.



Durante mi visita a la Sinagoga de Colonia, hace ya seis años, el Rabino Teitelbaum habló de la memoria como una de las columnas necesarias para asentar sobre ella un futuro de paz. Y hoy me encuentro en un lugar central de la memoria, de una espantosa memoria: desde aquí se programó y organizó la Shoah, la eliminación de los ciudadanos judíos en Europa. Antes del terror nazi, casi medio millón de hebreos vivían en Alemania, y eran un componente estable de la sociedad alemana. Después de la Segunda Guerra Mundial, Alemania fue considerada como el “País de la Shoah”, en el que, en el fondo, ya no se podía vivir como judío. Al principio, casi nadie se esforzaba por refundar las antiguas comunidades, no obstante llegaron continuamente personas y familias judías del Este. Muchas de ellas querían emigrar y construirse una nueva vida, sobre todo en los Estados Unidos o en Israel.

En este lugar, hay que recordar también la noche del pogromo, del 9 al 10 de noviembre de 1938. Solamente unos pocos percibieron en su totalidad la dimensión de dicho acto de desprecio humano, como lo hizo el Deán de la Catedral de Berlín, Bernhard Lichtenberg, que desde el púlpito de esa Santa Iglesia de Santa Eduvigis, gritó: “Fuera, el Templo está en llamas; también éste es casa de Dios”. El régimen de terror del nacionalsocialismo se fundaba sobre un mito racista, del que formaba parte el rechazo del Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, del Dios de Jesucristo y de las personas que creen en Él. El “omnipotente” Adolf Hitler, que era un ídolo pagano y quería ponerse como sustituto del Dios bíblico, Creador y Padre de todos los hombres. Cuando no se respeta a este Dios único, se pierde también el respeto por la dignidad del hombre. Las horribles imágenes de los campos de concentración al final de la guerra mostraron de lo que puede ser capaz el hombre que rechaza a Dios y el rostro que puede asumir un pueblo en el “no” a ese Dios.

Ante este recuerdo, debemos constatar con gratitud que desde hace alguna década se manifiesta un nuevo desarrollo que permite hablar incluso de un renacer de la vida judía en Alemania. Hay que subrayar que, en este tiempo, la comunidad judía se ha destacado particularmente por la obra de integración de los emigrantes del este europeo.

Quisiera también aludir con gratitud al diálogo entre la Iglesia católica y el Judaísmo, un diálogo que se está profundizando. La Iglesia se siente muy cercana al Pueblo judío. Con la Declaración Nostra aetate del Concilio Vaticano II, se comenzó a “recorrer un camino irrevocable de diálogo, de fraternidad y de amistad” (cf. Discurso en la Sinagoga de Roma, 17 enero 2010). Esto vale para toda la Iglesia

católica, en la que el beato Papa Juan Pablo II se comprometió de una manera particularmente intensa a favor de este nuevo camino. Esto vale obviamente también para la Iglesia católica en Alemania, que es bien consciente de su particular responsabilidad en esta materia. En el ámbito público, destaca sobre todo la “Semana de la Fraternidad”, organizada cada año en la primera semana de marzo por las asociaciones locales para la colaboración cristiano-judía.

Por parte católica, se llevan a cabo además encuentros anuales entre obispos y rabinos, así como coloquios organizados con el Consejo central de los judíos. Ya en los años setenta, el Comité Central de los Católicos Alemanes (ZdK) se distinguió por la fundación de un forum “Judíos y Cristianos”, que en el transcurso de los años ha elaborado competentemente muchos documentos útiles. Y tampoco quisiera pasar por alto el histórico encuentro para el diálogo judío-cristiano de marzo de 2006, con la participación del Cardenal Walter Kasper. Esta colaboración da frutos.

Junto a estas importantes iniciativas, me parece que también los cristianos debemos darnos cuenta cada vez más de nuestra afinidad interior con el judaísmo, a la que usted se ha referido. Para los cristianos, no puede haber una fractura en el evento salvífico. La salvación viene, precisamente, de los Judíos (cf. Jn 4, 22). Cuando el conflicto de Jesús con el judaísmo de su tiempo se ve de manera superficial, como una ruptura con la Antigua Alianza, se acaba reduciéndolo a un idea de liberación, que interpreta erróneamente la Torá sólo como observancia servil de unos ritos y prescripciones exteriores. Sin embargo, el Discurso de la montaña no deroga la Ley mosaica, sino que desvela sus recónditas posibilidades y hace surgir nuevas exigencias; nos reenvía al fundamento más profundo del obrar humano, al corazón, donde el hombre elige entre lo puro y lo impuro, donde germina la fe, la esperanza y la caridad.

El mensaje de esperanza, transmitido por los libros de la Biblia hebrea y del Antiguo Testamento cristiano, ha sido asimilado y desarrollado de modo distinto por los judíos y los cristianos. “Después de siglos de contraposición, reconozcamos como tarea nuestra el esfuerzo para que estos dos modos de la nueva lectura de los escritos bíblicos – la cristiana y la judía – entren en diálogo entre sí, para comprender rectamente la voluntad y la Palabra de Dios” (Jesús de Nazaret. Segunda parte: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección, pp. 47-48). En una sociedad cada vez más secularizada, este diálogo debe reforzar la esperanza común en Dios. Sin esa esperanza la sociedad pierde su humanidad.



Con todo esto, podemos constatar que el intercambio entre la Iglesia católica y el Judaísmo en Alemania ha dado ya frutos prometedores. Han crecido las relaciones duraderas y de confianza. Ciertamente, judíos y cristianos tienen una responsabilidad común para el desarrollo de la sociedad, que entraña siempre una dimensión religiosa. Que todos los interesados continúen juntos este camino. Que para ello, el Único y Onnipotente – Ha Kadosch Baruch Hu – otorgue su bendición. Gracias a todos ustedes.





SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Estadio Olímpico de Berlín

Jueves 22 de septiembre de 2011

Queridos hermanos en el episcopado,
queridas hermanas y hermanos

Me da gran alegría y confianza ver el gran estadio olímpico que tantos de vosotros habéis llenado hoy. Saludo con afecto a todos: a los fieles de la Archidiócesis de Berlín y de las diócesis alemanas, así como a los numerosos peregrinos provenientes de los países vecinos. Hace quince años, vino un Papa por vez primera a Berlín, la capital federal. Todos – y también yo personalmente – tenemos un recuerdo muy vivo de la visita de mi venerado predecesor, el Beato Juan Pablo II, y de la Beatificación del Deán de la Catedral Bernhard Lichtenberg, junto a Karl Leisner, celebrada precisamente aquí, en este mismo lugar.

Pensando en estos beatos y en toda la corte de santos y beatos, podemos comprender lo que significa vivir como sarmientos de la verdadera vid, que es Cris-



to, y dar fruto. El evangelio de hoy nos evoca la imagen de esa planta, que en Oriente crece lozana y es símbolo de fuerza y vida, y también una metáfora de la belleza y el dinamismo de la comunión de Jesús con sus discípulos y amigos, con nosotros.

En la parábola de la vid, Jesús no dice: “Vosotros sois la vid”, sino: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos” (Jn 15, 5). Y esto significa: “Así como los sarmientos están unidos a la vid, de igual modo vosotros me pertenecéis. Pero, perteneciendo a mí, pertenecéis también unos a otros”. Y este pertenecerse uno a otro y a Él, no entraña un tipo cualquiera de relación teórica, imaginaria, simbólica, sino – casi me atrevería a decir – un pertenecer a Jesucristo en sentido biológico, plenamente vital. La Iglesia es esa comunidad de vida con Jesucristo y de uno para con el otro, que está fundada en el Bautismo y se profundiza cada vez más en la Eucaristía. “Yo soy la verdadera vid”; pero esto significa en realidad: “Yo soy vosotros y vosotros sois yo”; una identificación inaudita del Señor con nosotros, con su Iglesia.

Cristo mismo presentó a Saulo, el perseguidor de la Iglesia, antes de llegar a Damasco: “¿Por qué me persigues?” (Hch 9, 4). De ese modo, el Señor señala el destino común que se deriva de la íntima comunión de vida de su Iglesia con Él, el Resucitado. En este mundo, Él continúa viviendo en su Iglesia. Él está con nosotros, y nosotros con Él: “¿Por qué me persigues?” En definitiva, es a Jesús a quien los perseguidores de la Iglesia quieren atacar. Y, al mismo tiempo, esto significa que no estamos solos cuando nos oprimen a causa de nuestra fe. Jesucristo está en nosotros y con nosotros.

En la parábola, El Señor dice una vez más: “Yo soy la vid verdadera, y el Padre es el labrador” (Jn 15, 1), y explica que el viñador toma la podadera, corta los sarmientos secos y poda aquellos que dan fruto para que den más fruto. Usando la imagen del profeta Ezequiel, como hemos escuchado en la primera lectura, Dios quiere arrancar de nuestro pecho el corazón muerto, de piedra, y darnos un corazón vivo, de carne (cf. Ez 36, 26). Quiere darnos vida nueva y llena de fuerza, un corazón de amor, de bondad y de paz. Cristo ha venido a llamar a los pecadores. Son ellos los que necesitan el médico, y no los sanos (cf. Lc 5, 31s). Y así, como dice el Concilio Vaticano II, la Iglesia es el “sacramento universal de salvación” (Lumen gentium 48) que existe para los pecadores, para nosotros, para abrirnos el camino de la conversión, de la cura-



ción y de la vida. Ésta es la constante y gran misión de la Iglesia, que le ha sido confiada por Cristo.

Algunos miran a la Iglesia, quedándose en su apariencia exterior. De este modo, la Iglesia aparece únicamente como una organización más en una sociedad democrática, a tenor de cuyas normas y leyes se juzga y se trata una figura tan difícil de comprender como es la “Iglesia”. Si a esto se añade también la experiencia dolorosa de que en la Iglesia hay peces buenos y malos, grano y cizaña, y si la mirada se fija sólo en las cosas negativas, entonces ya no se revela el misterio grande y bello de la Iglesia.

Por tanto, ya no brota alegría alguna por el hecho de pertenecer a esta vid que es la “Iglesia”. La insatisfacción y el desencanto se difunden si no se realizan las propias ideas superficiales y erróneas acerca de la “Iglesia” y los “ideales sobre la Iglesia” que cada uno tiene. Entonces, cesa también el alegre canto: “Doy gracias al Señor, porque inmerecidamente me ha llamado a su Iglesia”, que generaciones de católicos han cantado con convicción.

Pero volvamos al Evangelio. El Señor prosigue: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí... porque sin mí -separados de mí, podría traducirse también- no podéis hacer nada” (Jn 15, 4. 5b).

Cada uno de nosotros ha de afrontar una decisión a este respecto. El Señor nos dice de nuevo en una parábola lo sería que es: “Al que no permanece en mí lo tiran fuera como el sarmiento, y se seca; luego recogen los sarmientos desechados, los echan al fuego y allí se queman” (cf. Jn 15, 6). Sobre esto, comenta san Agustín: “El sarmiento ha de estar en uno de esos dos lugares: o en la vid o en el fuego; si no está en la vid estará en el fuego. Permaneced, pues, en la vid para librarse del fuego” (In Ioan. Ev. Tract., 81, 3 [PL 35, 1842]).

La opción que se plantea nos hace comprender de forma insistente el significado fundamental de nuestra decisión de vida. Al mismo tiempo, la imagen de la vid es un signo de esperanza y confianza. Encarnándose, Cristo mismo ha venido a este mundo para ser nuestro fundamento. En cualquier necesidad y aridez, Él es la fuente de agua viva, que nos nutre y fortalece. Él en persona carga sobre sí el pecado, el miedo y el sufrimiento y, en definitiva, nos purifica y transforma misteriosamente sarmientos buenos que dan vino bueno. En esos momentos de necesidad



nos sentimos a veces aplastados bajo una prensa, como los racimos de uvas que son exprimidos completamente. Pero sabemos que, unidos a Cristo, nos convertimos en vino de solera. Dios sabe transformar en amor incluso las cosas difíciles y agobiantes de nuestra vida. Lo importante es que “permanezcamos” en la vid, en Cristo. En este breve pasaje, el evangelista usa la palabra “permanecer” una docena de veces. Este “permanecer-en-Cristo” caracteriza todo el discurso. En nuestro tiempo de inquietudes e indiferencia, en el que tanta gente pierde el rumbo y el fundamento; en el que la fidelidad del amor en el matrimonio y en la amistad es frágil y efímera; en el que deseáramos gritar, en medio de nuestras necesidades, como los discípulos de Emaús: “Señor, quédate con nosotros, porque anochece (cf. Lc 24, 29), sí, las tinieblas nos rodean”; el Señor resucitado nos ofrece en este tiempo un refugio, un lugar de luz, de esperanza y confianza, de paz y seguridad. Donde la aridez y la muerte amenazan a los sarmientos, allí en Cristo hay futuro, vida y alegría, allí hay siempre perdón y nuevo comienzo, transformación entrando en su amor.

Permanecer en Cristo significa, como ya hemos visto, permanecer también en la Iglesia. Toda la comunidad de los creyentes está firmemente unida en Cristo, la vid. En Cristo, todos nosotros estamos unidos. En esta comunidad, Él nos sostiene y, al mismo tiempo, todos los miembros se sostienen recíprocamente. Juntos resistimos a las tempestades y ofrecemos protección unos a otros. Nosotros no creemos solos, creemos con toda la Iglesia de todo lugar y de todo tiempo, con la Iglesia que está en el cielo y en la tierra.

La Iglesia como mensajera de la Palabra de Dios y dispensadora de los sacramentos nos une a Cristo, la verdadera vid. La Iglesia, en cuanto “plenitud y el complemento del Redentor” – como la llamaba Pío XII – (*Mystici corporis*, AAS 35 [1943] p. 230: “plenitudo et complementum Redemptoris”) es para nosotros prenda de la vida divina y mediadora de los frutos de los que habla la parábola de la vid. Así, la Iglesia es el don más bello de Dios. Por eso san Agustín podía decir: “En la medida en que uno ama a la Iglesia” (*In Ioan. Ev. Tract.* 32, 8 [PL 35, 1646]). Con la Iglesia y en la Iglesia podemos anunciar a todos los hombres que Cristo es la fuente de la vida, que Él está presente, que Él es la gran realidad que buscamos y anhelamos. Él se entrega a sí mismo y así nos da a Dios, la felicidad, el amor. Quien cree en Cristo, tiene futuro. Porque Dios no quiere lo que es árido, muerto, artificial, lo que al final es desechado, sino que quiere lo que es fecundo y vivo, la vida en abundancia, y Él nos da la vida en abundancia.



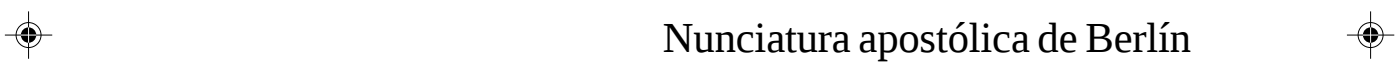
Queridos hermanos y hermanas, deseo que todos vosotros y todos nosotros descubramos cada vez más profundamente la alegría de estar unidos a Cristo en la Iglesia – con todos sus afanes y sus oscuridades –, que encontréis en vuestras necesidades consuelo y redención y que todos lleguemos a ser el vino delicioso de la alegría y del amor de Cristo para este mundo. Amén.





ENCUENTRO CON LOS REPRESENTANTES DE LA COMUNIDAD MUSULMANA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI



Nunciatura apostólica de Berlín

Viernes 23 de septiembre de 2011

Queridos amigos musulmanes:

Me es grato saludarlos aquí hoy. Representantes de diversas comunidades musulmanas presentes en Alemania. Agradezco muy cordialmente al profesor Mouhanad Khorchide por sus amables palabras y por las profundas reflexiones que nos ha presentado, que muestran cómo ha crecido el clima de respeto y confianza entre la Iglesia católica y las comunidades musulmanas en Alemania, y llegue a ser claro lo que nos anima a todos.

Berlín es un lugar propicio para un encuentro como éste, no sólo porque aquí se encuentra la mezquita más antigua del territorio de Alemania, sino también



porque en Berlín vive el número más grande de musulmanes respecto a todas las demás ciudades de Alemania.

A partir de los años 70, la presencia de numerosas familias musulmanas ha llegado a ser cada vez más un rasgo distintivo de este País. Sin embargo, es necesario esforzarse constantemente para un mejor y recíproco conocimiento y comprensión. Esto no es sólo esencial para una convivencia pacífica, sino también para la contribución que cada uno es capaz de ofrecer a la construcción del bien común dentro de la misma sociedad.

Muchos musulmanes atribuyen gran importancia a la dimensión religiosa. Esto, en ocasiones, se interpreta como una provocación en una sociedad que tiende a marginar este aspecto o a admitirlo, como mucho, en la esfera de las opciones privada de cada uno.



La Iglesia católica está firmemente comprometida para que se otorgue el justo reconocimiento a la dimensión pública de la afiliación religiosa. Se trata de una exigencia de no poco relieve en el contexto de una sociedad mayoritariamente pluralista. Sin embargo, es necesario estar atentos para que el respeto hacia el otro se mantenga siempre. Este respeto recíproco crece solamente sobre la base de un entendimiento sobre ciertos valores inalienables, propios de la naturaleza humana, sobre todo la inviolable dignidad de toda persona como creatura de Dios. Este entendimiento no limita la expresión de cada una de las religiones; al contrario, permite a cada uno dar testimonio de forma propositiva de aquello en lo que cree, sin sustraerse al debate con el otro.



En Alemania, como en muchos otros países, no sólo occidentales, dicho marco de referencia común está representado por la Constitución, cuyo contenido jurídico es vinculante para todo ciudadano, pertenezca o no a una confesión religiosa.

Naturalmente, el debate sobre una mejor formulación de los principios, como la libertad de culto público, es amplio y siempre abierto; con todo, es significativo el hecho que la Ley Fundamental alemana los formule de modo todavía hoy válido, a más de 60 años de distancia (cf. Art. 4, 2). En ella, se pone de manifiesto, ante todo, ese ethos común que fundamenta la convivencia civil y que, de alguna manera, marca también las reglas aparentemente sólo formales del funcionamiento de los órganos institucionales y de la vida democrática.



Podríamos preguntarnos cómo puede un texto, elaborado en una época histórica radicalmente distinta, en una situación cultural casi uniformemente cristiana, ser adecuado a la Alemania de hoy, que vive en el contexto de un mundo globalizado, y marcada por un notable pluralismo en materia de convicciones religiosas.

La razón de esto, me parece, se encuentra en el hecho que los padres de la Ley Fundamental eran plenamente conscientes de deber buscar en aquel momento importante una base verdaderamente sólida, en el cual todos los ciudadanos pudiesen reconocerse y que puede ser una plataforma para todos por encima de las diferencias. Al llevar a cabo esto, teniendo presente la dignidad del hombre y la responsabilidad ante Dios, no prescindían de su afiliación religiosa; es más, para muchos de ellos la visión cristiana del hombre era la verdadera fuerza inspiradora. Sin embargo, sabiendo que todos los hombres deben confrontarse con trasfondos confesionales diversos o incluso no religiosa, el terreno común para todos se halló en el reconocimiento de algunos derechos inalienables, propios de la naturaleza humana y que preceden a cualquier formulación positiva.

De este modo, una sociedad entonces sustancialmente homogénea asentó el fundamento que hoy consideramos válido para un tiempo marcado por el pluralismo. Fundamento que, en realidad, indica también los evidentes límites de este pluralismo: no es pensable, en efecto, que una sociedad pueda sostenerse a largo plazo sin un consenso sobre los valores éticos fundamentales.

Queridos amigos, sobre la base de lo que he señalado aquí, pienso que es posible una colaboración fecunda entre cristianos y musulmanes. Y, de este modo, contribuiremos a la construcción de una sociedad que, bajo muchos aspectos, será diversa de aquello que nos ha acompañado desde el pasado. En cuanto hombres religiosos, a partir de las respectivas convicciones, podemos dar un testimonio importante en muchos sectores cruciales de la vida social. Pienso, por ejemplo, en la tutela de la familia fundada sobre el matrimonio, en el respeto de la vida en cada fase de su desarrollo natural o en la promoción de una justicia social más amplia.

También por este motivo, considero importante celebrar una Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia del mundo; llevaremos a cabo esta iniciativa -como bien lo saben- el próximo 27 de octubre, en Asís, a los 25



años del histórico encuentro en aquel lugar, guiado por mi Predecesor, el Beato Juan Pablo II. Con dicha reunión, mostraremos con sencillez que, como hombres religiosos, ofrecemos nuestra contribución específica para la construcción de un mundo mejor, reconociendo al mismo tiempo que, para la eficacia de nuestras actividades, es necesario crecer en el diálogo y en la estima recíproca.

Con estos sentimientos, renuevo mi cordial saludo y les doy las gracias por este encuentro, que para mi constituye un gran enriquecimiento en esta estancia en mi patria. Gracias por vuestra atención.



ENCUENTRO CON LOS REPRESENTANTES
DEL CONSEJO DE LA
«IGLESIA EVANGÉLICA EN ALEMANIA»

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Antiguo convento agustino de Erfurt

Viernes 23 de septiembre de 2011

Distinguidos Señores y Señoras:

Al tomar la palabra, quisiera ante todo dar gracias de corazón por tener esta ocasión de encontrarnos aquí. Mi particular gratitud a usted, querido hermano presidente Schneider que me ha dado la bienvenida y me ha acogido con sus palabras en medio de ustedes. Usted ha abierto su corazón, ha expresado abiertamente la fe verdaderamente común, el deseo de unidad. Y nosotros estamos alegres, porque considero que esta asamblea, nuestros encuentros, vengán celebrados también como la fiesta de la que obtenemos con la fe común. Quisiera además agradecer a todos, por el don de poder dialogar juntos como cristianos en este histórico lugar.



Como Obispo de Roma, es para mí un momento de profunda emoción encontrarlos aquí, en el antiguo convento agustino de Erfurt. Hemos escuchado que aquí, Lutero estudió teología. Aquí fue ordenado sacerdote. Contra los deseos de su padre, no continuó los estudios de derecho, sino que estudió teología y se encaminó hacia el sacerdocio en la Orden de San Agustín. Y en este camino, no le interesaba esto o aquello. Lo que le quitaba la paz era la cuestión de Dios, que fue la pasión profunda y el centro de su vida y de su camino. “¿Cómo puedo tener un Dios misericordioso?”: Esta pregunta le penetraba el corazón y estaba detrás de toda su investigación teológica y de toda su lucha interior. Para Lutero, la teología no era una cuestión académica, sino una lucha interior consigo mismo, y luego esto se convertía en una lucha sobre Dios y con Dios.

“¿Cómo puedo tener un Dios misericordioso?” No deja de sorprenderme en el corazón que esta pregunta haya sido la fuerza motora de su camino. ¿Quién se ocupa actualmente de esta cuestión, incluso entre los cristianos? ¿Qué significa la cuestión de Dios en nuestra vida, en nuestro anuncio? La mayor parte de la gente, también de los cristianos, da hoy por descontado que, en último término, Dios no se interesa por nuestros pecados y virtudes. Él sabe, en efecto, que todos somos solamente carne. Si hoy se cree aún en un más allá y en un juicio de Dios, en la práctica, casi todos suponemos que Dios deba ser generoso y, al final, en su misericordia, no tendrá en cuenta nuestras pequeñas faltas. La cuestión no nos preocupa más. Pero, ¿son verdaderamente tan pequeñas nuestras faltas? ¿Acaso no se destruye el mundo a causa de la corrupción de los grandes, pero también de los pequeños, que sólo piensan en su propio beneficio? ¿No se destruye a causa del poder de la droga que se nutre, por una parte, del ansia de vida y de dinero, y por otra, de la avidez de placer de quienes son adictos a ella? ¿Acaso no está amenazado por la creciente tendencia a la violencia que se enmascara a menudo con la apariencia de una religiosidad? Si fuese más vivo en nosotros el amor de Dios, y a partir de Él, el amor por el prójimo, por las creaturas de Dios, por los hombres, ¿podrían el hambre y la pobreza devastar zonas enteras del mundo? Y las preguntas en ese sentido podrían continuar. No, el mal no es una nimiedad. No podría ser tan poderoso, si nosotros pusiéramos a Dios realmente en el centro de nuestra vida. La pregunta: ¿Cómo se sitúa Dios respecto a mí, cómo me posiciono yo ante Dios? Esta pregunta candente de Lutero debe convertirse otra vez, y ciertamente de un modo nuevo, también en una pregunta nuestra, no académica, pero concreta. Pienso que esto sea la primera cuestión que nos interpela al encontrarnos con Martín Lutero.



Y después es importante: Dios, el único Dios, el Creador del cielo y de la tierra, es algo distinto de una hipótesis filosófica sobre el origen del cosmos. Este Dios tiene un rostro y nos ha hablado, en Jesucristo hecho hombre, se hizo uno de nosotros; Dios verdadero y verdadero hombre a la vez. El pensamiento de Lutero y toda su espiritualidad eran completamente cristocéntricos. Para Lutero, el criterio hermenéutico decisivo en la interpretación de la Sagrada Escritura era: “Lo que conduce a la causa de Cristo”. Sin embargo, esto presupone que Jesucristo sea el centro de nuestra espiritualidad y que su amor, la intimidad con Él, oriente nuestra vida.

Ahora quizás se podría decir: De acuerdo. Pero, ¿qué tiene esto que ver con nuestra situación ecuménica? ¿No será todo esto solamente un modo de eludir con muchas palabras los problemas urgentes en los que esperamos progresos prácticos, resultados concretos? A este respecto les digo: Lo más necesario para el ecumenismo es sobre todo que, presionados por la secularización, no perdamos casi inadvertidamente las grandes cosas que tenemos en común, aquellas que de por sí nos hacen cristianos y que tenemos como don y tarea. Fue un error de la edad confesional haber visto mayormente aquello que nos separa, y no haber percibido en modo esencial lo que tenemos en común en las grandes pautas de la Sagrada Escritura y en las profesiones de fe del cristianismo antiguo. Éste ha sido para mi el gran progreso ecuménico de los últimos decenios: nos dimos cuenta de esta comunión y, en el orar y cantar juntos, en la tarea común por el ethos cristiano ante el mundo, en el testimonio común del Dios de Jesucristo en este mundo, reconocemos esta comunión como nuestro común fundamento imperecedero.

Indudable, el riesgo de perderla es real. Quisiera señalar brevemente dos aspectos. En los últimos tiempos, la geografía del cristianismo ha cambiado profundamente y sigue cambiando todavía. Ante una nueva forma de cristianismo, que se difunde con un inmenso dinamismo misionero, a veces preocupante en sus formas, las Iglesias confesionales históricas se quedan frecuentemente perplejas. Es un cristianismo de escasa densidad institucional, con poco bagaje racional, menos aún dogmático, y con poca estabilidad. Este fenómeno mundial –que los obispos de todo el mundo continuamente me describen– nos pone a todos ante la pregunta: ¿Qué nos transmite, positiva y negativamente, esta nueva forma de cristianismo? Sea lo que fuere, nos sitúa nuevamente ante la pregunta sobre qué es lo que permanece siempre válido y qué pueda o deba cambiarse ante la cuestión de nuestra opción fundamental en la fe.



Más profundo, y en nuestro país, más candente, es el segundo desafío para todo el cristianismo; quisiera hablar de ello: se trata del contexto del mundo secularizado en el cual debemos vivir y dar testimonio hoy de nuestra fe. La ausencia de Dios en nuestra sociedad se nota cada vez más, la historia de su revelación, de la que nos habla la Escritura, parece relegada a un pasado que se aleja cada vez más. ¿Acaso es necesario ceder a la presión de la secularización, llegar a ser modernos adulterando la fe? Naturalmente, la fe tiene que ser nuevamente pensada y, sobre todo, vivida, hoy de modo nuevo, para que se convierta en algo que pertenece al presente. Ahora bien, a ello no ayuda su adulteración, sino vivirla íntegramente en nuestro hoy. Esto es una tarea ecuménica central. En el cual debemos ayudarnos mutuamente, a creer cada vez más viva y profundamente. No serán las tácticas las que nos salven, las que salven el cristianismo, sino una fe pensada y vivida de un modo nuevo, mediante la cual Cristo, y con Él, el Dios viviente, entre en nuestro mundo. Como los mártires de la época nazista propiciaron nuestro acercamiento recíproco, suscitando la primera apertura ecuménica, del mismo modo también hoy la fe, vivida a partir de lo íntimo de nosotros mismos, en un mundo secularizado, será la fuerza ecuménica más poderosa que nos congregará, guiándonos a la unidad en el único Señor. Y por esto la plegaria para aprender de nuevo a vivir la fe para poder así ser una sola cosa.



CELEBRACIÓN ECUMÉNICA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Iglesia del antiguo convento de los agustinos de Erfurt

Viernes 23 de septiembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

“No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos” (Jn 17, 20): Así, en el Cenáculo, lo ha dicho Jesús al Padre. Él intercede por las futuras generaciones de creyentes. Mira más allá del Cenáculo hacia el futuro. Ha rezado también por nosotros y reza por nuestra unidad. Esta oración de Jesús no es simplemente algo del pasado. Él está siempre ante el Padre intercediendo por nosotros, y así está en este momento entre nosotros y quiere atraernos a su oración. En la oración de Jesús está el lugar interior, de nuestra unidad. Seremos, pues una sola cosa, si nos dejamos atraer dentro de esta oración. Cada vez que, como cristianos, nos encontramos reunidos en la oración, esta lucha de Jesús por nosotros y con el Padre nos debería conmover profundamente en el corazón. Cuanto más nos dejamos atraer en esta dinámica, tanto más se realiza la unidad.



La oración de Jesús ¿ha quedado desoída? La historia del cristianismo es, por así decirlo, la parte visible de este drama, en la que Cristo lucha y sufre con los seres humanos. Una y otra vez Él debe soportar el rechazo a la unidad, y aun así, una y otra vez se culmina la unidad con Él, y en Él con el Dios Trinitario. Debemos ver ambas cosas: el pecado del hombre, que reniega a Dios y se repliega en sí mismo, pero también las victorias de Dios, que sostiene la Iglesia no obstante su debilidad y atrae continuamente a los hombres dentro de sí, acercándolos de este modo los unos a los otros. Por eso, en un encuentro ecuménico, no debemos lamentar solo las divisiones y las separaciones, sino agradecer a Dios por todos los elementos de unidad que ha conservado para nosotros y que continuamente nos da. Gratitud que debe ser al mismo tiempo disponibilidad para no perder la unidad alcanzada, en medio de un tiempo de tentación y de peligros.

La unidad fundamental consiste en el hecho que creemos en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Que lo profesamos como Dios Trinitario: Padre, Hijo y Espíritu Santo. La unidad suprema no es la soledad monádica, sino unidad a través del amor. Creemos en Dios, en el Dios concreto. Creemos que Dios nos ha hablado y se ha hecho uno de nosotros. La tarea común que actualmente tenemos, es dar testimonio de este Dios vivo.

El hombre tiene necesidad de Dios, o ¿acaso las cosas van bien sin Él? Cuando en una primera fase de la ausencia de Dios, su luz sigue mandando sus reflejos y mantiene unido el orden de la existencia humana, se tiene la impresión que las cosas funcionan bastante bien incluso sin Dios. Pero cuanto más se aleja el mundo de Dios, tanto más resulta claro que el hombre, en el hybris del poder, en el vacío del corazón y en el ansia de satisfacción y de felicidad, “pierde” cada vez más la vida. La sed de infinito esta presente en el hombre de tal manera que no se puede extirpar. El hombre ha sido creado para relacionarse con Dios y tiene necesidad de Él. En este tiempo, nuestro primer servicio ecuménico debe ser el testimoniar juntos la presencia del Dios vivo y dar así al mundo la respuesta que necesita. Naturalmente, de este testimonio fundamental de Dios forma parte, y de modo absolutamente central, el dar testimonio de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, que vivió entre nosotros, padeció y murió por nosotros, y que en su resurrección ha abierto totalmente la puerta de la muerte. Queridos amigos, ¡fortifiquémonos en está fe! ¡Ayudémonos recíprocamente a vivirla! Esta es una gran tarea ecuménica que nos introduce en el corazón de la oración de Jesús.



La seriedad de la fe en Dios se manifiesta en vivir su palabra. En nuestro tiempo, se manifiesta de una forma muy concreta, en el compromiso por esta criatura, por el hombre, que Él quiso a su imagen. Vivimos en un tiempo en que los criterios de cómo ser hombres se han hecho inciertos. La ética viene sustituida con el calculo de las consecuencias. Frente a esto, como cristianos, debemos defender la dignidad inviolable del ser humano, desde la concepción hasta la muerte, desde las cuestiones de la diagnosis previa a su implantación hasta la eutanasia. “Solo quien conoce a Dios, conoce al hombre”, dijo una vez Romano Guardini. Sin el conocimiento de Dios, el hombre se hace manipulable. La fe en Dios debe concretarse en nuestro común trabajo por el hombre. Forman parte de esta tarea no sólo estos criterios fundamentales de humanidad sino, sobre todo y de modo concreto, el amor que Jesucristo nos ha enseñado en la descripción del Juicio Final (cf. Mt 25): el Dios juez nos juzgará según nos hayamos comportado con nuestro prójimo, con los más pequeños de sus hermanos. La disponibilidad para ayudar en las necesidades actuales, más allá del propio ambiente de vida es una obra esencial del cristiano.

Esto vale sobre todo, como he dicho, en el ámbito de la vida personal de cada uno. Pero vale también en la comunidad de un pueblo o de un Estado, en la que todos debemos hacernos cargo los unos de los otros. Vale para nuestro Continente, en el que estamos llamados a la solidaridad europea. Y, en fin, vale más allá de todas las fronteras: la caridad cristiana exige hoy también nuestro compromiso por la justicia en el mundo entero. Sé que de parte de los alemanes y de Alemania se trabaja mucho por hacer posible a todos una existencia humanamente digna, por lo que expreso una palabra de viva gratitud.

Para concluir, quisiera detenerme todavía en una dimensión más profunda de nuestra obligación de amar. La seriedad de la fe se manifiesta sobre todo cuando esta inspira a ciertas personas a ponerse totalmente a disposición de Dios y, a partir de Dios, a los demás. Las grandes ayudas se hacen concretas solamente cuando sobre el lugar existen aquellos que están a total disposición de los otros, y con ello hacen creíble el amor de Dios. Personas así son un signo importante para la verdad de nuestra fe.

A la vigilia de mi visita, se ha hablado varia veces de que se espera de tal visita un don ecuménico del huésped. No es necesario que yo especifique los dones mencionados en tal contexto. A este respecto, quisiera decir que esto, como se ve en la mayor parte de los casos, constituye un malentendido político de la fe y del

ecumenismo. Cuando un jefe de estado visita un país amigo, generalmente preceden contactos entre las instancias, que preparan la estipulación de uno o más acuerdos entre los dos estados: en la ponderación de los ventajas y desventajas se llega al compromiso que, al fin, aparece ventajoso para ambas partes, de manera que el tratado puede ser firmado. Pero la fe de los cristianos no se basa en una ponderación de nuestras ventajas y desventajas. Una fe autoconstruida no tiene valor. La fe no es una cosa que nosotros excogitamos y concordamos. Es el fundamento sobre el cual vivimos. La unidad no crece mediante la ponderación de ventajas y desventajas, sino profundizando cada vez más en la fe mediante el pensamiento y la vida. De esta forma, en los últimos 50 años, y en particular también en la visita del Papa Juan Pablo II, hace 30 años, ha crecido mucho la comunión de la cual podemos estar agradecidos. Me es grato recordar el encuentro con la comisión presidida por el Obispo Lohse, en la cual nos hemos ejercitado juntos en este profundizar en la fe mediante el pensamiento y la vida. Expreso vivo agradecimiento a todos aquellos que han colaborado en esto, por la parte católica, de modo particular, al Cardenal Lehmann. No menciono otros nombres, el Señor los conoce a todos. Juntos podemos agradecer al Señor por el camino de la unidad por el que nos ha conducido, y asociarnos en humilde confianza a su oración: Haz, que todos seamos uno, como Tú eres uno con el Padre, para que el mundo crea que Él te ha enviado (cf. Jn 17, 21).



VÍSPERAS MARIANAS

PALABRAS DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Santuario de Etzelsbach

Viernes 23 de septiembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Saludo de todo corazón a todos los que habéis venido aquí, a Etzelsbach, para esta hora de oración. He oído hablar tanto de Eichsfeld desde mi juventud, que he pensado: alguna vez debo verlo y rezar con vosotros. Doy las gracias cordialmente al Obispo Wanke, que ya durante el vuelo me ha presentado vuestra región, así como a vuestro portavoz y representantes, que me han ofrecido dones simbólicos de vuestra tierra, a la vez que me han dado al menos una idea de la variedad de esta región.

Así, pues, me siento muy feliz de que se haya cumplido mi deseo de visitar Eichsfeld y de dar gracias con vosotros a la Virgen María en Etzelsbach. “Aquí en el querido valle tranquilo” –dice un canto de los peregrinos– y “bajo los viejos tilos”,



María nos da seguridad y nuevas fuerzas. En dos dictaduras impías que han tratado de arrancar a los hombres su fe tradicional, las gentes de Eichsfeld estaban convencidas de encontrar aquí, en el santuario de Etzelsbach, una puerta abierta y un lugar de paz interior. Queremos continuar la amistad especial con María, amistad que se ha acrecentado con todo esto, y la queremos continuar, también con esta celebración de las Vísperas marianas de hoy.

Cuando los cristianos se dirigen a María en todos los tiempos y lugares, se dejan guiar por la certeza espontánea de que Jesús no puede rechazar las peticiones que le presenta su Madre; y se apoyan en la confianza inquebrantable de que María es también Madre nuestra; una Madre que ha experimentado el sufrimiento más grande de todos, que se da cuenta de todas nuestras dificultades y piensa de modo materno cómo superarlas. Cuántas personas han ido en el transcurso de los siglos en peregrinación a María para encontrar ante la imagen de la Dolorosa, como aquí en Etzelsbach, consuelo y alivio.

Contemplemos su imagen. Una mujer de mediana edad, con los párpados hinchados de tanto llorar, y al mismo tiempo una mirada absorta, fija en la lejanía, como si estuviese meditando en su corazón sobre todo lo que había sucedido. Sobre su regazo reposa el cuerpo exánime del Hijo; Ella lo aprieta delicadamente y con amor, como un don precioso. Sobre el cuerpo desnudo del Hijo vemos los signos de la crucifixión. El brazo izquierdo del Crucificado cae verticalmente hacia abajo. Quizás, esta escultura de la Piedad, como a menudo era costumbre, estaba originalmente colocada sobre un altar. Así, el Crucificado señala con su brazo derecho a lo que sucede sobre el altar, donde el santo sacrificio que llevó a cabo se actualiza en la Eucaristía.

Una particularidad de la imagen milagrosa de Etzelsbach es la posición del Crucificado. En la mayor parte de las representaciones de la Piedad, el cuerpo sin vida de Jesús yace con la cabeza vuelta hacia la izquierda. De esta forma, el que lo contempla puede ver su herida del costado. Aquí en Etzelsbach, en cambio, la herida del costado está escondida, ya que el cadáver está orientado hacia el otro lado. Creo que dicha representación encierra un profundo significado, que se revela solamente en una atenta contemplación: en la imagen milagrosa de Etzelbach, los corazones de Jesús y de su Madre se dirigen uno al otro; los corazones se acercan. Se intercambian recíprocamente su amor. Sabemos que el corazón es también el órgano de la sensibilidad más profunda para el otro, así como de la íntima compa-



sión. En el corazón de María encuentra cabida el amor que su divino Hijo quiere ofrecer al mundo.

La devoción mariana se concentra en la contemplación de la relación entre la Madre y su divino Hijo. Los fieles, en la oración, en las pruebas, en la gratitud y en la alegría, han encontrado siempre nuevos aspectos y títulos que nos pueden abrir a este misterio como, por ejemplo, la imagen del Corazón Inmaculado de María, símbolo de la unidad profunda y sin reservas con Cristo en el amor. No es la autorrealización, el querer poseer y construirse a sí mismo, la que lleva a la persona a su verdadero desarrollo, un aspecto que hoy se propone como modelo de la vida moderna, pero que fácilmente se convierte en una forma de egoísmo refinado. Es más bien la actitud del don de sí, la renuncia a sí mismo, lo que orienta hacia el corazón de María, y con ello hacia el corazón de Cristo, así como hacia el prójimo; y sólo en este modo hace que nos encontremos con nosotros mismos.

“A los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio” (Rm 8, 28): lo acabamos de escuchar en la lectura tomada de la Carta a los Romanos. En María, Dios ha hecho confluir todo el bien y, por medio de Ella, no cesa de difundirlo ulteriormente en el mundo. Desde la Cruz, desde el trono de la gracia y la redención, Jesús ha entregado a los hombres como Madre a María, su propia Madre. En el momento de su sacrificio por la humanidad, Él constituye en cierto modo a María, mediadora del flujo de gracia que brota de la Cruz. Bajo la Cruz, María se hace compañera y protectora de los hombres en el camino de su vida. “Con su amor de Madre cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y viven entre angustias y peligros hasta que lleguen a la patria feliz” (Lumen gentium, 62), como ha dicho el Concilio Vaticano II. Sí, en la vida pasamos por vicisitudes alternas, pero María intercede por nosotros ante su Hijo y nos ayuda a encontrar la fuerza del amor divino del Hijo y de abrimos a él.

Nuestra confianza en la intercesión eficaz de la Madre de Dios y nuestra gratitud por la ayuda que experimentamos continuamente llevan consigo de algún modo el impulso a dirigir la reflexión más allá de las necesidades del momento. ¿Qué quiere decirnos verdaderamente María cuando nos salva de un peligro? Quiere ayudarnos a comprender la amplitud y profundidad de nuestra vocación cristiana. Quiere hacernos comprender con maternal delicadeza que toda nuestra vida debe ser una respuesta al amor rico en misericordia de nuestro Dios. Como si nos dijera: Entiende que Dios, que es la fuente de todo bien y no quiere otra cosa que tu verdadera felicidad, tiene el derecho de exigirte una vida que se abandone total-



mente y con alegría a su voluntad, y se esfuerce en que los otros hagan lo mismo. “Donde está Dios, allí hay futuro”. En efecto: donde dejamos que el amor de Dios actúe totalmente sobre nuestra vida y en nuestra vida, allí se abre el cielo. Allí, es posible plasmar el presente, de modo que se ajuste cada vez más a la Buena Noticia de nuestro Señor Jesucristo. Allí, las pequeñas cosas de la vida cotidiana alcanzan su sentido y los grandes problemas encuentran su solución.

Con esta certeza imploramos a María, con esta certeza creemos en Jesucristo, nuestro Señor y nuestro Dios. Amén.





CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Plaza de la Catedral, Erfurt

Queridos hermanos y hermanas:

“Alabad al Señor en todo tiempo, porque es bueno”. Así acabamos de cantar antes del Evangelio. Sí, tenemos verdaderamente motivos para dar gracias a Dios de todo corazón. Si en esta ciudad volviéramos con el pensamiento a 1981, el año jubilar de santa Isabel, hace treinta años, en tiempos de la República Democrática Alemana, ¿quién habría imaginado que el muro y las alambradas de las fronteras habrían caído pocos años después? Y si fuéramos todavía más atrás, cerca de setenta años, hasta 1941, en tiempos del nacionalsocialismo, de la Gran Guerra, ¿quién habría podido predecir que el “Reich milenario” quedaría reducido a cenizas cuatro años después?

Queridos hermanos y hermanas, aquí en Turingia, y en la entonces República Democrática Alemana, tuvisteis que soportar una dictadura “oscura” [nacista] y



una roja [comunista], que para la fe cristiana fueron como una lluvia ácida. Muchas consecuencias tardías de ese tiempo han de ser aún asimiladas, sobre todo en la mentalidad y en el ámbito religioso. Actualmente, la mayoría de la gente en esta tierra vive lejana de la fe en Cristo y de la comunión de la Iglesia. Los últimos dos decenios, sin embargo, tienen también experiencias positivas: un horizonte más amplio, un cambio más allá de las fronteras, una confiada certeza de que Dios no nos abandona y nos conduce por nuevos caminos. “Donde está Dios, allí hay futuro”.

Todos estamos convencidos de que la nueva libertad ha ayudado a dar a los hombres una mayor dignidad y a abrir muchas nuevas posibilidades. Desde el punto de vista de la Iglesia, podemos subrayar con agradecimiento muchos beneficios: nuevas posibilidades para las actividades parroquiales, la reestructuración y ampliación de iglesias y centros parroquiales, iniciativas pastorales o culturales diocesanas. Pero, naturalmente, también se nos plantea una pregunta: estas posibilidades, ¿nos han llevado también a un incremento de la fe? Las raíces de la fe y de la vida cristiana, ¿acaso no se han de buscar en algo más hondo que la libertad social? Muchos católicos convencidos han permanecido fieles a Cristo y a la Iglesia en la difícil situación de una opresión exterior. Y nosotros, ¿dónde estamos hoy? Ellos han aceptado desventajas personales con tal de vivir su propia fe. Quisiera dar las gracias aquí a los sacerdotes, así como a sus colaboradores y colaboradoras de aquellos tiempos. En particular, quisiera recordar la pastoral de los refugiados inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial: entonces, muchos eclesiásticos y laicos emprendieron grandes iniciativas para aliviar la penosa situación de los prófugos y darles una nueva Patria. Y, cómo no, un agradecimiento sincero a los padres que, en medio de la diáspora y en un ambiente político hostil a la Iglesia, educaron a sus hijos en la fe católica. Quiero recordar con gratitud las Semanas Religiosas para los niños durante las vacaciones, así como también el trabajo fructuoso de las casas para la juventud católica “San Sebastián”, en Erfurt, y “Marcel Callo”, en Heiligenstadt. Especialmente en Eichsfeld, muchos católicos resistieron a la ideología comunista. Que Dios recompense a todos abundantemente por la perseverancia en la fe. El testimonio valiente y el vivir paciente con Él, la confianza constante en la providencia de Dios, son como una semilla valiosa que promete un fruto abundante para el futuro.

La presencia de Dios se manifiesta siempre de modo particularmente claro en los santos. Su testimonio de fe puede darnos también hoy la fuerza para un nuevo despertar. Pensamos ahora, sobre todo, en los santos Patronos de la Diócesis de Erfurt: Isabel de Turingia, Bonifacio y Kilian. Isabel vino a Wartburg, en Turingia, de



un país extranjero, de Hungría. Llevó una intensa vida de oración, unida a la penitencia y a la pobreza evangélica. Bajaba regularmente de su castillo, en la ciudad de Eisenach, para cuidar personalmente a los pobres y enfermos. Su vida en esta tierra fue breve – llegó sólo a los veinticuatro años –, pero el fruto de su santidad se extiende a través de los siglos. Santa Isabel es muy estimada también por los cristianos evangélicos; puede ayudarnos a todos nosotros a descubrir la plenitud de la fe, su belleza, su profundidad y su fuerza transformadora y purificadora, y a ponerla en práctica en nuestra vida cotidiana.

También la fundación de la Diócesis de Erfurt por san Bonifacio, en el año 742, remite a las raíces cristianas de nuestro país. Este acontecimiento es al mismo tiempo la primera mención documentada de la ciudad de Erfurt. El Obispo misionero Bonifacio había llegado de Inglaterra, y de su estilo de trabajar formaba parte el actuar en unión esencial y estrecha relación con el Obispo de Roma, el Sucesor de san Pedro. Sabía que la Iglesia debe estar unida en torno a Pedro. Lo veneramos como el “Apóstol de Alemania”; murió mártir. Dos de sus compañeros, que compartieron con él el testimonio del derramamiento de la sangre por la fe cristiana, están enterrados aquí, en la Catedral de Erfurt: son los santos Eoban y Adelar.

Antes aún que los misioneros anglosajones, en Turingia trabajó san Kilian, un misionero itinerante venido de Irlanda. Murió mártir en Würzburg junto con dos compañeros, porque criticaba el comportamiento moralmente equivocado del duque de Turingia, residente allí. Y no queremos olvidar a san Severo, patrón de Severikirche, aquí en la plaza de la Catedral. Fue obispo de Rávena en el siglo cuarto; en el año 836, su cuerpo fue trasladado a Erfurt, para arraigar más profundamente la fe cristiana en esta región. En efecto, de estos muertos partía el testimonio vivo de la Iglesia que perdura en el tiempo; de la fe que fecunda cada época y nos indica el camino de la vida.

Preguntémonos ahora: ¿Qué es lo que tienen en común estos santos? ¿Cómo podemos describir el aspecto particular de su vida y comprender que nos afecta y puede incidir en nuestra vida? Los santos nos muestran ante todo que es posible y bueno vivir en relación con Dios y vivirlo de modo radical, ponerlo en primer lugar y no relegarle solamente a un ángulo cualquiera. Los santos nos muestran de manera evidente que Dios ha sido el primero que se ha dirigido a nosotros. Nosotros no podríamos llegar hasta Él, lanzarnos en cierto modo hacia lo que desconocemos, si antes no nos hubiera amado, si no hubiera primero salido a nuestro encuentro. Después de haber venido ya al encuentro de los Padres con las palabras de la



llamada, Él mismo se nos ha manifestado en Jesucristo, y en Él continúa mostrándose a nosotros. Cristo sale a nuestro encuentro también hoy, habla a cada uno, como lo acaba de hacerlo en el Evangelio, e invita a cada uno de nosotros a escucharlo, a aprender a comprender y a seguirlo. Los santos han tomado en serio esta invitación, han reconocido al Dios concreto, lo han visto y escuchado; han ido a su encuentro y han caminado con Él; se han dejado contagiar por Él, por decirlo así, y se han orientado hacia Él desde lo íntimo de su ser – en el continuo diálogo de la oración –, y de Él han recibido la luz que abre a la vida verdadera.

La fe es siempre y esencialmente un creer junto con los otros. Nadie puede creer por sí solo. Recibimos la fe mediante la escucha, nos dice san Pablo. Y la escucha es un proceso de estar juntos de manera física y espiritual. Únicamente puedo creer en la comunión de los fieles de todos los tiempos que han encontrado a Cristo y que han sido encontrados por Él. El poder creer se lo debo ante todo a Dios que se dirige a mí y, por decirlo así, “enciende” mi fe. Pero muy concretamente, debo mi fe a los que me son cercanos y han creído antes que yo y creen conmigo. Este gran “con”, sin el cual no es posible una fe personal, es la Iglesia. Y esta Iglesia no se detiene ante las fronteras de los países, como lo demuestran las nacionalidades de los santos que he mencionado: Hungría, Inglaterra, Irlanda e Italia. Esto pone de relieve la importancia del intercambio espiritual que se extiende a través de toda la Iglesia. Sí, ha sido fundamental para el desarrollo de la Iglesia en nuestro país, y sigue siendo fundamental en todos los tiempos, que creamos juntos en todos los Continentes, y que aprendamos unos de otros a creer. Si nos abrimos a la fe íntegra, en la historia entera y en los testimonios de toda la Iglesia, entonces la fe católica tiene futuro también como fuerza pública en Alemania. Al mismo tiempo, las figuras de los santos de los que he hablado nos muestran la gran fecundidad con Dios, la fertilidad de este amor radical a Dios y al prójimo. Los grandes santos, aun allí donde son pocos, cambian el mundo. Y los grandes santos siguen siendo fuerza transformadora en todos los tiempos.

De esta manera, los cambios políticos del año 1989 en nuestro país no fueron motivados sólo por el deseo de bienestar y de libertad de movimiento, sino, y decisivamente, por el deseo de veracidad. Este anhelo se mantuvo vivo, entre otras cosas, por personas totalmente dedicadas al servicio de Dios y del prójimo, dispuestas a sacrificar su propia vida. Ellos y los santos que hemos recordado nos animan a aprovechar la nueva situación. No queremos escondernos en una fe meramente privada, sino que queremos usar de manera responsable la libertad lograda. Como los santos Kilian, Bonifacio, Adelar, Eoban e Isabel di Turingia, queremos



salir al encuentro de nuestros conciudadanos como cristianos, e invitarlos a descubrir con nosotros la plenitud de la Buena Nueva, su presencia, su fuerza vital y su belleza. Entonces seremos como la famosa campana de la Catedral de Erfurt, que lleva el nombre de “Gloriosa”. Se considera la campana medieval más grande del mundo que oscila libremente. Es un signo vivo de nuestro profundo enraizamiento en la tradición cristiana, pero también un llamamiento a ponernos en camino y comprometernos en la misión. Sonará también hoy al final de la Misa solemne. Que nos aliente a hacer visible y audible – según el ejemplo de los santos – el testimonio de Cristo, a hacer audible y visible la gloria de Dios y, así, a vivir en un mundo en el que Dios está presente y hace la vida hermosa y rica de significado. Amén.





SALUDO A LA CIUDADANÍA DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Münsterplatz de Friburgo de Brisgovia

Sábado 24 de septiembre de 2011

Queridos amigos:

Os saludo a todos con gran alegría y os agradezco la cordial acogida que me habéis dispensado. Tras los hermosos encuentros en Berlín y Erfurt, me alegra estar ahora con vosotros en Friburgo, a la luz y el calor del sol. Doy las gracias especialmente a vuestro querido Arzobispo Robert Zollitsch por su invitación – ha insistido tanto que, al final, he debido decir: he de ir verdaderamente a Friburgo – así como por sus palabras de bienvenida.

“Donde está Dios, allí hay futuro”; así reza el lema de estas jornadas. Como Sucesor del Apóstol Pedro, al que el Señor encomendó en el cenáculo precisamente el encargo de reafirmar a los hermanos (cf. Lc 22,32), vengo con gusto a estar con vosotros en esta bella ciudad para rezar juntos, proclamar la Palabra de Dios y



celebrar juntos la Eucaristía. Os pido que recéis para que estos días sean fructíferos, de modo que Dios confirme nuestra fe, fortalezca nuestra esperanza y acreciente nuestro amor. Que en estos días lleguemos a ser nuevamente conscientes de lo mucho que Dios nos ama y de que Él es verdaderamente bueno. Por eso hemos de estar llenos de confianza de que Él es bueno para con nosotros, tiene un poder bueno y nos lleva en sus manos; a nosotros y a todo lo que mueve nuestro corazón y es importante para nosotros. Y queremos ponerlo conscientemente en sus manos. En Él, nuestro futuro está asegurado. Él da sentido a nuestra vida y puede llevarla a plenitud. El Señor os acompañe en la paz y os haga mensajeros de su paz. Gracias de corazón por la acogida.



ENCUENTRO CON REPRESENTANTES DE LAS
IGLESIAS ORTODOXAS
Y ORTODOXAS ORIENTALES

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Hörsaal del Seminario de Friburgo de Brisgovia

Sábado 24 de septiembre de 2011

Eminencias, Excelencias,
Venerables representantes de las Iglesias ortodoxas y ortodoxas orientales

Me alegra mucho que hoy estemos aquí reunidos. Les agradezco de todo corazón su presencia y la posibilidad de este intercambio amigable. Le agradezco en particular a usted, Metropolitano Augoustinos, sus hondas palabras. Me ha impresionado sobre todo lo que ha dicho de la Madre de Dios y los santos, que abrazan y unen todos los siglos. En este contexto, me complace repetir lo que he dicho en otras ocasiones: sin duda, entre las Iglesias y las comunidades cristianas, la Ortodoxia es la más cercana teológicamente a nosotros; católicos y ortodoxos han conser-



vado la misma estructura de la Iglesia de los orígenes; en este sentido, todos nosotros somos “Iglesia de los orígenes” que, no obstante, sigue siendo presente y nueva. Por eso nos atrevemos a esperar que no esté muy lejano el día en que podamos celebrar de nuevo juntos la Eucaristía, aunque desde el punto de vista humano surjan repetidamente dificultades (cf. Luz del Mundo. Una conversación con Peter Seewald, pp. 99s).



La Iglesia católica – y yo personalmente – sigue con interés y simpatía el desarrollo de las comunidades ortodoxas en Europa occidental, que han tenido un notable crecimiento. Actualmente, viven en Alemania – así he oído – aproximadamente un millón seiscientos mil cristianos ortodoxos y ortodoxos orientales. Se han convertido en parte constitutiva de la sociedad, contribuyendo a hacer más vivo el patrimonio de las culturas cristianas y de la fe cristiana en Europa. Me alegra la intensificación de la colaboración panortodoxa, que en los últimos años ha hecho progresos esenciales. La fundación de las Conferencias Episcopales Ortodoxas – de las que usted ha hablado –, allí donde las Iglesias Ortodoxas se encuentran en la diáspora, es expresión de las relaciones sólidas dentro de la Ortodoxia. Me alegra que el año pasado se haya dado en Alemania este paso. Que las experiencias que se viven en estas Conferencias Episcopales refuercen la unión entre las Iglesias ortodoxas y hagan avanzar los esfuerzos en favor de un concilio panortodoxo.



Desde que era profesor en Bonn y especialmente luego, siendo Arzobispo de Múnich y Frisinga, pude conocer y apreciar cada vez más en profundidad la Ortodoxia por la amistad personal con representantes de las Iglesias ortodoxas. En aquel tiempo, se inició también el trabajo de la Comisión conjunta de la Conferencia Episcopal Alemana y de la Iglesia Ortodoxa. Desde entonces, con sus textos dedicados a cuestiones pastorales y prácticas, promueve la comprensión recíproca y contribuye a consolidar y desarrollar las relaciones católico-ortodoxas en Alemania.

Es igualmente importante continuar el trabajo para aclarar las diferencias teológicas, pues su superación es indispensable para el restablecimiento de la unidad plena, que deseamos y por la que oramos. Sabemos que, sobre todo, es la cuestión del primado en torno a la cual hemos de continuar, con paciencia y humildad, los esfuerzos en el debate para su justa comprensión. Pienso que en esto pueden darnos aún impulsos fructuosos las reflexiones acerca del discernimiento entre la naturaleza y la forma del ejercicio del primado que hizo el Papa Juan Pablo II en la Encíclica *Ut unum sint* (n. 95).



Veo también con gratitud el trabajo de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas orientales. Estoy contento, veneradas Eminencias y venerables representantes de las Iglesias Ortodoxas orientales, de encontrar con ustedes a los representantes de las Iglesias implicadas en este diálogo. Los resultados obtenidos hacen crecer la recíproca comprensión y el acercamiento mutuo.

En la actual tendencia de nuestro tiempo, en que son bastantes los que quieren, por decirlo así, “liberar” de Dios a la vida pública, las Iglesias cristianas en Alemania – entre las cuales están también los cristianos ortodoxos y ortodoxos orientales –, fundadas en la fe en el único Dios y Padre de todos los hombres, caminan juntas por la senda de un testimonio pacífico para la comprensión y la comunión entre los pueblos. Al hacer esto, no dejan de poner el milagro de la encarnación de Dios en el centro del anuncio. Conscientes de que sobre este milagro se funda toda la dignidad de la persona, se comprometen juntas en la protección de la vida humana desde su concepción hasta su muerte natural. La fe en Dios, creador de la vida, y el permanecer absolutamente fieles a la dignidad de cada persona fortalece a los cristianos para oponerse decididamente a cualquier intervención que manipule y seleccione la vida humana. Además, conociendo el valor del matrimonio y de la familia, nos preocupa como cristianos, como algo importante, proteger de toda interpretación errónea la integridad y la singularidad del matrimonio entre un hombre y una mujer. Este compromiso común de los cristianos, entre los que se encuentran los fieles ortodoxos y ortodoxos orientales, ofrece una contribución valiosa a la edificación de una sociedad que puede tener futuro, en la cual se dé el debido respeto a la persona humana.

Al concluir, quisiera volver la mirada a María – usted nos la ha presentado como Panaghia –, a la Hodegetria, la “guía del camino”, que es venerada también en Occidente bajo el título de “Nuestra Señora del Camino”. La Santísima Trinidad ha dado a María, la Virgen Madre, a la humanidad para que Ella, con su intercesión, nos guíe a través del tiempo y nos indique el camino hacia su cumplimiento. A Ella nos encomendamos y presentamos nuestra petición de llegar a ser en Cristo una comunidad cada vez más íntimamente unida, para alabanza y gloria de su Nombre. Gracias.

ENCUENTRO CON EL CONSEJO
DEL COMITÉ CENTRAL
DE LOS CATÓLICOS ALEMANES (ZDK)

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Hörsaal del Seminario de Friburgo de Brisgovia

Sábado 24 de septiembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Me es grato tener la oportunidad de encontrarme con ustedes aquí, en Friburgo, Miembros del Consejo del Comité Central de los Católicos Alemanes. Con gozo les manifiesto mi aprecio por su compromiso en sostener públicamente los intereses de los católicos y en dar impulso a la obra apostólica de la Iglesia y de los católicos en la sociedad. Al mismo tiempo, quisiera agradecerle, querido señor Presidente Glück, sus amables palabras, con las que ha dicho muchas cosas importantes y dignas de reflexión.



Queridos amigos, desde hace años existen los denominados programas exposure para ayudar a los países en vías de desarrollo. Personas responsables del mundo de la política, de la economía y de la Iglesia viven por un cierto tiempo con los pobres en África, Asia o América Latina, y comparten con ellos su vida cotidiana. Al ponerse en la situación en que viven estas personas ven el mundo con sus ojos y sacan de esa experiencia, una lección válida para la propia actuación solidaria.

Imaginémonos que este programa exposure tuviese lugar en Alemania. Expertos llegados de un país lejano vendrían a vivir con una familia alemana media durante una semana. Aquí admirarían muchas cosas, como el bienestar, el orden y la eficacia. Pero, con una mirada sin prejuicios, constatarían también mucha pobreza, pobreza en las relaciones humanas y en el ámbito religioso.

Vivimos en un tiempo caracterizado en gran parte por un relativismo subliminal que penetra todos los ambientes de la vida. A veces, este relativismo llega a ser batallador, arremetiendo contra quienes dicen saber dónde se encuentra la verdad o el sentido de la vida.

Y notamos cómo este relativismo ejerce cada vez más un influjo sobre las relaciones humanas y sobre la sociedad. Esto se manifiesta en la inconstancia y discontinuidad de tantas personas y en un excesivo individualismo. Hay quien parece incapaz de renunciar a nada en absoluto o a sacrificarse por los demás. También está disminuyendo el compromiso altruista por el bien común, en el campo social y cultural, o en favor de los necesitados. Otros ya no son idóneos para unirse de manera incondicional a un partner. Ya casi no se encuentra la valentía de prometer fidelidad para toda la vida; el valor de optar y decir: “yo ahora te pertenezco totalmente”, o de buscar con sinceridad la solución de los problemas comprometiéndose con decisión por la fidelidad y la veracidad.

Queridos amigos, en el programa exposure, al análisis sigue la reflexión común. Esta elaboración debe considerar a la persona humana en su totalidad, de la que forma parte – no sólo implícita, sino precisamente explícita - su relación con el Creador.

Vemos que en nuestro opulento mundo occidental hay carencias. A muchos les falta la experiencia de la bondad de Dios. No encuentran un punto de contacto con las Iglesias institucionales y sus estructuras tradicionales. Pero, ¿por qué? Pien-



so que ésta es una pregunta sobre la que debemos reflexionar muy seriamente. Ocuparse de ella es la tarea principal del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización. Pero, evidentemente, se dirige a todos nosotros. Permitidme afrontar aquí un aspecto de la específica situación alemana. La Iglesia está organizada de manera óptima. Pero, detrás de las estructuras, ¿hay una fuerza espiritual correspondiente, la fuerza de la fe en el Dios vivo? Debemos decir sinceramente que hay un desfase entre las estructuras y el Espíritu. Y añado: La verdadera crisis de la Iglesia en el mundo occidental es una crisis de fe. Si no llegamos a una verdadera renovación en la fe, toda reforma estructural será ineficaz.

Pero volvamos a estas personas a quienes falta la experiencia de la bondad de Dios. Necesitan lugares donde poder hablar de su nostalgia interior. Y aquí estamos llamados a buscar nuevos caminos de evangelización. Uno de estos caminos podrían ser pequeñas comunidades donde se vive la amistad que se profundiza regularmente en la adoración comunitaria de Dios. Aquí hay personas que hablan de sus pequeñas experiencias de fe en su puesto de trabajo y en el ámbito familiar o entre sus conocidos, testimoniando de este modo un nuevo acercamiento de la Iglesia a la sociedad. A ellos les resulta claro que todos tienen necesidad de este alimento de amor, de la amistad concreta con los otros y con Dios. Pero sigue siendo importante la relación con la sabiduría vital de la Eucaristía, porque sin Cristo no podemos hacer nada (cf. Jn 15, 5).

Queridos hermanos y hermanas, que el Señor nos indique el camino para ser siempre luz del mundo y para mostrar a nuestro prójimo el camino hacia el manantial



VIGILIA DE ORACIÓN CON LOS JÓVENES

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Feria de Friburgo de Brisgovia

Sábado 24 de septiembre de 2011

Queridos jóvenes amigos:

Durante todo el día he pensado con gozo en esta noche, en la que estaría aquí con vosotros, unidos en la oración. Algunos habéis participado tal vez en la Jornada Mundial de la Juventud, donde experimentamos esa atmósfera especial de tranquilidad, de profunda comunión y de alegría interior que caracteriza una vigilia nocturna de oración. Espero que también todos nosotros podamos tener esa misma experiencia en este momento en el que el Señor nos toca y nos hace testigos gozosos, que oran juntos y se hacen responsables los unos de los otros, no solamente esta noche, sino también durante toda la vida.

En todas las iglesias, en las catedrales y conventos, en cualquier lugar donde los fieles se reúnen para celebrar la Vigilia pascual, la más santa de todas las



noches, ésta se inaugura encendiendo el cirio pascual, cuya luz se transmite después a todos los participantes. Una pequeña llama se irradia en muchas luces e ilumina la casa de Dios a oscuras. En este maravilloso rito litúrgico, que hemos imitado en esta vigilia de oración, se nos revela mediante signos más elocuentes que las palabras el misterio de nuestra fe cristiana. Él, Cristo, que dice de sí mismo: “Yo soy la luz del mundo” (Jn 8, 12), hace brillar nuestra vida, para que se cumpla lo que acabamos de escuchar en el Evangelio: “Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5, 14). No son nuestros esfuerzos humanos o el progreso técnico de nuestro tiempo los que aportan luz al mundo. Una y otra vez, experimentamos que nuestro esfuerzo por un orden mejor y más justo tiene sus límites. El sufrimiento de los inocentes y, más aún, la muerte de cualquier hombre, producen una oscuridad impenetrable, que quizás se esclarece momentáneamente con nuevas experiencias, como un rayo en la noche. Pero, al final, queda una oscuridad angustiosa.

Puede haber en nuestro entorno tiniebla y oscuridad y, sin embargo, vemos una luz: una pequeña llama, minúscula, más fuerte que la oscuridad, en apariencia poderosa e insuperable. Cristo, resucitado de entre los muertos, brilla en el mundo, y lo hace de la forma más clara, precisamente allí donde según el juicio humano todo parece sombrío y sin esperanza. Él ha vencido a la muerte – Él vive – y la fe en Él, penetra como una pequeña luz todo lo que es oscuridad y amenaza. Ciertamente, quien cree en Jesús no siempre ve en la vida solamente el sol, casi como si pudiera ahorrarse sufrimientos y dificultades; ahora bien, tiene siempre una luz clara que le muestra una vía, el camino que conduce a la vida en abundancia (cf. Jn 10, 10). Los ojos de los que creen en Cristo vislumbran incluso en la noche más oscura una luz, y ven ya la claridad de un nuevo día.

La luz no se queda aislada. En todo su entorno se encienden otras luces. Bajo sus rayos se perfilan los contornos del ambiente, de forma que podemos orientarnos. No vivimos solos en el mundo. Precisamente en las cosas importantes de la vida tenemos necesidad de otros. En particular, no estamos solos en la fe, somos eslabones de la gran cadena de los creyentes. Ninguno llega a creer si no está sostenido por la fe de los otros y, por otra parte, con mi fe, contribuyo a confirmar a los demás en la suya. Nos ayudamos recíprocamente a ser ejemplos los unos para los otros, compartimos con los otros lo que es nuestro, nuestros pensamientos, nuestras acciones y nuestro afecto. Y nos ayudamos mutuamente a orientarnos, a discernir nuestro puesto en la sociedad.



Queridos amigos, “Yo soy la luz del mundo – vosotros sois la luz del mundo”, dice el Señor. Es algo misterioso y grandioso que Jesús diga lo mismo de sí y de cada uno de nosotros, es decir, “ser luz”. Si creemos que Él es el Hijo de Dios, que ha sanado a los enfermos y resucitado a los muertos; más aún, que Él ha resucitado del sepulcro y vive verdaderamente, entonces comprendemos que Él es la luz, la fuente de todas las luces de este mundo. Nosotros, en cambio, experimentamos una y otra vez el fracaso de nuestros esfuerzos y el error personal a pesar de nuestras buenas intenciones. Por lo que se ve, no obstante los progresos técnicos, el mundo en que vivimos nunca llega en definitiva a ser mejor. Sigue habiendo guerras, terror, hambre y enfermedades, pobreza extrema y represión sin piedad. E incluso aquellos que en la historia se han creído “portadores de luz”, pero sin haber sido iluminados por Cristo, única luz verdadera, no han creado ningún paraíso terrenal, sino que, por el contrario, han instaurado dictaduras y sistemas totalitarios, en los que se ha sofocado hasta la más pequeña chispa de humanidad.

Llegados a este punto, no debemos silenciar el hecho de que el mal existe. Lo vemos en tantos lugares del mundo; pero lo vemos también, y esto nos asusta, en nuestra vida. Sí, en nuestro propio corazón existe la inclinación al mal, el egoísmo, la envidia, la agresividad. Quizás se puede controlar esto de algún modo con una cierta autodisciplina. Pero es más difícil con formas de mal más bien oscuras, que pueden envolvernos como una niebla difusa, como la pereza, la lentitud en querer y hacer el bien. En la historia, algunos finos observadores han señalado frecuentemente que el daño a la Iglesia no lo provocan sus adversarios, sino los cristianos mediocres. ¿Cómo puede entonces decir Cristo que los cristianos – y también aquellos cristianos débiles – son la luz del mundo? Quizás lo entenderíamos si Él gritase: ¡Convertíos! ¡Sed la luz del mundo! ¡Cambiad vuestra vida, hacedla clara y resplandeciente! ¿No debemos quizás quedar sorprendidos de que el Señor no nos dirija una llamada de atención, sino que afirme que somos la luz del mundo, que somos luminosos y que brillamos en la oscuridad?

Queridos amigos, el apóstol san Pablo, se atreve a llamar “santos” en muchas de sus cartas a sus contemporáneos, los miembros de las comunidades locales. Con ello, se subraya que todo bautizado es santificado por Dios, incluso antes de poder hacer obras buenas. En el Bautismo, el Señor enciende por decirlo así una luz en nuestra vida, una luz que el catecismo llama la gracia santificante. Quien conserva dicha luz, quien vive en la gracia, es santo.



Queridos amigos, muchas veces se ha caricaturizado la imagen de los santos y se los ha presentado de modo deformado, como si ser santos significase estar fuera de la realidad, ingenuos y sin alegría. A menudo, se piensa que un santo es aquel que hace obras ascéticas y morales de altísimo nivel y que precisamente por ello se puede venerar, pero nunca imitar en la propia vida. Qué equivocada y decepcionante es esta opinión. No existe ningún santo, salvo la bienaventurada Virgen María, que no haya conocido el pecado y que nunca haya caído. Queridos amigos, Cristo no se interesa tanto por las veces que flaqueamos o caemos en la vida, sino por las veces que nosotros, con su ayuda, nos levantamos. No exige acciones extraordinarias, pero quiere que su luz brille en vosotros. No os llama porque sois buenos y perfectos, sino porque Él es bueno y quiere haceros amigos suyos. Sí, vosotros sois la luz del mundo, porque Jesús es vuestra luz. Vosotros sois cristianos, no porque hacéis cosas especiales y extraordinarias, sino porque Él, Cristo, es vuestra, nuestra vida. Vosotros sois santos, nosotros somos santos, si dejamos que su gracia actúe en nosotros.

Queridos amigos, esta noche, en la que estamos reunidos en oración en torno al único Señor, vislumbramos la verdad de la Palabra de Cristo, según la cual no se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Esta asamblea brilla en los diversos sentidos de la palabra: en la claridad de innumerables luces, en el esplendor de tantos jóvenes que creen en Cristo. Una vela puede dar luz solamente si la llama la consume. Sería inservible si su cera no alimentase el fuego. Permitid que Cristo arda en vosotros, aun cuando ello comporte a veces sacrificio y renuncia. No temáis perder algo y, por decirlo así, quedaros al final con las manos vacías. Tened la valentía de usar vuestros talentos y dones al servicio del Reino de Dios y de entregaros vosotros mismos, como la cera de la vela, para que el Señor ilumine la oscuridad a través de vosotros. Tened la osadía de ser santos brillantes, en cuyos ojos y corazones resplandezca el amor de Cristo, llevando así la luz al mundo. Confío que vosotros y tantos otros jóvenes aquí en Alemania seáis llamas de esperanza que no queden ocultas. “Vosotros sois la luz del mundo”. “Donde está Dios, allí hay futuro”. Amén.



SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto turístico de Friburgo de Brisgovia

Domingo 25 de septiembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas

Me emociona celebrar aquí la Eucaristía, la Acción de Gracias, con tanta gente llegada de distintas partes de Alemania y de los países limítrofes. Dirijamos nuestro agradecimiento sobre todo a Dios, en el cual vivimos, nos movemos y existimos (cf. Hch 17,28). Pero quisiera también daros las gracias a todos vosotros por vuestra oración por el Sucesor de Pedro, para que siga ejerciendo su ministerio con alegría y confiada esperanza, confirmando a los hermanos en la fe.

“Oh Dios, que manifiestas especialmente tu poder con el perdón y la misericordia...”, hemos dicho en la oración colecta del día. Hemos escuchado en la primera lectura cómo Dios ha manifestado en la historia de Israel el poder de su misericordia. La experiencia del exilio en Babilonia había hecho caer al pueblo en



una profunda crisis de fe: ¿Por qué sobrevino esta calamidad? ¿Acaso Dios no era verdaderamente poderoso?

Ante todas las cosas terribles que suceden hoy en el mundo, hay teólogos que dicen que Dios de ningún modo puede ser omnipotente. Frente a esto, nosotros profesamos nuestra fe en Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Y nos alegramos y agradecemos que Él sea omnipotente. Pero, al mismo tiempo, debemos darnos cuenta de que Él ejerce su poder de manera distinta a como nosotros, los hombres, solemos hacer. Él mismo ha puesto un límite a su poder al reconocer la libertad de sus criaturas. Estamos alegres y reconocidos por el don de la libertad. Pero cuando vemos las cosas tremendas que suceden por su causa, nos asustamos. Fiémonos de Dios, cuyo poder se manifiesta sobre todo en la misericordia y el perdón. Y, queridos fieles, no lo dudemos: Dios desea la salvación de su pueblo. Desea nuestra salvación, mi salvación, la salvación de cada uno. Siempre, y sobre todo en tiempos de peligro y de cambio radical, Él nos es cercano y su corazón se conmueve por nosotros, se inclina sobre nosotros. Para que el poder de su misericordia pueda tocar nuestros corazones, es necesario que nos abramos a Él, se necesita la libre disponibilidad para abandonar el mal, superar la indiferencia y dar cabida a su Palabra. Dios respeta nuestra libertad. No nos coacciona. Él espera nuestro “sí” y, por decirlo así, lo mendiga.

Jesús retoma en el Evangelio este tema fundamental de la predicación profética. Narra la parábola de los dos hijos enviados por el padre a trabajar en la viña. El primer hijo responde: “«No quiero». Pero después se arrepintió y fue” (Mt 21, 29). El otro, sin embargo, dijo al padre: “«Voy, señor». Pero no fue” (Mt 21, 30). A la pregunta de Jesús sobre quién de los dos ha hecho la voluntad del padre, los que le escuchaban responden justamente: “El primero” (Mt 21, 31). El mensaje de la parábola está claro: no cuentan las palabras, sino las obras, los hechos de conversión y de fe. Jesús – lo hemos oído – dirige este mensaje a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo de Israel, es decir, a los expertos en religión de su pueblo. En un primer momento, ellos dicen “sí” a la voluntad de Dios. Pero su religiosidad acaba siendo una rutina, y Dios ya no los inquieta. Por esto perciben el mensaje de Juan el Bautista y de Jesús como una molestia. Así, el Señor concluye su parábola con palabras drásticas: “Los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el Reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis” (Mt 21, 31-32). Traducida al lenguaje de nuestro tiempo, la afirmación podría so-

nar más o menos así: los agnósticos que no encuentran paz por la cuestión de Dios; los que sufren a causa de sus pecados y tienen deseo de un corazón puro, están más cerca del Reino de Dios que los fieles rutinarios, que ven ya solamente en la Iglesia el sistema, sin que su corazón quede tocado por esto: por la fe.

De este modo, la palabra nos debe hacer reflexionar mucho, es más, nos debe impactar a todos. Sin embargo, esto no significa en modo alguno que se deba considerar a todos los que viven en la Iglesia y trabajan en ella como alejados de Jesús y del Reino de Dios. Absolutamente no. No, este el momento de decir más bien una palabra de profundo agradecimiento a tantos colaboradores, empleados y voluntarios, sin los cuales sería impensable la vida en las parroquias y en toda la Iglesia. La Iglesia en Alemania tiene muchas instituciones sociales y caritativas, en las cuales el amor al prójimo se lleva a cabo de una forma también socialmente eficaz y que llega a los confines de la tierra. Quisiera expresar en este momento mi gratitud y aprecio a todos los que colaboran en Caritas alemana u otras organizaciones, o que ponen generosamente a disposición su tiempo y sus fuerzas para las tareas de voluntariado en la Iglesia. Este servicio requiere ante todo una competencia objetiva y profesional. Pero en el espíritu de la enseñanza de Jesús se necesita algo más: un corazón abierto, que se deja conmover por el amor de Cristo, y así presta al prójimo que nos necesita más que un servicio técnico: amor, con el que se muestra al otro el Dios que ama, Cristo. Entonces, también a partir de Evangelio de hoy, preguntémonos: ¿Cómo es mi relación personal con Dios en la oración, en la participación a la Misa dominical, en la profundización de la fe mediante la meditación de la Sagrada Escritura y el estudio del Catecismo de la Iglesia Católica? Queridos amigos, en último término, la renovación de la Iglesia puede llevarse a cabo solamente mediante la disponibilidad a la conversión y una fe renovada.

En el Evangelio de este domingo – lo hemos oído – se habla de dos hijos, pero tras los cuales hay misteriosamente un tercero. El primer hijo dice no, pero después hace lo que se le ordena. El segundo dice sí, pero no cumple la voluntad del padre. El tercero dice “sí” y hace lo que se le ordena. Este tercer hijo es el Hijo unigénito de Dios, Jesucristo, que nos ha reunido a todos aquí. Jesús, entrando en el mundo, dijo: “He aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad” (Hb 10, 7). Este “sí”, no solamente lo pronunció, sino que también lo cumplió y lo sufrió hasta en la muerte. En el himno cristológico de la segunda lectura se dice: “El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho

obediente hasta la muerte y una muerte de cruz” (Flp 2, 6-8). Jesús ha cumplido la voluntad del Padre en humildad y obediencia, ha muerto en la cruz por sus hermanos y hermanas – por nosotros – y nos ha redimido de nuestra soberbia y obstinación. Démosle gracias por su sacrificio, doblemos las rodillas ante su Nombre y proclamemos junto con los discípulos de la primera generación: “Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Flp 2, 10).

La vida cristiana debe medirse continuamente con Cristo: “Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús” (Flp 2, 5), escribe san Pablo en la introducción al himno cristológico. Y algunos versículos antes, él ya nos exhorta: “Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir” (Flp 2, 1-2). Así como Cristo estaba totalmente unido al Padre y le obedecía, así sus discípulos deben obedecer a Dios y tener entre ellos un mismo sentir. Queridos amigos, con Pablo me atrevo a exhortaros: Dadme esta gran alegría estando firmemente unidos a Cristo. La Iglesia en Alemania superará los grandes desafíos del presente y del futuro y seguirá siendo fermento en la sociedad, si los sacerdotes, las personas consagradas y los laicos que creen en Cristo, fieles a su vocación específica, colaboran juntos; si las parroquias, las comunidades y los movimientos se sostienen y se enriquecen mutuamente; si los bautizados y confirmados, en comunión con su obispo, tienen alta la antorcha de una fe inalterada y dejan que ella ilumine sus ricos conocimientos y capacidades. La Iglesia en Alemania seguirá siendo una bendición para la comunidad católica mundial si permanece fielmente unida a los sucesores de san Pedro y de los Apóstoles, si de diversos modos cuida la colaboración con los países de misión y se deja también “contagiar” en esto por la alegría en la fe de las iglesias jóvenes.

Pablo une la llamada a la humildad con la exhortación a la unidad. Y dice: “No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás” (Flp 2, 3-4). La vida cristiana es una pro-existencia: un ser para el otro, un compromiso humilde para con el prójimo y con el bien común. Queridos fieles, la humildad es una virtud que en el mundo de hoy y, en general, de todos los tiempos, no goza de gran estima, pero los discípulos del Señor saben que esta virtud es, por decirlo así, el aceite que hace fecundos los procesos de diálogo, posible la colaboración y cordial la unidad. Humilitas, la palabra latina para “humildad”, está relacionada con humus, es decir con la adherencia a la tierra,



a la realidad. Las personas humildes tienen los pies en la tierra. Pero, sobre todo, escuchan a Cristo, la Palabra de Dios, que renueva sin cesar a la Iglesia y a cada uno de sus miembros.

Pidamos a Dios el ánimo y la humildad de avanzar por el camino de la fe, de alcanzar la riqueza de su misericordia y de tener la mirada fija en Cristo, la Palabra que hace nuevas todas las cosas, que para nosotros es “Camino, Verdad y Vida” (Jn 14, 6), que es nuestro futuro. Amén.

BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Aeropuerto turístico de Friburgo de Brisgovia

Domingo 25 de septiembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas

Concluimos ahora esta Santa Misa solemne con el Angelus. Esta plegaria nos recuerda siempre el comienzo histórico de nuestra salvación. El arcángel Gabriel presenta a la Virgen María el plan de la salvación de Dios, según el cual Ella se convertiría en la Madre del Redentor. María se turbó ante estas palabras, pero el Ángel del Señor la consoló diciendo: “No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios”. De esta forma, María pronuncia su gran “sí”. Este “sí” a ser sierva del Señor es la afirmación confiada al designio de Dios y a nuestra salvación. Y, finalmente, María nos dice este “sí” a todos nosotros, que bajo la cruz fuimos confiados como hijos suyos (cf. Jn 19, 27). Nunca pone en duda esta promesa. Por eso se le llama feliz, más aún, bienaventurada porque creyó en el cumplimiento de lo



que le había dicho el Señor (cf. Lc 1, 45). Recitando ahora este saludo del Angelus, podemos unirnos a este “sí” de María y adherirnos con confianza a la belleza del plan de Dios y de la providencia que Él, en su gracia, nos ha preparado. Entonces, el amor de Dios se hará carne, por decirlo así, también en nuestra vida, tomará cada vez más forma. En medio de todas nuestras preocupaciones, no debemos tener miedo. Dios es bueno. Al mismo tiempo, podemos sentirnos sostenidos por la compañía de tantos fieles de todo el mundo que ahora rezan el Angelus con nosotros, a través de la radio y la televisión.





CEREMONIA DE DESPEDIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto de Lahr

Domingo 25 de septiembre de 2011

Ilustre y estimado Señor Presidente Federal,
Distinguidos Representantes del Gobierno Federal,
del Land Baden Württemberg y de los ayuntamientos,
Queridos Hermanos en el Episcopado,
Distinguidos señores y señoras

Antes de dejar Alemania, quiero dar las gracias por los días pasados en nuestra patria, tan conmovedores y ricos de acontecimientos.

Le agradezco, Señor Presidente Federal Wulff, su acogida en Berlín en nombre del pueblo alemán y que ahora, en el momento de la despedida, me haya honrado de nuevo con sus amables palabras. Doy las gracias a los Representantes



del Gobierno Federal y de los Gobiernos de los Länder que han venido a la ceremonia de despedida. Un gracias de corazón al Arzobispo de Friburgo, Mons. Zollitsch, que me ha acompañado durante todo el viaje. Hago, naturalmente, extensible también mi agradecimiento al Arzobispo de Berlín, Mons. Woelki, y al Obispo de Erfurt, Mons. Wanke, que me han mostrado igualmente su hospitalidad, sin olvidar a todo el Episcopado alemán. Por último, dirijo un especial agradecimiento a todos los que han preparado entre bastidores estos cuatro días, asegurando su desarrollo sin inconvenientes: a las instituciones municipales, a las fuerzas del orden, a los servicios sanitarios, a los responsables de los transportes públicos y también a los numerosos voluntarios. Doy las gracias a todos por estos días espléndidos, por tantos encuentros personales y por las incontables muestras de atención y afecto con que me han colmado.



En Berlín, la capital federal, tuve una ocasión especial de hablar ante los parlamentarios del Deutscher Bundestag y exponerles algunas reflexiones sobre los fundamentos intelectuales del estado de derecho. Pienso también con gozo en los fructuosos coloquios con el Presidente Federal y la Señora Canciller sobre la situación actual del pueblo alemán y de la comunidad internacional. Me ha emocionado particularmente la acogida cordial y el entusiasmo de tantas personas en Berlín.



En el País de la Reforma, el ecumenismo ha sido naturalmente uno de los puntos centrales del viaje. Quisiera resaltar aquí el encuentro con los representantes de la “Iglesia Evangélica en Alemania” en el que fue convento agustino, en Erfurt. Estoy profundamente agradecido por el intercambio fraterno y la oración común. Ha sido muy especial también el encuentro con los cristianos ortodoxos y ortodoxos orientales, así como con los judíos y los musulmanes.

Obviamente, esta visita estaba dirigida en manera especial a los católicos de Berlín, Erfurt, Eichsfeld y Friburgo. Recuerdo con agrado las celebraciones litúrgicas comunes, la alegría, el escuchar juntos la Palabra de Dios, el rezar y cantar unidos, particularmente en las zonas del País donde por decenios se ha intentado eliminar la religión de la vida de las gentes. Esto me permite tener confianza en el futuro de la Iglesia en Alemania y del cristianismo en Alemania. Como en las visitas precedentes, aquí se ha podido experimentar que muchos dan testimonio de su fe y hacen visible su fuerza transformadora en el mundo de hoy.

Me ha alegrado mucho también, tras la impresionante Jornada Mundial de la Juventud en Madrid, estar de nuevo en Friburgo, con tantos jóvenes, en la vigilia



de la juventud de ayer. Deseo animar a la Iglesia en Alemania a seguir con fuerza y confianza el camino de la fe, que hace volver a las personas a las raíces, al núcleo esencial de la Buena Noticia de Cristo. Surgirán pequeñas comunidades de creyentes, y ya existen, que con el propio entusiasmo difundan rayos de luz en la sociedad pluralista, suscitando en otros la inquietud de buscar la luz que da la vida en abundancia. “Nada hay más bello que conocerlo y comunicar a los otros la amistad con él” (Homilía en el inicio solemne del Pontificado, 24 de abril de 2005). De esta experiencia crece al final la certeza: “Donde está Dios, allí hay futuro”. Donde Dios está presente, allí hay esperanza y allí se abren nuevas perspectivas y con frecuencia insospechadas, que van más allá del hoy y de las cosas efímeras. En este sentido acompaño, con el pensamiento y la oración, el camino de la Iglesia en Alemania.

Regreso ahora a Roma con muchas experiencias y recuerdos de estos días en mi patria profundamente grabados. A la vez que aseguro mi oración por todos ustedes y por un buen futuro para nuestro País en paz y libertad, me despido con un cordial “Vergelt’s gott” [Dios se lo pague]. Que Dios les bendiga a todos.

